



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanalana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camponator, Camus, Canalejas, Caffo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Diaz José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echevarría, Equiz, Escosura, Estrella, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Angosto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Gralls, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lotenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Marelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Ollzaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Liria, Pi y Margall, Poer, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ross y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmingua, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Diciembre de 1881.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, 6 sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Ciencia y arte, por D. Antonio Aruti.—Perú, Chile y Méjico, por D. Eusebio Asquerino.—La música, por D. Juan José Molina.—Los obreros de la paz, por D. M. Perez Ruano.—Concepto actual del Cosmos, por D. J. Rodriguez Mourelo.—Una visita á Zola, por D. Lúcia V. Mansilla.—Españoles y argentinos, por D. Héctor Florencio Varela.—La barca misteriosa, leyenda, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Los progresos de América, por D. P. de Navarrete.—La mujer, por don Mariano Ramiro.—La vida, por D. José Selgas.—Notas de la redaccion.—La Huerta del Tío Martin, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Octubre... Noviembre... Diciembre... El tiempo corre, la vida se va.
 Si en la luna hay Noche-Buena estará preparándose para echarse á la calle un ejército de pavos microscópicos.
 Pasar una Noche-Buena en la luna, es el ensueño de un amigo mio que manda datos del «Estado del tiempo» á un periódico de Sevilla.
 Lo posible,—dice siempre que habla de estas cosas, recordando á Víctor-Hugo,—es una ventana del sueño abierta en lo real.

Ya puede decirse que Túnez es una posesion francesa. M. Gambetta, aprovechando la discusion sobre los créditos pedidos para los gastos no calculados de la guerra de Túnez, ha dicho, contestando á M. Pelletan, que la Francia, protectora y no anexionista, reformará y moralizará la administracion del país, á lo cual está dispuesto el bey, sabiendo que los franceses no son opresores. Llevaremos allí,—añadía,—un proyecto de constitucion financiera que es absolutamente necesario; reformaremos la justicia; evitaremos la dilapidacion de las rentas, pero no realizaremos la anexion. M. Pelletan quiere que abandonemos á Túnez y esto traería consecuencias fatales. Salir de Túnez sin saber quién entrará, sería el principio de una série de horrores de los cuales se nos pediría cuenta. Tenemos que conservar el patrimonio colonial de Francia, y necesitamos un centinela vigilante á las puertas de nuestra gran posesion africana.

En las apariencias no se verificará la anexion; en la realidad ya es un hecho.

La lista de las declaraciones de interés para la política europea no acaba aquí. El Gobierno alemán, hablando al Parlamento sobre el resultado del

sitio en Berlin, Hamburgo y Leipzig ha hecho apreciaciones que rara vez comunica un Gobierno al Parlamento.

La organizacion del partido socialista, dice el informe, continúa intacto. La agitacion se realiza por medio de escritos, que se propasan mucho, y de reuniones secretas. Las tentativas para ganar á las tropas no cesan. La prensa socialista preconiza siempre el asesinato de los príncipes reinantes, la revolucion y el ultraje al cristiano. En las fábricas, los socialistas continúan haciendo colectas para las elecciones. Agitadores extranjeros, rusos especialmente, han sido admitidos á formar parte en las reuniones secretas de Leipzig, y en ellas ha arraigado la idea de una revolucion.

El Gobierno, queriendo hacer una descripcion terrible de la situacion del país para justificar el estado de sitio, ha demostrado la inutilidad y la impotencia de la ley de represion del socialismo.

Los últimos discursos de M. Bismarck, dejan adivinar la inmediata creacion de un partido nuevo, compuesto de los individuos afiliados hoy al partido conservador y al ultramontano. El punto de union de ambos grupos parece será el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, con cuyo objeto anunció Bismarck que iba á presentar la peticion de un suplemento de crédito. El restablecimiento de relaciones diplomáticas se traduce ya positivamente por la conclusion de un Concordato, al cual ha de llegarse por concesiones mútuas. El Papa cederá al rey de Prusia ciertos derechos que poseen todos los soberanos de los Estados sometidos al régimen de Concordatos, y el rey renunciará á algunos de los derechos que le conceden las leyes de Mayo.

De la fuerza que tenga el nuevo partido nada puede decirse. Lo que sí es público, es que el partido conservador inglés redobla sus esfuerzos en la campaña extra-parlamentaria emprendida contra los liberales. Uno de los argumentos que emplean es atribuir el estado actual de la cuestion de Irlanda al poco tacto de M. Gladstone en aplicar las leyes agrarias. Las noticias de Irlanda son, en efecto, poco tranquilizadoras. Todos los dias anuncian atropellos y crímenes y que la resistencia á pagar los arrendamientos se ha hecho general, en vista de que los agitadores maltratan á los que cumplen sus compromisos, sin que ni las tropas ni la policia logren prevalecer contra ellos.

Una noticia.

Julio Simon, al encargarse de la direccion del *Gaulois*, ha impuesto la condicion de que no se pueda publicar en él noticia política alguna, sin que antes la haya autorizado.

Julio Simon quiere hacer del *Gaulois* su *Gaceta*.

La política está de vacaciones. No ha querido esperar á que los maestros las den en las Universidades y escuelas, y ha huido del Congreso donde tan malos ratos ha dado á los conservadores y en tantos apuros acostumbra á poner á los Gobiernos. No se sabe dónde pára. Algunos dias entra en el salon de conferencias y habla de crisis; otros ofrece al Sr. Navarro Rodrigo un banquete, á ver si comiendo logra lo que no pudo conseguir hablando; otros visita á los descontentos y los habla al oido, prometiéndoles direcciones y subsecretarías; sólo una tarde la hemos visto en el Senado disparando bala rasa contra el general Concha.

Respetando su valor como general y su autoridad como Presidente, los conservadores estaban descontentos del señor marqués de la Habana como orador. Había dicho éste, felicitando al rey por sus cumpleaños en un arrebato de elocuencia, que no había mejor Gobierno posible que el de los fusionistas, y, como es natural, los amigos del señor Cánovas tomaron gran enojo. De buena gana le habrían mandado á la barra, pero tuvieron que contentarse con oír al Sr. Elduayen un discurso apocalíptico. Ni al cielo, ni á la tierra, ni á los presupuestos, ni al Cosmos dejó tranquilos el ex-ministro de Ultramar. ¡Qué ceño tan airado el suyo! ¡Qué desden tan supremo de todas las grandezas humanas! ¡Qué ira tan terrible por verse en los bancos rojos y no en el azul! La batalla no tuvo, sin embargo, más proporciones que un simulacro. Los conservadores no hacen blanco jamás. Ni aún pueden aprovechar la pólvora en castillos de fuego. Hacen salvas y el país dice que son petardos.

Poco hay, despues de esto, que merezca narrarse.

Los presupuestos se discuten por la electricidad. Tarde ha habido en que han pasado á leyes cinco proyectos. Aunque ahora se mira esta cuestion de los presupuestos con interés desusado, el público que asiste á los debates acerca de los gastos é ingresos del Tesoro, no es mayor que otras veces. Si las interpelaciones le encantan, los números y las fechas le dan miedo. Decidle que habla Mártoz, y pagará las papeletas de tribuna pública á más precio que una butaca de la Opera. Que vea en la orden del dia presupuestos, y tendrá lástima á los diputados. Una excepcion de esta regla la ha dado el Sr. Castelar, hablando acerca del presu-

puesto de Fomento, para pedir que el Estado adquiriera *La campana de Huesca*. Su discurso debería escribirse detrás del cuadro, para que el Estado, al mismo tiempo que la obra de un pintor ilustre, comprara un modelo de discursos elocuentes. Porque la adquisición se hará. Lo triste es que haya habido que pedirla. Un diputado demócrata lo decía la otra tarde. Si en vez de *La campana de Huesca* se hubiese tratado del estoque de Lagartijo, se compra, de seguro, por suscripción nacional.

En el Congreso presentó pocos días hace el señor Becerra una proposición, pidiendo que el Reglamento se reforme y se supriman los artículos que exigen el juramento á los diputados. El discurso que pronunció en defensa de ella, revela una condición y una oratoria pintoresca, en la cual andan siempre reñidas la acción y las palabras.

En la conciencia de todos,—decía el Sr. Becerra,—está la persuasión de que el juramento no solo es inútil, sino también perjudicial. ¿No habeis observado que cuando nos obligásteis en 1876 á prestar juramento, las tribunas se nos rieron? ¿No habeis oído que cuando algunos prestamos juramento, no falta quien exclama en voz baja: «¡Un perjurio más!» Pues esto es preciso que concluya.

Es preciso además otra cosa: que concluya pronto.

En la comisión del Senado encargada de dar dictámen acerca del proyecto de bases del Código civil, ha dicho el señor ministro de Gracia y Justicia que él estaba autorizado para desmentir los rumores de crisis.

Segun el Sr. Alonso Martínez, hay Gobierno homogéneo para una temporada. Segun el Sr. Sargata, los fusionistas van á comer juntos esta vez el pavo de Navidad.

Los fusionistas le comen, y los conservadores le lloran.

Todos los periódicos han tenido palabras de entusiasta admiración para el discurso admirablemente pensado y escrito con que el Sr. Moreno Nieto inauguró las cátedras públicas del Ateneo de Madrid.

El año anterior, examinados ya los principales problemas que miran al orden filosófico y al social, indicaba la conveniencia del estudio de la lingüística, diciendo, como en cifra y compendio, los resultados obtenidos en esta rama importante del humano saber; éste ha querido hablar de la *Mitología Comparada*.

¡Asunto trascendentalísimo en verdad! La Mitología comparada trata de averiguar, por un trabajo reflexivo, el modo de formación de esos grandes hechos humanos, que se llaman religiones, y cuál es el carácter y la verdadera índole de cada una de ellas, y aspira á componer más adelante, con espíritu crítico, el árbol genealógico de esas religiones, presentándolas como obra de la humanidad en cuya vida van apareciendo.

Cuando en las primeras épocas de la historia despertaba en el hombre una gran emoción, el sol nacía todos los días lleno de luz y se hundía en el Occidente; la luna, que alumbraba triste y silenciosa la noche, una estrella que brillaba de una manera especial, el relámpago, el rayo, un gran río, una montaña elevada, el bosque espeso y sombrío, todo esto lo declaraba misterioso, es decir, divino y de uno y otro modo lo personificaba. Detrás del mundo visible vislumbraba otro mundo que era su causa y razón y que en él se revelaba por modos y maneras que de ordinario le imponían y aterraban.

No se puede decir siempre, si cuando el poeta vélico, por ejemplo, habla de Indra lanzando rayos sobre las nubes, pensaba en el dios que á sus solas invocaba y á quien ofrecía el samo en su propio hogar rodeado de la familia, ó si quería sólo describir el astro del día, ese cuerpo incandescente y luminoso disipando con sus rayos las nubes que velaban su faz. Como quiera, esa unión de los dos elementos y la facultad de personificarlo todo y de animar la naturaleza con seres dotados de propia vida, es el principio y la soberana explicación de las mitologías. En el curso de su larga y oscura evolución, unas descienden, digámoslo así, camino de lo sensible y terreno perdiendo en cierto modo el carácter de símbolo en que se transparentaba lo divino para conservar sólo lo material personificado y encerrado en las bajas regiones del Cosmos, y entonces vienen las leyendas propias sólo para entretener y alimentar la fantasía; otras se elevan y levantando sin cesar el elemento divino que ellas entrañan, van formando las religiones, creando sus dogmas, sus teologías y sus cultos.

Es menester juzgar las antiguas religiones con un criterio más imparcial que hasta ahora, y no mirarlas sólo como inmensas aberraciones que, lejos de ir por tiempos ayudando á la educación de la humanidad, no sirvieron sino para corromperla y degradarla. Durante largos períodos, ellas han formado la esencia y principio interior de las civilizaciones. Consignemos, sin embargo, que en ese mundo revuelto y fantástico del paganismo no existía un ideal claro del bien, ni un concepto espiritualista del sentido de la vida, ni la visión de una existencia ultramundana: nada de eso que es tan propio para acalorar los afectos nobles, y levantar las almas.

Todas las religiones anteriores al cristianismo,—decía el Sr. Moreno Nieto,—son, en lo que tienen de principal, manera de presentimientos que le lla-

man y prefiguran. El cristianismo es el solsticio de la historia humana.

La Academia Española ha inaugurado sus trabajos de conspiración contra las etimologías equivocadas y las palabras de contrabando.

El domingo,—día en que esta sesión se verificó,—no se trataba de elegir de entre los escritores que mejor están con el ultramontanismo un académico; ni de dar posesión de uno de aquellos sitios que tienen por nombre letras del alfabeto á alguna celebridad parlamentaria. Dicho esto, no hace falta añadir que ni el público se quedó, como otros días á la puerta, ni hubo necesidad de disputarse á cachetes los ejemplares del discurso leído. Con todo, el cuadro tenía animación y magnificencia. En primer término figuraban algunas señoras aficionadas á los vestidos de Worth y á la prosa castiza.

Los académicos de la Española se distinguen mucho tiempo hace por rendir culto á las letras, á los muertos y á los autores dramáticos silbados, ó pierden el sueño pensando cómo han de desterrarse los neologismos; ó escriben discursos en elogio de escritores ilustres; ó riñen batallas tremendas por llamar compañeros á algunos demagogos de rosario y versos detestables.

Del ilustre poeta venezolano Bello, cuyo elogio entusiasta hizo el Sr. Cañete, ¿qué decir? Bello, además de poeta, es jurisconsulto, crítico y filólogo. De él se ha dicho que nadie le ha igualado en la admirable manera de describir; que en lo castizo del lenguaje sólo pueden compararsele Garcilaso y Rioja; y que además de uno de los grandes poetas que han pulsado la lira castellana, era de los mejores maestros de lengua y estilo que pueden señalarse en la antigua y moderna literatura española.

Andrés Bello, nacido el 29 de Noviembre de 1780, en la ciudad de Caracas (cuyo clima es una primavera perpétua, y cuya posición geográfica semeja la del Paraíso Terrenal), no pertenecía á la reciente generación de poetas para quienes el desorden en las ideas y el desaliño y la hojarasca en la forma, son condiciones propias y características del génio.

Casado en Londres con una señora inglesa, Bello ensanchó y perfeccionó allí sus estudios. Por aquel tiempo formó propósito de escribir un poema que se había de titular «América», destinado á pintar con exactitud no usada hasta entonces la exótica naturaleza de aquel hemisferio poblado de bosques vírgenes, cuyos ríos son casi mares, y cuyos montes se esconden entre las nubes coronadas de nieves perpétuas ó de ondeantes plumeros de fuego y humo. Fragmentos de este poema que nunca llegó á terminar, son las dos partes de su «Alocución á la poesía» y la maravillosa «Silva á la agricultura de la zona tórrida».

A fines de 1828, merced á sujeciones del agente chileno en Londres D. Mariano Egaña, Bello fué llamado á Chile por el presidente de la República, D. Francisco Antonio Pinto, quien le puso al frente de una caja de amortización establecida para extinguir los créditos del ejército. Caído Pinto, el Gobierno que le sucedió nombró á Bello oficial mayor de la secretaría de Estado y director del periódico *El Araucano*. Poco después fundó nuestro héroe el Colegio de Santiago, Universidad nacional de Chile desde 1843. De ella ha sido Bello rector, por sucesivas reelecciones, hasta el fin de sus días.

Cuando sólo le faltaban cuarenta y seis para cumplir ochenta y cinco años, el ilustre venezolano dejó de existir en Santiago de Chile; á 15 de Octubre de 1865. ¡Bello no ha muerto! se dijo entonces. ¡Bello es inmortal!

El eminente autor de *Un Drama Nuevo* leyó semblanzas de Escosura, Hartzbusch y Ayala. Retratos que Velazquez firmaría.

No hay más que un autor dramático,—de los que hoy escriben para la escena,—que subleva la admiración y el bostizo: Echegaray. Sus obras se anuncian con elogio un trimestre antes de haberlas él pensado, y los estrenos se aguardan con más ansiedad que una crisis política. Luego ya se sabe. Los periódicos copian actos enteros de la obra, y los revendedores se hacen pagar las localidades como, si en vez de cantar escenas Calvo, cantase árias la Patti. Cada estreno de Echegaray es una batalla. Nosotros creemos que el de *Haroldo el Normando* debe contarle entre sus triunfos.

Los defectos que en esta obra se notan, son, más que del autor, culpa del estado de nuestro teatro. Los poetas dramáticos, antes de pensar un argumento, tienen que pasar revista á los actores con que cuentan. El arte por el arte y el arte por la idea, son temas socorridos para los críticos y para los prologuistas; pero en el teatro no se habla de ellos: no se conocen más obras que las que están escritas expresamente para la incomparable actriz doña fulana, ó para el eminente actor don zutano. Como en ninguna compañía hay más de un artista de verdadero mérito, vamos á concluir por los monólogos ó por las lecturas poéticas, con decoraciones y cuerpo de coros.

Echegaray ha hecho de Haroldo una hermosa figura que fascina con sus brillantísimas declamaciones. Haroldo, buitre del mar y de las costas, lleva en su alma otro mar en que van y vienen furiosamente las olas del sentimiento. El amor y la

venganza son sus grandes pasiones. ¡Con cuánta terrible energía y con cuánta elocuencia hablan en él! Pero los moldes en que Haroldo se ha hecho, son los que inventaron Calderon y Shakespeare para dar vida á Segismundo y al excéptico Hamlet. Y el público va siempre al teatro esperando que Echegaray, arrancándole de esta sociedad en que vivimos y adornándole con las brillantes vestiduras de su talento, lleve al escenario el drama de la vida moderna.

El público de los estrenos aplaude furiosamente al autor de *O locura ó santidad*, pero exige demasiado.

El mejor día va á pedir á Echegaray que le baje la luna.

Por cuenta ajena. Un empresario de teatros contrata á un tenor en 100.000 francos.

Debuta el tenor y el éxito es extraordinario. Aplausos prolongados, ¡bravos! á mitad de acto, salidas á la escena.

El empresario conmovido abraza al tenor y exclama:

—Ya verá Vd. de lo que soy capaz.
—De qué, de subirme el sueldo?
—No señor. En vez de los 100.000 francos, ganará Vd. 50.000. Pero... le pagare á Vd.

Apolo ha vuelto á cerrarse. La Mendoza y Vico creyeron representar en un teatro y representaban en un cementerio.

¡Los Fantoques!
Muñecos que se desdénarian de ser hombres.

MIGUEL MOYA.

CIENCIA Y ARTE.

ARTE.

I

En la sección primera de este estudio hemos llegado á conocer, que las leyes á que obedecen los seres ó cuerpos materiales en la ejecución de los movimientos, que dan lugar á la presentación de los fenómenos que les son propios, forman las leyes de la naturaleza; y que la mente humana, demostrando la verdad de esas leyes, después de observadas y, si cabe, experimentadas, las convierte en principios generales, cuyo conjunto total ó parcial forma la ciencia en general, ó las diversas ramas científicas en particular.

En esta segunda sección nos corresponde, por lo tanto, explicar las reglas á que esa misma mente tiene que someterse, para la formación de esos principios generales y sus aplicaciones á la vida del hombre; á que se dá el nombre de *arte*. El arte es, por consiguiente, la parte práctica de la formación y aplicación de los principios generales que constituyen la ciencia; debiendo por eso ser considerada como el complemento indispensable de la misma.

Después de lo que acabamos de decir, se concibe perfectamente, que de nada servirían al hombre los conocimientos científicos, si no supiera aplicarlos para atender á sus necesidades y para proporcionarse las comodidades que pueden conducirle á su bienestar; lo que prueba, que el arte es un elemento necesario para el bienestar del hombre durante su proceso vital.

Es verdad que la naturaleza, valiéndose de las evoluciones y series evolutivas formadas por las continuas composiciones y descomposiciones, formaciones y transformaciones de los seres, dá espontáneamente lugar á la presentación de cuantos fenómenos pueden interesar al hombre; pero esos fenómenos que pueden calificarse de *naturales*, no se presentan, precisamente, cuando el hombre tiene necesidad de ellos, sino cuando fatalmente se verifican las evoluciones que á ellos conducen; como sucede, por ejemplo, con la luz del sol, que sólo se presenta á ciertas horas del día. Por eso son calificados de fenómenos *artísticos*, sólo aquellos que la voluntad del hombre, imitando los procedimientos empleados por la naturaleza, obtiene cuando los cree convenientes; como la luz artificial durante la noche.

Sólo el hombre, entre todos los seres vivientes que habitan la tierra, debe, pues, ser considerado como artista; así como sólo él puede también llegar á ser científico, á favor de los movimientos gimnásticamente desarrollados del fluido anímico. El *arte*, en rigor, no es, pues, otra cosa que la reproducción de las leyes de la naturaleza, á que se someten los seres materiales, incluso el fluido anímico, en los movimientos que ejecutan para la presentación de los fenómenos que la voluntad humana desea obtener.

Vamos ahora á dedicarnos á la investigación de las principales analogías y diferencias que existen entre la ciencia y el arte, para que todos nuestros lectores puedan distinguir, con facilidad, la una de la otra.

Sabemos que, para que las leyes de la naturaleza puedan convertirse en principios generales, cuyas agrupaciones forman las ciencias y su aplicación á la práctica las artes, es indispensable que la razón humana demuestre antes que son verdaderas; pues si su verdad no estuviera de-

mostrada, tanto las ciencias que de ellas resultan, como las aplicaciones artísticas á que ellas dan lugar, pudieran resultar erróneas; y en esos casos, el juicio del hombre las rechazaría como tales, sin dar lugar á las formaciones científicas ni á las aplicaciones artísticas. El origen del arte es, pues, el mismo que el de la ciencia, á saber: la verdad de las leyes de la naturaleza, que les sirven respectivamente de fundamento, obtenida por la demostración. También el subjetivo y el objetivo de la ciencia y del arte son iguales, como que son los de la filosofía en general; es decir, que el sujeto le forma la *mente humana*, y el objetivo la *verdad* de las leyes de la naturaleza. Tales son las principales analogías que existen entre la ciencia y el arte.

En cuanto á las diferencias que distinguen a una de la otra, la principal de ellas consiste en que la ciencia la obtiene la mente humana, por medio de los movimientos que verifica el alma en las regiones conscientes y voluntarias; y las producciones artísticas se verifican, iniciando y dirigiendo esa misma mente, constituida en voluntad, las evoluciones ó series evolutivas requeridas para ello, en el terreno etéreo inconsciente y fatal, por lo que puede decirse, que la ciencia es anímica y el arte etéreo.

Tanto la ciencia como el arte, deben ser armónicos; pero la armonía artística se diferencia también de la científica, como aparece en las siguientes líneas.

Estando constituida la ciencia por un conjunto de principios generales fijos y estables formados por la demostración, su unidad armónica es parecida á la de los seres organizados, compuesta naturalmente por la variedad de los principios que desempeñan el cargo de órganos: de lo que resulta, que esos principios, que constituyen el todo científico, son solidarios entre sí, y se encuentran tan identificados con su conjunto, que ninguno de ellos puede ser reemplazado por otro, sin que se resienta su todo; como se observa en el cuerpo humano, cuyos miembros, una vez separados del resto del organismo, no pueden ya formar parte de él, quedando resentido en su funcionalidad el todo orgánico.

Pero siendo el arte una creación del hombre dirigida por su voluntad, aunque sin separarse de las reglas que le señalan las leyes de la naturaleza, su armonía la constituye un todo mecánico, compuesto artificialmente por las partes variadas que entran en su composición; por lo que esas partes, aunque también deben estar enlazadas entre sí y su conjunto, para que éste aparezca armónico, pueden, sin embargo, ser reemplazadas aisladamente por otras nuevas, sin que se resienta su todo. Así sucede, por ejemplo, con la pieza de un reloj, que ha quedado inservible, y se la sustituye con otra nueva sin que se resienta la máquina.

Finalmente, sabemos que la ciencia es una agrupación de leyes de la naturaleza convertidas en principios generales por la demostración; pero el arte es un conjunto de reglas, que forman un método de aplicación práctica de esos principios. Esas son las principales diferencias que existen entre la ciencia y el arte.

Las aplicaciones artísticas pueden ser *racionales* ó *empíricas*. Serán *racionales* cuando el que se dedica á ellas, posee el conocimiento de las leyes evolutivas, que conducen á la presentación del fenómeno ó fenómenos naturales que trata de reproducir y no se separa de esas leyes. Serán *empíricas* cuando el que practica las aplicaciones artísticas, desconoce dichas leyes ó, aunque las conozca, trata de aplicarlas sin conformarse con las reglas previamente establecidas para ellas; cuyo conjunto forma el *procedimiento*.

De eso resulta, que las aplicaciones artísticas, verificadas racionalmente, proporcionan resultados prácticos seguros, verdaderos; porque proceden de evoluciones, cuyas leyes son conocidas, cuyas consecuencias han podido, por lo tanto, ser previstas, y porque el encargado de las aplicaciones ha observado estrictamente las reglas establecidas; pero las aplicaciones empíricas, verificadas sea partiendo de leyes hipotéticas, cuya verdad no está demostrada y no pueden por lo tanto ser consideradas como verdaderos principios generales; sea que desconociendo como punto de partida verdaderos principios, prescinde, sin embargo, en sus aplicaciones, de todo procedimiento racional, conducen generalmente á la presentación de fenómenos imprevisibles, diferentes de los que se deseaban obtener.

Después de las generalidades que hemos creído conveniente exponer en las precedentes líneas, pues son, en su mayor parte, desconocidas para las grandes masas trabajadoras, á cuyo alcance deseamos poner este estudio; porque son precisamente las que más se dedican á las aplicaciones artísticas, procederemos á tratar de esas últimas, considerándolas en sus relaciones con los diferentes objetivos á que respectivamente aspiran, prescindiendo, sin embargo, en la mayor parte de los casos, de describir las evoluciones y series evolutivas que cumplen para llegar á sus formaciones fenomenales; porque resultaría, en ese caso, un escrito de dimensiones impropias de un estudio tan compendioso como debe ser este.

Pero al emprender esa nueva tarea debemos tener presente; que la inteligencia humana es limitada, y no la es dado adquirir el conocimiento de todas las leyes de la naturaleza, ni puede, por

consiguiente, convertirlas en principios generales por la demostración; pues ese conocimiento constituiría la ciencia universal, la absoluta, que el hombre de este planeta no puede llegar á poseer. Debemos también recordar, que, á consecuencia de lo que acabamos de decir, la filosofía, como encargada de cuanto se relaciona con la ciencia y el arte, en general, recomienda á la mente humana, que se dedique á ese estudio por partes; agrupando separadamente cierto número de principios análogos, para que cada una de esas agrupaciones constituya una rama científica especial; como ha sucedido con la química, la física, la astronomía, etc., y aún con las matemáticas que sirven de auxiliares á todas ellas; constituyendo su enlace el *progreso científico*.

Eso mismo sucede con el arte; por cuanto las leyes de la naturaleza, que el hombre no conoce, no puede tampoco convertirlas en principios generales, ni, por consiguiente, proceder á sus aplicaciones artísticas. Por eso se dedica tan sólo á agrupar armónicamente los principios análogos que le son conocidos, con el objeto de que cada una de esas agrupaciones sirva para formar, en su aplicación práctica, un arte especial; constituyendo también el enlace de las mismas el *progreso artístico*.

Las agrupaciones artísticas, que nuestro criterio considera como más lógicas y racionales, son las comprendidas dentro de la división del arte en *demonstrativa ó científica, social, industrial ó mecánica, y liberal ó emocional*; por lo que, aceptando esa división, nos dedicaremos, en las líneas siguientes, á describir cada una de esas agrupaciones, aunque de una manera muy sucinta.

II

Como la formación de cada una de las ramas científicas exige que la mente humana, ó sea el *yo* razonante, se dedique á *demonstrar* la verdad de las leyes de la naturaleza que debe convertir en principios generales, y agrupar armónicamente los que, por su analogía, han de servir para formar alguna de esas ramas, el ilustre canciller Bacon estableció las reglas ó procedimientos que esa mente debe seguir para llegar á dicha demostración; creando de esa suerte el *arte demostrativa ó científica*.

La ciencia tiene, pues, también su parte artística, constituida por los procedimientos que deben seguirse en su formación; lo que manifiesta el enlace íntimo que existe entre la una y la otra; pues para la formación de la primera tiene que recurrirse á la segunda y viceversa; según lo manifiestan las explicaciones siguientes.

Bacon, con el objeto de ser mejor comprendido en la explicación de las formaciones científicas y aplicaciones artísticas, se valió del ejemplo material de dos escalas unidas en su parte superior formando un ángulo agudo.

Al pié de la primera escala, que llamó *ascendente*, colocó los hechos ó fenómenos constituidos por las sensaciones, como punto de partida para proceder, desde ellos, á la investigación de las leyes de la naturaleza, que dieron origen á su presentación, y á demostrar la verdad de las mismas para convertirlas en principios generales científicos; colocando estos como término del procedimiento, en el vértice del ángulo que forma la reunión de ambas escalas, y dando á ese procedimiento el nombre de *analítico inductivo*.

El segundo procedimiento, llamado *sintético deductivo*, forma el antítesis del anterior; pues consiste en comenzar, colocando los principios en el vértice de dicho ángulo, y bajar desde ellos, por la escala opuesta, que llama *descendente*, hasta demostrar la conformidad de las leyes comprendidas en esos principios, con las que se emplean para la presentación de los hechos ó fenómenos, que aparecen al pié de esa segunda escala.

Estos dos procedimientos, lejos de rechazarse, se completan mutuamente; pues partiendo de los hechos ó fenómenos establecidos al pié de la escala ascendente para inducir los principios generales, y descendiendo luego desde esos mismos principios, por la escala opuesta, á deducir los hechos contenidos en ellos, aparecerán los mismos que sirvieron de punto de partida en el procedimiento inductivo; y viceversa, partiendo de los principios establecidos en el vértice para deducir los hechos comprendidos en ellos, y procediendo luego desde esos hechos á inducir los principios generales, aparecerán también los mismos que sirvieron de punto de partida en el procedimiento sintético deductivo.

Aquí se presentan, pues, en primer lugar el *yo* volitivo encargado de recorrer esas escalas; en segundo lugar dos puntos de partida de donde emprender esa carrera, el uno formado por las *sensaciones* para proceder por inducción al establecimiento de los principios generales cuyo conjunto constituye la ciencia; el otro constituido por esos *principios*, para deducir de ellos las leyes especiales de la naturaleza, que han tenido que observarse en la presentación de los fenómenos que han servido de punto de partida para la formación de esos principios generales, á fin de observarlas en las aplicaciones prácticas de los mismos. La inducción conduce, pues, al hombre á la adquisición de la ciencia por medio del arte; y la deducción le lleva al arte partiendo de la ciencia.

Las formaciones científicas y las aplicaciones artísticas se reducen, en consecuencia, á obtener la solución de los dos problemas siguientes: Pri-

mero. Dados varios hechos ó fenómenos análogos, descubrir las leyes evolutivas ó principios generales, á que han obedecido los movimientos de los seres, que han intervenido en su presentación: Segundo. Dado un conjunto de leyes evolutivas ó principios generales, resolver los hechos ó fenómenos que resultan de sus aplicaciones prácticas. La solución del primer problema constituye la inducción analítica científica; y la del segundo la deducción sintética artística.

La senda que el *yo* mental, constituido en volitivo, debe recorrer para resolver esos problemas, es la central del razonamiento, terminando, para el primer problema, en el juicio, y para el segundo en las sensaciones; senda que puede dividirse en otras tantas etapas, ó escalones, según Bacon, cuantos son los fenómenos mentales asociados por sucesión, que determinan los movimientos gradualmente acelerados, que ejecuta el fluido anímico, y que, sin contar con la conciencia moral cuya misión es puramente consultiva, aparecen en el orden siguiente:

PRIMERA ETAPA. Recolección de hechos ó fenómenos.—En esta primera etapa la mente humana reúne el mayor número de hechos ó fenómenos posible, tanto de los que acaba de percibir, como de los percibidos anteriormente y recordados por la memoria.

SEGUNDA ETAPA. Atención.—En esta etapa la *atención* puede convertirse sucesivamente en *observación y experimentación*. La observación consiste en que la mente se fije por más ó menos tiempo y repetidas veces en las leyes á que obedecen los movimientos de los seres; encargados de verificarlos, para la presentación de los hechos coleccionados en la etapa anterior. La experimentación se extiende hasta crear, por medios artificiales que pone en práctica el experimentador, fenómenos iguales á los que ha observado; valiéndose para ello de procesos evolutivos, semejantes á los que emplea la naturaleza para la presentación de los fenómenos. La experimentación proporciona, pues, la prueba de la verdad de las leyes observadas.

TERCERA ETAPA. Comparación y agrupaciones. Estos dos fenómenos, así como los citados en la etapa anterior, forman en la práctica científica una sola etapa, destinada á someter las leyes observadas, y, si cabe, experimentadas, al examen de las analogías ó diferencias que existen entre ellas; pasando luego la mente á separar y agrupar las que se encuentran enlazadas entre sí y con su conjunto en grupos aislados armónicos, para formar con cada uno de ellos una rama científica especial.

CUARTA ETAPA. Demostración é inducción.—En esta etapa, el *yo* que actúa somete al criterio del juicio las diferentes agrupaciones formadas en la anterior para que decida cuáles son verdaderas, cuáles son probables y cuáles falsas ó erróneas; con el objeto de convertir, desde luego, las primeras en principios generales científicos; reservar las segundas para someterlas al procedimiento deductivo, y desechar definitivamente las terceras; fenómeno que completa el procedimiento *inductivo*, que conduce al hombre á la adquisición de la instrucción científica.

En el procedimiento *deductivo* que le proporciona la instrucción artística, se recorren las etapas en sentido inverso, comenzando por los principios establecidos y recorriendo las mismas etapas, hasta llegar á explicar las leyes que han presidido á la presentación de cada fenómeno en particular.

Tales son los métodos, reglas ó procedimientos á que debe someterse la voluntad del hombre, moviéndose dentro del terreno de su inteligencia para la conversión de las leyes de la naturaleza en principios generales científicos; procedimientos que constituyen la primera división del arte, que hemos calificado de *demonstrativa ó científica*, porque su objetivo es la formación de los principios que constituyen la ciencia; por lo que pasaremos ahora á tratar de la segunda división.

III

En la primera sección de este estudio, al explicar la presentación de los fenómenos mentales, dijimos: que el último que aparecía en la serie central racional, era el de la *conciencia moral*, con la que debía consultar la voluntad antes de aplicar á la práctica los principios generales científicos.

Esa conciencia contiene dentro de sí dos principios, que son: el del *bien* y el de la *justicia*; los cuales, como innatos en el hombre, no requieren demostración previa para ser aplicados; y como se encuentran, según veremos luego, íntimamente relacionados con el hombre constituido en sociedad, hemos dado á su aplicación el calificativo de *arte social*.

Esos principios han debido ser hasta ahora aplicados empíricamente, según se deduce de los fatales resultados que ha dado y continúa dando aún su aplicación; por lo que merece que nos ocupemos de ellos con alguna detención, presentando antes á la vista de nuestros lectores algunas generalidades acerca de ellos, y una ligera reseña histórica de la marcha que han seguido las sociedades humanas desde su origen hasta la fecha en que escribimos estas líneas.

Para la buena aplicación del principio del *bien* á la práctica de la vida humana, conviene tener presente, que la *bondad* de una acción se conoce

en la utilidad que reporta de ella el que la ejerce, sin que redunde en perjuicio de ninguno de sus semejantes; y si esa acción resulta al mismo tiempo en beneficio de los últimos, el grado de bondad será proporcionalmente mayor. Por eso los resultados que diferencian una acción buena de otra mala consisten, principalmente en que la primera produce, en el que la practica y en el que la recibe, sensaciones agradables, y establece entre el uno y el otro relaciones amistosas; mientras que una mala acción hace experimentar á los mismos, sentimientos de contrariedad y de repulsión entre ambos.

La moralidad de los actos, en el individuo social, la aconseja, pues, su propio interés; porque portándose bien con sus semejantes, conseguirá que ellos le aprecien á su vez, y constituyan, entre todos unidos, una fuerza inexpugnable para sostener sus intereses, porque la unión constituye la fuerza. En efecto, un niño, por débil que sea, romperá con facilidad un pelo aislado; pero una mata de pelo no conseguirá romperla el hombre más forzado.

Debe, sin embargo, tenerse presente, que ni el bien ni el mal son absolutos, sino tan solo relativos, y que la calificación de tales depende de los resultados que respectivamente proporcionan. A veces un acto, que parece malo á primera vista, le ejecuta el hombre para evitar un mal mayor, como por ejemplo la amputación de un miembro gangrenado para salvar la vida de un enfermo; así como otras veces un acto, que aisladamente parece bueno, puede dar resultados fatales, como el que á un convaleciente de una enfermedad grave que tiene ánsia por comer, se le dá demasiado alimento por compasión; exponiéndose á producir en él una recaída que puede causarle la muerte.

La aplicación del principio moral del bien á la práctica de la vida social del hombre, proporciona, pues, grandes ventajas, para poder conseguir el bienestar de la humanidad; por lo que pasaremos á tratar del principio de la justicia.

La palabra *justicia*, derivada de la latina *jus*, que significa derecho, consiste en dar á cada cual lo que legítimamente le pertenece. Supone, pues, un *derecho* anterior en aquel que algo recibe; así como un *deber* al que ha faltado en aquél que algo le quita.

Se entiende por *derecho*, la libertad natural que posee el hombre para poner en práctica los actos que su voluntad libre le dicta. El hombre tiene, pues, derecho á todo, estando aislado de los demás; pero en el momento mismo en que se asocia con otros tiene que ceder parte de sus derechos en beneficio de sus coasociados, que hacen otro tanto con él; adquiriendo, en ese mismo momento, otros tantos *deberes*.

El *deber* no es, pues, otra cosa, que la privación del derecho, y todo el que le adquiriera se entiende que ha renunciado á un derecho que antes poseía. La sociedad humana es, pues, un *convenio*, un *pacto* entre cada uno de los individuos que, perteneciendo á una colectividad social, cede algunos de sus derechos, y la colectividad respectiva que los convierte en deberes.

El límite de los derechos de cada individuo constituido en miembro social le forman los derechos de sus coasociados, como lo manifiesta el ejemplo siguiente: dos familias habitan en una misma casa, ocupando cada una de ellas sus respectivos cuartos independientes; pero tienen en el patio un pozo común, donde extraen el agua necesaria para sus necesidades domésticas. Si los individuos de una de las citadas familias están todo el día sacando agua del pozo, é impiden á los de la vecindad que saquen por su turno la que necesitan, atentan á sus derechos y ejercen sobre ellos una *tiranía*.

Los derechos del hombre no pueden, pues, limitarse sino voluntariamente, sin que el que los limite incurra en *tiranía*; pero sus aplicaciones prácticas admiten limitaciones, pactadas entre los que usan de esos derechos, estableciendo de común acuerdo reglas como en todo arte; sin embargo esas reglas tampoco pueden atentar en lo más mínimo al ejercicio íntegro de los derechos, cuyo límite natural, según hemos dicho, le forman siempre los derechos de sus coasociados.

Los derechos del hombre que forma parte de alguna colectividad social se dividen en *individuales* y *sociales*.

Los primeros se llaman también *naturales* ó *personales*, porque son inherentes á la personalidad humana, é inseparables de su organismo, sin tiranizarle; por eso se consideran como *inalienables*, pues solo la naturaleza, por la edad, ciertos defectos orgánicos, ó la voluntad del individuo que los posee, pueden suspenderlos, cederlos ó limitarlos sin incurrir en tiranía.

Los principales derechos que la naturaleza ha concedido al hombre, y de parte de los cuales solo puede desprenderse voluntariamente al ingresar en una colectividad social, son; el derecho de pensar, razonar y juzgar con arreglo á su aptitud mental; el de manifestar libremente sus pensamientos, razones y juicios, por cualquiera de los medios de que puede disponer para ello, como la palabra hablada ó escrita, etc.; el de instruirse y comunicar su instrucción á los coasociados suyos que deseen adquirirla; el de reunirse y formar asociaciones particulares con quien mejor le convenga; el de practicar ó no algún culto religioso, etc.; derechos que, al calificarlos, reciben ordina-

riamente la denominación de *libertades*; diciéndose libertad de pensar, de hablar, de imprenta, de reunión, de asociación, de cultos, etc.

Los derechos *sociales* se subdividen en *políticos* y *económicos*. Los *políticos* son los que conceden al hombre, constituido en miembro social, la intervención en la administración de su país; y cuando esa intervención no puede ser personal ni directa, la de designar la persona ó personas á quienes encomienda esa misión, en unión con sus coasociados; derechos que se hallan sintetizados en el *sufragio universal directo*, que simboliza la *democracia*.

Los *económicos* responden al deber que tiene todo cabeza de familia de mirar por los intereses materiales de la misma, como protector natural de ella; y se ejercen tomando todos los contribuyentes una participación directa en la discusión, aprobación, repartimiento y recaudación de los impuestos.

Antes de pasar adelante creemos conveniente advertir, que con la palabra *administración* expresamos la reglamentación de los deberes que la sociedad impone á cada individuo, de los que concurren á la formación de la colectividad á que pertenece; por eso la administración varía en cada país, y se divide en social, política, jurídica, económica, etc., adoptando el adjetivo de la especialidad que se encuentra reglamentada.

Además, conviene también dejar consignado que tratándose en el arte social de la aplicación práctica de los principios del bien y de la justicia comprendidos en la conciencia moral, el ejercicio de los derechos citados debe siempre encontrarse en armonía con los dos principios expuestos; porque de lo contrario sería una aplicación empírica, y los que á ellase dedicaran incurrirían en inmoralidad é injusticia.

La posesión de todos esos derechos por los individuos que forman una colectividad social se sintetiza en la palabra LIBERTAD.

Mas no siendo un solo individuo, ni una sola clase social la que debe disfrutar de esos derechos, porque entonces constituirían privilegios, sino todos los asociados hábiles ó sea la humanidad entera, esa universalidad se designa con la palabra *Igualdad*.

Por último, el hombre, al asociarse con otros semejantes suyos, cede voluntariamente parte de sus *derechos*, imponiéndose en consecuencia otros tantos *deberes* en beneficio de sus coasociados, como estos lo verifican recíprocamente con respecto á él; pero esa cesión no es de la totalidad de los derechos, sino de su extensión; usándolos tan sólo hasta que se encuentren con los que ejercitan los coasociados que se ponen en relaciones con él; á los que, con arreglo al principio moral de hacer bien al prójimo, no puede atentar, sin cometer un acto de inmoralidad y faltar á la justicia. Los derechos del hombre concluyen pues, donde principian los de sus semejantes, convirtiéndose allí en deberes; lo que sintetiza la palabra *Fraternidad*.

Libertad, Igualdad y Fraternidad son, pues, las tres palabras que formulan todos los derechos y deberes del hombre en sociedad; cuya supresión total ó parcial, no siendo voluntaria, constituye la *tiranía*; siendo todos ellos solidarios entre sí, y formando su enlace la *unidad armónica* de los principios contenidos en la conciencia moral.

Expuestas estas generalidades, emprendemos ahora con la revista histórica retrospectiva que prometimos presentar á nuestros lectores en uno de los párrafos anteriores.

IV

El hombre, en su origen, arrastrado por sus instintos genésicos, se asoció con la mujer, de la que tuvo hijos; dedicándose la madre á alimentarlos y cuidarlos con los recursos que el padre le proporcionaba.

Esta primera forma de asociación recibió el nombre de *familia*, de la que era jefe natural el padre, como encargado de sostenerla y protegerla; jefatura que el amor natural á la familia debió en general hacer muy soportable para la misma, siendo su domicilio alguna cueva. La familia sirvió, pues, de cuna á las sociedades humanas.

Más tarde, según iba extendiéndose el número de familias, algunos individuos que procedían de cada una de ellas ó de otras que más simpatizaban entre sí, establecieron relaciones con la familia matriz ó con las que les eran más simpáticas, ayudándose mutuamente en sus necesidades y sustituyendo en sus trabajos á los imposibilitados para ejecutarlos por sí mismos, fuera por enfermedad, por vejez, etc.; dando esas relaciones origen á la formación de asociaciones de familias fijas ó errantes; de las que el más anciano, como el más experimentado, era el jefe común con la denominación de *Patriarca*; autoridad arbitraria en su origen, pero que el roce continuo del jefe con sus subordinados, y los lazos de familia y amistad convertían en justa.

Esas tribus habitaban: las fijas en chozas estables, y las errantes en tiendas que fijaban y levantaban á discreción para trasladarlas de un punto á otro.

Trascurrido algún tiempo más, al paso que los individuos que formaban esas pequeñas colectividades sociales iban entrando en la senda de la civilización, observaron que, por algunas aplicaciones prácticas que el desarrollo gradual de su inteligencia les proporcionaba, sus necesidades iban en aumento; llegando á conocer que ya no les era

posible atender personalmente, como antes lo verificaban, á todas las necesidades y comodidades que reclamaban sus respectivas familias; porque entre otras atenciones, tenían la de sostener luchas continuas con las fieras y animales dañinos que en aquella remota época pululaban en la superficie de la tierra; lo que prueba que el hombre, antes de ser cazador, fué caza; y viendo que el patriarca, por la mucha edad, no podía librarles de esa plaga, delegaron ese cargo en el más fuerte de entre ellos, para que desligado de ese ímprobo trabajo, pudiera dedicarse cada cual con más desahogo á cuidar de sus intereses particulares.

En recompensa de ese peligroso cargo, se obligaron los asociados de cada tribu á atender, mancomunadamente, á las necesidades y comodidades del nuevo jefe, al que se acostumbraron también á prestar obediencia; sustituyendo entonces la jefatura de la fuerza personal á la de la edad.

De eso resultó que ese jefe, en vista del prestigio que adquirió sobre sus defendidos, tomó afición al mando, y verificó idénticos contratos con otras tribus vecinas ó las sometió por la fuerza, valiéndose para ello de sus mismos subordinados; extendiendo de esa manera sus dominios hasta formar grandes circunscripciones sociales, siendo reconocido como jefe común de ellas. La leyenda de Hércules puede servir de ejemplo á ello; y ese fué el origen de las villas y ciudades, de las provincias y naciones actuales.

Corriendo los tiempos, los más despejados é instruidos de esas colectividades sociales, aquellos cuyas fuerzas físicas eran inferiores á las de los jefes, pero cuyas inteligencias estaban más desarrolladas, se dedicaron á adquirir mayor instrucción por medio de la gimnasia mental, y cuando la consiguieron, se propusieron compartir el poder con los más fuertes, considerándose, con razón, superiores á ellos; mas convencidos de que la instrucción y por consiguiente el saber no bastaba por sí solo para conseguir el fin que se proponían, recurrieron á la *revelación divina*, proclamándola como *artículo de fe*.

En seguida se unieron estrechamente los que estaban en el secreto; se impusieron á las masas populares por medio de misterios, cuya clave sólo podían poseerla los iniciados por ellos; amenazaron á los pueblos con terribles y eternos castigos aplicados después de su muerte, si no se sometían á los preceptos que ellos les imponían en nombre de los dioses, cuyos únicos intérpretes se proclamaban en este planeta; y por ese medio llegaron á imponerse por completo á las masas populares, fascinándolas hasta el grado de disponer de ellas como mejor les parecía.

Con respecto al representante de la fuerza, no creyendo prudente chocar directamente con él, le halagaron, haciéndole creer que su poder provenía del cielo, y que ellos, como delegados de los dioses en la tierra, tenían la misión de sancionar ese poder; dando con eso origen á los gobiernos teocráticos y á los reyes ungidos y de derecho divino. Los sacerdotes egipcios y sus misterios pueden servir de prueba de lo que acabamos de decir.

Las primeras sociedades humanas que nos recuerdan tanto la tradición oral como la historia escrita, aparecen, pues, divididas en dos grandes clases: la privilegiada, formada por los representantes de la fuerza y de los sacerdotes ó sabios, encargada por su propia voluntad y sin delegación alguna, de la tutela de las grandes masas populares, cuyos derechos hollaban; clase que, á pesar de encontrarse en gran minoría, era rica, fastuosa y tirana; la otra, compuesta de todo el resto de los asociados, que, á pesar de ser muchísimo más numerosa que la primera, por haberse olvidado de que su ingreso en la sociedad fué voluntario y pactado, era pobre, miserable, hambrienta y esclava; trabajando sin cesar para atender á la manutención y boato de los privilegiados, que sostenían entre los que formaban la anterior, la *desunión* y la *ignorancia*. Tal fué en su principio la organización de las antiguas sociedades de Asia y África, de la Asiria y Egipto respectivamente.

Algo después, esas minorías gobernantes agregaron á la fuerza personal dominadora, otra compuesta de algunos individuos sacados de entre las mismas masas dominadas, pero manejadas por ellos; manteniéndolos armados y organizados á costa de la asociación, con el doble objeto de que sirvieran á su ambición personal, conquistando nuevos Estados, y reprimieran, al mismo tiempo, las aspiraciones que pudieran manifestar las masas á reconquistar su libertad perdida; iniciando de esa suerte la formación de los ejércitos permanentes y las guerras de conquista.

De lo hasta aquí expuesto resulta que los principales móviles que impulsaron á los hombres á asociarse fueron: Primero: Los instintos genésicos y el amor á la familia. Segundo. El convencimiento de las ventajas que reportaban las familias de la ayuda mutua en sus trabajos, cuando algunos de los que la componían quedaban imposibilitados para verificarlo. Tercero. La necesidad de defenderse y defender á sus familias de la voracidad de las fieras y animales dañinos, que entonces abundaban. Cuarto. Las ventajas que les reportaba la división del trabajo, encomendando á los más fuertes la misión de protegerlos; pudiendo, en consecuencia, dedicar ellos más tiempo á las atenciones domésticas.

ANTONIO ABRUTI.

PERÚ, CHILE Y MÉJICO.

Terribles son los infortunios que sufre la antigua patria de los incas en su sangrienta lucha contra Chile. ¡Cómo no hemos de lamentar tan espantosas catástrofes, cuando se trata de un pueblo hermano! ¡Cómo no dolernos de esas guerras fratricidas que han costado inmensos sacrificios y millares de víctimas á dos repúblicas hispano-americanas!

Tristísimo es el espectáculo que ofrece el Perú, y que resalta en el Mensaje que su jefe supremo dirigió á la Asamblea Nacional. Sonrió á Chile la fortuna en los campos de batalla, despues de las jornadas desastrosas de Chorrillos y Miraflores; se apoderó de la primera de sus ciudades, que fué ocupada militarmente, así como de algunos puertos bloqueados por sus naves.

La existencia misma del Perú fué amenazada, su ruina era inevitable, y en trance tan horrible, el jefe supremo del Poder Ejecutivo acometió la ruda empresa que su patriotismo le imponía, de asegurar en lo posible la dignidad y la independencia de su desdichado país: á pesar de que su ejército había sido destruido, dividió el territorio en tres grandes circunscripciones políticas y militares, confiadas á distinguidos jefes superiores, que prestaron los servicios más eminentes, obteniendo las más amplias facultades, reclamadas por las imperiosas circunstancias y á cuya abnegación atribuyó el presidente la gloria imperecedera de sucumbir peleando, antes que mancillar su honor, y merced á su ánimo esforzado ante la fortuna adversa, á la espontaneidad y decisión de los pueblos que secundaron su valeroso esfuerzo, el horizonte tenebroso que cubría á su patria infeliz en aquellos aciagos días, se vá despejando y deja vislumbrar algunos rayos consoladores de esperanza en mejores tiempos.

El Perú, al defenderse contra Chile, porque su honor se lo demandaba, no cerró sus oídos á los consejos de soluciones pacíficas, y vencido, tomó la iniciativa en las negociaciones de la paz; antes de continuar la guerra tan desigual por las ventajas que había alcanzado su rival en la contienda, constituyó un agente confidencial cerca del Cuerpo diplomático extranjero residente en Lima, pero Chile se negó á admitir la amigable interposición de los neutrales, y rechazó también la proposición del Perú, que nombró plenipotenciarios, para que se entendieran directamente con los representantes de Chile; pero éste insistió en su negativa, habiendo llegado á conocer las instrucciones dadas á los comisionados peruanos, en las que les hacían muchas concesiones para obtener la paz, pero ninguna cesión territorial.

El presidente calificó de abominable el incidente de malos peruanos que se concertaron con los contrarios para denunciarle sus proyectos, y Chile les prestó su apoyo, y creó un fantasma de Gobierno en Lima, sostenido por el ejército invasor; contra esta abominación afirmó que se había levantado en masa la nación agrupada estrechísimamente en torno del Gobierno nacional, indignada contra sus espúreos hijos, constituidos en instrumentos y auxiliares del enemigo.

Fueron muy sentidas las frases del Mensaje que condenaban la guerra intestina, y decía, aludiendo á Chile: «Los conductores de aquel pueblo han olvidado que sólo la observancia de las eternas leyes de lo bueno y lo justo dan prosperidad y poder á las naciones;» es un axioma de profunda filosofía, y continuaba así: «El Perú, infortunado en el campo de batalla, ha mantenido la doble actitud que su deber le prescribía; y si no llega á olvidarlo, hallará por fin la satisfacción de sus derechos, y se levantará curado de los males que trajeron su desgracia.»

Dignas y sabias reflexiones purificadas en el crisol del infortunio, que, si son atendidas, han de ser fecundas en bienes futuros, y pueden constituir la prosperidad y la grandeza del Perú, despues de tantos reveses; porque las enseñanzas de la adversidad son las más elocuentes, y deseamos que se levante vigoroso de su postración un pueblo tan digno por su historia de constituir su poder en el porvenir.

Bolivia ha sido la noble aliada del Perú: se estrecharon los vínculos fraternales en la hora de la desgracia, y un pacto federal, aceptado por la Asamblea de Bolivia, fué ajustado entre los dos Gobiernos, que ha de contribuir un día con su generoso ejemplo á fundar la alianza con las demás repúblicas americanas, que permanecieron impasibles testigos de la desastrosa contienda, á excepción del presidente y del Congreso de Venezuela, que demostraron sus vehementes simpatías por el Perú, y condenaron la conducta de Chile.

LA AMÉRICA ha sido siempre amante del progreso de la República de Chile, ha rendido tributo á los constantes desvelos de sus hijos esclarecidos, celosos del bien público y del engrandecimiento de su país; nos unen lazos de antigua amistad con algunos de sus más eminentes ciudadanos, que han sido ilustres colaboradores de nuestro periódico; nuestro queridísimo hermano, siempre inolvidable, representó á España en aquel país, en los años 1854 y 55, y esta circunstancia nos impulsó despues á ocuparnos con predilección especial de sus tradiciones y de sus adelantos; pero amamos muy sinceramente á todos aquellos pueblos que pertenecen á nuestra raza, deploramos con el dolor más intenso, no solo sus discordias intestinas,

sino sus luchas horrendas entre naciones hermanas, y hacemos los votos más fervientes para que se constituya un Congreso de representantes de todas las Repúblicas hispano-americanas, que estén provistos de los más amplios poderes para resolver las más áridas cuestiones en beneficio común y evitar tan horribles hecatombes.

Los hombres de Estado americanos deben meditar seriamente sobre los medios más eficaces para que prevalezcan las nociones legítimas del derecho y de la equidad sobre los bastardos intereses y las ambiciones funestas que engendran tan inmensos males, que paralizan los resortes del progreso, reducen á escombros hermosas ciudades, y derraman el luto y la miseria en las familias. La misión más grata de LA AMÉRICA es la de ser el apóstol fervoroso de la paz y de la unión de los pueblos de origen latino, y sobre todo de aquellos por cuyas venas circula nuestra sangre y tienen la comunidad del idioma y de la historia.

El Perú se encontró en la situación más deplorable. Había perdido su flota y la porción más rica de su territorio. Como las principales rentas se hallaban en poder de Chile, es decir, el guano y el salitre, el Tesoro estaba completamente exhausto, muerto el crédito; el bloqueo de sus puertos hizo desaparecer la renta de Aduanas.

Aunque se remitieron á Europa por el último ministro de Hacienda ciento noventa mil libras esterlinas, debieron emplearse en cubrir atenciones inaplazables, de gravísima responsabilidad, contraídas por el mismo ministro; en cancelar consumos de guerra, y fué preciso apelar al pueblo, y existiendo ya el papel moneda de curso forzoso y de emisión ilimitada por la suma de diez y ocho á veinte millones, se hizo otra emisión de sesenta millones de cuartos de sol en billetes al portador, que no podía ser aumentada, y refundidos en ella los veinte millones, fué convertida al tipo de veinticinco centavos por cada sol.

Fuó una operación, un empréstito, sin interés, realizado en proporción de las facultades de cada uno, que proporcionó al Gobierno cinco millones de soles, y por otras operaciones y préstamos generosos ascendió á nueve ó diez millones de soles la suma total ingresada en el Tesoro, que sirvió para el armamento y equipo del más numeroso ejército que tuvo la República; se atendió al servicio del Tesoro de un modo regular y desconocido hasta entonces, y se pudo sostener una guerra sin contraer deudas, porque si le quedaba una de ochenta mil pesos fuertes, tenía en depósito suma mayor, el Tesoro de las iglesias, que el Gobierno no había tocado, aún en sus más apremiantes y urgentes necesidades.

Otras providencias adoptadas, y el trabajo incesante del Gobierno, contribuyeron á mejorar el régimen administrativo, y para dotar el ejército de oficiales idóneos, así como para conocer la aptitud de los demás funcionarios públicos, fueron declarados transitorios todos los empleos, á fin de que sirviesen de prueba á los que los ejercían; se crearon las clases de jefes y oficiales temporales, á los que pertenecieron los que, sin ser de la profesión, venían á ocupar estos cargos provisionales, los que, siendo de ella, eran ascendidos, y sólo se mantuvo en las clases permanentes á los que se habían hecho merecedores de esta categoría por su valor y aptitudes demostradas en mar y tierra durante la campaña, con el elevado objeto de persuadir á todos los ciudadanos, por la experiencia diaria, que no se conferirían en lo sucesivo las funciones públicas al favor, sino al mérito, rompiendo así las tradiciones antiguas y la práctica contraria, tan fecunda en males, no sólo en el Perú, sino en todas las naciones dirigidas por Gobiernos arbitrarios, que prodigan los honores y los destinos sin consultar el interés público, porque no preside en la distribución de los beneficios la rectitud y la justicia, sino el capricho y la recomendación de personas dominadas exclusivamente por el interés privado. Vicios y corruptelas que predominan en las esferas gubernamentales, funesto legado del despotismo, que tiene todavía hondas raíces en la sociedad, porque no basta invocar el sacrosanto nombre de libertad y elaborar leyes que sancionen los derechos humanos, si no se hacen esfuerzos perseverantes para arraigarlos en las costumbres de los pueblos.

El diputado D. Máximo R. Lira, interpelló al Gabinete, en el Congreso de Chile, sobre la situación del Perú, y le hizo cargos por haberse negado á tratar con el dictador Piérola, porque el Gobierno de García Calderon no tenía soldados, empleados, ni rentas, y contrariaba los intereses de los patriotas peruanos por haber sido creado á la sombra de la bandera de Chile. García Calderon, dijo, les había pagado la contribución de guerra; pero fué porque los chilenos le habían dado recursos para traer de Panamá cuatro millones de papel moneda.

Los enfermos del ejército á últimos de Julio, según los datos oficiales, ascendieron á 1.500 en un cuerpo de 7.000 hombres. Añadió que la ocupación debía regularizarse para convencer al Perú de que sus males no tenían otro remedio que la paz y la piedad de los chilenos, y que debía pagar hasta el último centavo, porque despues el Perú no podría pagarlo nunca. El Sr. Vergara, ministro de la Guerra, contestó que Piérola se negó á entrar en negociaciones de paz, y que debió ser tolerante con el Gobierno de García Calderon, porque se estableció con deseos sinceros de paz.

Terminó diciendo que los resultados justifica-

ban el plan de prolongar la ocupación del Perú, hasta reducirle al estado de decadencia más insalvable. La fuerza del ejército permanente de Chile para el año de 1882, no excederá de 25.000 plazas, y la de mar se compondrá de un monitor, dos fragatas blindadas, dos corbetas, tres cañoneros, cuatro vapores, un buque escuela de marineros, cuatro pontones, y un regimiento de artillería de marina, con 1.200 plazas: se destinaron 100.000 pesos en la adquisición de un local y construcción de edificios destinados para la escuela militar.

Fueron recompensados por el Congreso de Chile, el general en jefe del ejército y el almirante de la escuadra vencedora del Perú; á éste se le concedieron honores de comandante en jefe de escuadra en campaña, el sueldo correspondiente á la efectividad de su empleo, y una gratificación de mil quinientos pesos anuales.

También votó 10.000 pesos para celebrar el centenario del sábio D. Andrés Bello. Contrista nuestro ánimo la lucha horrorosa de Chile, el Perú y Bolivia, su aliada; el incendio, el saqueo y la matanza, hacen estragos espantosos en aquellos pueblos, que rompen vengativos los lazos fraternales que debieran unirlos.

Un rayo de luz ilumina las negras sombras de este cuadro de horrores.

Las Cámaras de Chile y de la República Argentina ratificaron los tratados de paz y de límites convenidos entre los Gobiernos respectivos, y grandes festejos en las poblaciones más importantes de ambas Repúblicas solemnizan un hecho de gran trascendencia para su porvenir.

Mucho deseamos la regeneración del Perú, así como hemos enaltecido la que en Méjico se ostenta.

El Sr. D. Gumersindo Mendoza, director del Museo Nacional, ha demostrado su inteligencia y su constancia en la clasificación de las vastas colecciones de arqueología y de antigüedades, que son los monumentos de la historia de los pueblos que poblaron aquel continente, y que revelan las costumbres y las leyes de las razas que lucharon por su independencia en tiempos posteriores.

Leímos en *El Monitor Republicano*, que en los salones del Museo está pintada en geroglíficos y en estrechos cuadros la peregrinación de los aztecas, que cada figura está adherida por un alambre, teniendo al pié la materia de que está construida y el uso á que se la destinaba.

Abundan los animales mitológicos, las manifestaciones de la religión y de las creencias de sus antepasados, las armas que empleaban en los combates y en los sacrificios, las hachas de cobre y de bronce perfectamente construidas, los cinceles de cobre, los núcleos de sus navajas y hasta las toscas agujas con que cosían sus pintorescos arreos. Varios de estos objetos son iguales á los modernos, muestra evidente de lo adelantados que se encontraban en el cultivo de las artes, mucho tiempo antes de la conquista, por más que sus impías supersticiones les hicieran derramar la sangre humana en sus sacrílegos altares.

Resaltan también los instrumentos de música, el pito y el tamboril; los adornos preciosos de los trajes, collares de cuentas de tecali, de roca, de oro, las joyas y las alhajas, entre las que descuella la rodela de Motezuma tejida de plumas que hizo traer de Austria el archiduque Maximiliano.

La colección de máscaras es completa; hay dijes de cristal de roca, de nácar y de malaquita, y grandes ídolos; el que más se admira es el esqueleto de cobre de la Diosa de la Muerte, en cuyo cráneo brillan dos turquesas; hay urnas cinerarias que guardan probablemente las cenizas de reyes ó de emperadores; instrumentos de labranza, utensilios domésticos y un vaso de obsidiana primoroso, que puede competir con la porcelana de nuestras mejores fábricas, y un ídolo de oro vaciado con adornos de esquisita filigrana.

Los retratos de los vireyes, las armaduras de los conquistadores constituyen otra rica colección, en la que resplandece el estandarte de la Virgen de Guadalupe que empuñó Hidalgo, el cura de Dolores, para conducir á sus huertes al combate por la independencia; también se ven las vajillas de Iturbide y de Maximiliano.

El Museo contiene vastos departamentos de geología y de historia natural; pero el más notable es el de arqueología y la galería destinada á guardar los monumentos que posee el Museo, las piedras históricas, las estatuas, los monolitos y los geroglíficos.

Estas reliquias de los siglos son un tesoro artístico y una enseñanza viva de la historia, y bien merece los plácemes de la prensa, el celo inteligente del profesor de arqueología y director del Museo, Sr. D. Gumersindo Mendoza por haber hecho clasificaciones tan excelentes, para poner de relieve y al alcance de los naturales del país y de los extranjeros las lecciones elocuentes de los tiempos pasados.

Esta nación, no sólo se desvela por las artes, sino que, como hemos demostrado en nuestro artículo anterior, se ocupa de los progresos materiales.

Una de las obras más importantes, es el desagüe del valle de Méjico, que tiene por objeto proteger las sementeras que lindan con el canal, por el cual se deriva por una parte de las aguas del río de Cuartian para alimentar los lagos de Zuñipango y San Cristóbal, y poder arreglar la cantidad de agua derivada, con relación al grado de las

crecientes del río y con la capacidad del canal: se están instituyendo Bancos territoriales, agrícolas, hipotecarios, industriales; los capitales mejicanos y extranjeros han iniciado un impulso en extremo beneficioso para el comercio, que adquirirá un gran incremento. El de exportación de efectos del país, como el café, el tabaco, la azúcar, la grana, las pieles, y otros, producirán enormes ventajas; y una casa poderosa, hasta hoy importadora, la de Van-der-Wyngaert, anunció que compraba tierras del país, tintes, estaño, greta, plomo, oro y plata en barras, azufre, salitre, plantas mixtas y drogas del país.

No sólo se establece un gran Banco en la capital, sino que los capitalistas proyectan también Bancos en los Estados de la República en Zacateca, en Guanajuato y en los demás que van a dar nueva vida a todas las artes y a todas las industrias que derivan del comercio.

Por la iniciativa del ministro de Instrucción pública, se ensanchan los horizontes de la ciencia para la mujer, sometiéndola al Congreso la conveniencia de que se facilite en la Escuela de Medicina el acceso a las jóvenes que quieran abrazar esa humanitaria profesión.

Dijobien el ministro: la instrucción, fundada en los principios eternos de orden y de moralidad, puede garantizar las libertades públicas en su más perfecto desarrollo.

Un dato curioso fué comunicado por el cónsul de Méjico en Santander al ministro de Estado, que revela el portentoso influjo que en el aumento de la correspondencia ha ejercido la Union Postal, porque dijo, que hace muy pocos años era insignificante la correspondencia que de Méjico venía en los vapores franceses, y hoy cada paquete que viene de Veracruz, conduce más de 10.000 cartas.

Las dos Cámaras del Congreso de la Union, suspendieron tres días sus sesiones, como demostración de duelo a la memoria de un ilustre general, de un digno Presidente de la República, don Mariano Arista, que murió en el destierro, y cuyas cenizas venerables devolvió Portugal, y han sido conducidas a Méjico en el *Blasco Garay*, al mando del capitán de navío D. Angel Topete.

La recepción hecha a tan gloriosos restos fué solemne y grandiosa: la inhumación se hizo en el Panteón de Dolores.

Se celebraron banquetes suntuosos y bailes espléndidos en honor de nuestros marinos, y merecieron la señalada distinción de ser declarados vecinos honorarios de Méjico, D. Angel, D. Ramon, D. Juan Bautista Topete y D. Manuel Dueñas, por el Ayuntamiento constitucional de la magnífica y hospitalaria ciudad.

El ministro de la Guerra y el Ayuntamiento, obsequiaron a los marinos con banquetes y resonaron los brindis más entusiastas por la prosperidad de España y de Méjico.

La América acoge con el más profundo reconocimiento estos testimonios elocuentes de afecto fraternal entre las dos naciones, y después de tributar un homenaje de respeto y de veneración a la memoria del gran ciudadano Arista, saludó también con entusiasmo al ministro de la Guerra, al Municipio, a los socios del Casino español, a los astros de belleza que iluminaron sus salones, y a la gran República de Méjico.

¡Plegue al cielo que las Repúblicas de Chile, del Perú y de Bolivia, que hoy se combaten con tan rudo encarnizamiento, solemnicen muy pronto las fiestas venturosas de la paz!

EUSEBIO ASQUERINO.

LA MÚSICA.

I

En la escala de las manifestaciones del sentimiento humano es primero la prosa, luego la poesía y por último la música.

La prosa es la observación, la poesía es el sentimiento y la música es el éxtasis del alma.

La primera, en lo general, es la moneda corriente de la vida; la segunda, es la copia de la naturaleza por medio de la palabra, y la tercera, el reflejo de lo eterno, de lo inmortal y de lo divino.

Hay a veces elegante prosa que toca a los límites de la poesía; tales son algunas deslumbradoras páginas de Chateaubriand, de Donoso Cortés y de Eugenio Pelletan; hay poesía que entra en la penumbra de la música, como las *Armonías* de Lamartine, las *Doloras* de Campoamor y algunos *ayes* lastimeros de lord Byron; y así también hay algunos himnos musicales que no recuerdan ninguna voz humana y tienen un sello y un acento de un mundo superior al nuestro; tal vez la voz de un ángel ó el eco perdido de la ciencia adámica! Decidnos si no, ¿qué voz del mundo material ha hablado con la suave y arrobadora melopea y el acento tiernísimo del *Requiem* de Mozart, del *Stabat Mater* de Rossini, de la última *Aria* de Lucia de Lammermoor, del *Miserere* de Allegri ó de la *Plegaria* de María de Rohan?...

La palabra es más precisa, pero la nota musical es más poderosa. Hace recorrer el alma en un minuto, en un segundo, toda la escala de los sentimientos, desde la suave melancolía, hasta el misterioso dolor que se desata en lágrimas, de éstas a la sonrisa, de la sonrisa al delirio; es la tecla misteriosa que hace vibrar en nosotros fibras ignoradas que yacen adormecidas de continuo.

Cerrad si no los ojos del cuerpo, sumergíos en el mundo de los recuerdos y evocad las impresiones de la dicha que pasó; aquella cosa vaga y ondeante que hizo latir el corazón en vibraciones infinitas; aquello que fué nada y que fué todo; la luz de una mirada, el ondular de una sedosa cabellera, la esperanza que acariciaba la vida, el perfume de una flor, el ritmo sonoro de la mujer amada; un crepúsculo vespertino ó el adiós desgarrador que arrojamos a orillas de una tumba y sobre el borde del infinito... ¡Buscad todo eso en la memoria y aparecerá con caracteres borrados, gastados tal vez por la mano inexorable del tiempo!

Pero incrustad esos recuerdos en la música y con el auxilio de una romanza, de la nota plañidera de una flauta que gima en las soledades de la noche con las suaves armonías del piano, con las voces majestuosas del órgano que retiemblen en las catedrales, y ya vereis cómo aparece de nuevo el recuerdo con toda la pureza inmaculada de la primera suavísima impresión: vuelve a golpear el corazón apresuradamente las paredes que detienen sus oscilaciones infinitas.

¿En dónde estaba dormido ese recuerdo? ¿Qué tecla fué a buscar el sonido aparentemente muerto en el corazón? ¿Qué reactivo mágico hizo aparecer bajo su influencia los tintes gastados y perdidos?

Ese es un misterio de la vida del sentimiento; pero es una realidad ante los resultados maravillosos de la más encantadora de las artes, que el hombre haya llegado a conocer.

II

La música sirve para expresar una agradable sucesión de sentimientos por medio de sonidos: es la literatura de los sentidos y del corazón.

Hasta hace poco tiempo no ha ocupado en los estudios serios sino un lugar secundario, tal vez porque se la ha mirado como un juego de la fantasía, como un capricho encantador, como una cosa ondeante y vaga, que escapa a todas las categorías del pensamiento y no forma parte de las cosas estables de la vida.

Y sin embargo, todos reconocen que su poder es omnívoto, que su influjo es extenso y que al mismo tiempo está al nivel de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas.

El literato, el pintor, el arquitecto, el escultor, necesitan para ser debidamente apreciados, un círculo simpático é inteligente, aficionados que tengan algunas nociones superiores a las del vulgo. El músico no exige sino oídos que oigan y corazón que sienta; subyuga al anciano que ha encanecido en el estudio, como al niño que apenas principia a balbucir los dulces nombres del hogar; al rico que lleva una vida regalada y asiste a los conciertos y a las representaciones líricas, como al mendigo que retiene y repite las melodías que bajan de los salones suntuosos a las calles en que arrastra su miseria. ¡Qué más, si los mismos brutos se dejan avasallar y olvidan por un momento que tienen garras y veneno!

La música se dirige a todo el mundo y no tiene necesidad de buscarla la inteligencia como intérprete de su lenguaje universal. Aquí y allá unidos y dispersos, bajo el ardiente sol de un cielo tropical ó en la ciudad de nieve sobre las regiones del Polo, los hombres se agitan y se mueven y se someten a su poderosísima influencia.

Tiene un lenguaje universal que no alteran ni oscurecen todas las trabas que los hombres han puesto ante sí para no ser ciudadanos de una República universal; ni la diversidad de idiomas, de religiones ó de formas de Gobierno han podido ejercer influencia sobre su carácter de lengua universal. Tal vez que al mismo tiempo en estos desierto del mundo interpretamos una encantadora melodía de Mozart, de Rossini, de Auber, de Donizetti ó de Pergoleze en mil y mil lugares y en circunstancias distintas, evocan otros los mismos grandes pensamientos de esos géneos sublimes y brillantes; pero en todas partes la misma melodía exhala al aire su perfume, como la flor fragante, y agita el corazón bajo las más variadas y fecundas impresiones.

Cuál más, cuál ménos puede apreciar en lo más recóndito de su hogar la nota divina que agitó el estro poderoso del poeta del sonido.

A ese respecto a la música goza de una gran superioridad sobre las demás artes. ¿Cómo formar una idea del juicio final de Miguel Angelo, del descendimiento de Rubens, del Apolo de Belvedere y de la Venus de Milo... sin verlas y estudiarlas, trasportándose a los lugares en que se hallan? La descripción, la pintura, la fotografía y el grabado son palabras frías ante la grandiosidad de aquellos cuadros y ante la majestuosa esbeltez de aquellos bustos. El alma apenas adquiere cierto entusiasmo de convención, que no satisface las grandes aspiraciones de la inteligencia y los principios generales de la Estética.

No sucede así con la música. En cualquiera parte del mundo, algunos signos cabalísticos, algunas gotas de tinta derramadas en formas caprichosas estampan *La Invitación al vals*, de Weber, *La Plegaria* de Moisés ó la *Cavatina* de Atila, y cualquier instrumento, debidamente pulsado, murmura las mismas ideas de aquellas melodías, hierre el aire con idénticas vibraciones y el oído las recoge sin perder ni un suspiro, ni una queja, ni una voz amante; sin que deje de percibirse el acento, el ritmo, la cadencia, el rico colorido,

los más delicados adornos y las más suaves inflexiones.

Y aun para gozar de esa dulce embriaguez de la música, no necesitáis recorrer toda una obra de largo aliento del maestro; os basta y sobra muchas veces una romanza, una balada, una serenata de Schubert, una cadencia de Bellini, algún grito estridente de Verdi ó algún pasaje concertante de Meyerbeer; y es porque los hombres de esa inspiración dejan casi siempre en cualquier fragmento el sello poderoso de su rica originalidad. Sucede en la música lo que en las ciencias, en las bellas letras y en las otras artes liberales: unos necesitan grandes cuadros y otros reducidas miniaturas, éste un libro, aquél una oda, y otro tal vez una sola palabra para hacerse inmortales. Los géneos predestinados sueltan al aura sus cantos como gorgoja el pájaro, como exhala la flor su perfume y como murmura el arroyo, con la más encantadora naturalidad, con la sencillez que dá la inspiración. Las ideas de algunos se condensan en perlas y las de otros se cristalizan en diamantes. Lafontaine hacia una obra maestra en una fábula, Cervantes en un libro, Benvenuto Cellini con dos onzas de plata y Bernardo de Pallissy con una pelota de barro!

III.

Examinemos el hombre de ayer y el de hoy; abramos la historia mitológica y los anales escritos a nuestra vista y hallaremos la misma sorprendente y maravillosísima influencia. Orfeo después de haber perdido a su Euridice vivió retirado en el bosque de Hemus, donde no cesó de exhalar su dolor en cántigas sublimes, que sometieron la naturaleza a su influencia; Anfiou, el autor del ditirambo, se salvó del naufragio a que lo condenaron sus compatriotas, por haber hallado un delfín amante de sus notas armoniosas; Action construyó al son de su lira de oro las murallas de la gran ciudad de Tébas; y en fin, en todas las cosmogonías la música ha gozado de una legítima influencia, traduciéndose en emblemas reveladores de la poderosa imaginación de los antiguos.

Mas, ¿para qué apelar a la mitología, si la historia nos hace conocer la existencia del poder individual y colectivo de la música? Saul en sus horas de angustia no hallaba alivio hasta que David no lo sometía a su influencia, merced a su arpa melodiosa; el orgulloso Alejandro, que se titulaba hijo de Júpiter, se sometía a la suave presión de Timoteo; Erick, rey de Dinamarca, perdía completamente sus sentidos y se transformaba en otro hombre bajo la influencia de la música.

Si exceptuamos al Egipto primitivo, no ha habido nación alguna que no haya amado ese arte encantador; los pueblos civilizados y los bárbaros, los griegos, los romanos, los judíos, los galos, los germanos... los napolitanos que corren al teatro de San Carlos, y los negros de Guinea aduermen su pesar en los ingenios de la Habana cantando las baladas de su país... todos, todos buscan la música como un instinto de la naturaleza, como un recurso para sus grandes aflicciones, como la voz de sus alegres fiestas y el eco de sus adoraciones al soberano Rey de lo creado. Se la oye en los campos y en las ciudades, en los palacios y en las cabañas; es el consuelo de la soledad y al mismo tiempo el más poderoso elemento de solaz en las grandes reuniones.

La música está en la naturaleza y eso le da su carácter de universalidad; hay música en los grandes sacudimientos de la atmósfera y en las calladas y serenas noches de verano; música en el ruido de la cascada que se desata en hirvientes copos de espuma, y en el dulce murmullo de la brisa que apenas besa tímidamente la flor y la columpia; música en el concierto de los pájaros que pueblan los bosques y las ciudades; música en los ruidos del cielo y en los gemidos de la mar; música en nuestros corazones en donde una bandada de ruiseñores cantan de continuo las alegrías del pasado, los vivísimos esplendores de la mañana, los dulces afectos del hogar, las resplandecientes miradas de la gloria... y el resumen de todas las armonías, la armonía universal, el amor, la religión... y Dios!

La música es, en cierto modo, una conquista del hombre sobre la naturaleza. Ya hemos dicho lo que constituye su carácter; pero el hombre la ha arreglado a la medida de sus necesidades y del ideal que tiene en el fondo de su conciencia. Día por día perfecciona los sistemas de solmización, inventa nuevos instrumentos, halla recursos armónicos desconocidos de los antiguos, y deja impreso en sus trabajos el sello distintivo de su culto fervoroso por el progreso indefinido; encuentra en el fondo de su corazón riquezas melódicas que no se han traducido al lenguaje común y persigue el eterno ideal de la belleza, que sólo poseerá después de pasar las etapas de la vida.

Ahora, entrando en otra serie de consideraciones, ¿de dónde viene el sonido, ese agente imponderable, ese conductor misterioso del sentimiento poético y musical de que está dotado el hombre? ¿Cuál es la fuente abundante, inagotable de las sensaciones? Si como se sostiene, la luz está en todas partes, el sonido en el estado de sonido parece no existir en ninguna.

El silencio parece ser el estado normal de la atmósfera en que vivimos, y el sonido un accidente en el silencio. ¿Es éste el fondo permanente, continuo, perpétuo sobre el cual brillan y se pierden

los sonidos como los meteoros luminosos en la atmósfera?

¡Qué de misterios en todas esas grandes cuestiones que escapan á la generalidad de los artistas! Las ciencias irradian una luz intensa que ofusca á primera mirada; pero pasado el círculo de iluminación, hallamos siempre la valla impenetrable de la oscuridad y del silencio.

Antros pavorosos, secretos de la naturaleza, sombras y misterios, de este lado de la vida. ¡Qué pequeño es el hombre que se cree dueño de sus destinos y soberano de la materia, porque puede dominarla hasta cierto punto! ¡Qué ha hecho para justificar ese orgullo? Engolfáos en la ciencia que ha penetrado más íntimamente en el secreto de la materia, en la descomposición de los cuerpos. ¡Qué ha hecho el químico para coronarse de gloria por la infinidad de sus recursos? ¡Ha aglomerado todas las fuerzas eléctricas, cuya naturaleza le es desconocida, y obrando sobre el oxígeno y el hidrógeno ha formado una gota de agua... como sudor de la ciencia!... ¡Ha querido hacer una piedra preciosa y apenas ha podido carbonizar el diamante!

Ese es el resumen de la grandeza humana, cuando el hombre pierde de vista la naturaleza de sus grandes y magníficos destinos.

IV

Destinado el hombre á pasar sobre la tierra algunos cortos años de vida, en medio de peligros y de penas, y rodeado de inquietudes y de sinsabores, debería experimentar por las cosas del mundo un interés reducidísimo, y dirigir, en cambio, su mirada constante á esos abismos del espacio tras de los cuales está Dios; debería pasar sin poner atención, por enmedio de las pompas efímeras del mundo y reservar, para la fuente que correrá sin cesar, toda la sed insaciable de su alma.

¡Mas sucede todo lo contrario!

La atmósfera del mundo nos rodea, nos penetra y absorbe por completo todos nuestros cuidados, nuestras aspiraciones, nuestros estudios, nuestros afectos, y apenas, si, de tiempo en tiempo, hacemos un esfuerzo para pensar en las cosas grandes é imperecederas, y como con pesar, dejamos entonces vagar el pensamiento por las regiones serenas de la luz, y recurrimos á la oración para que se exhale de nuestro corazón los grandes sentimientos, como se elevan al cielo los perfumes que exhala el incienso al ser consumido por el fuego.

Y esto porque la oración, sublime coloquio del alma con Dios, es una de las grandes necesidades del ser moral, y vibra en los corazones á pesar del vicio, la necesidad de orar, la necesidad de recurrir á un ser superior, fuente inagotable de toda misericordia y de toda bondad, es una de las grandes manifestaciones del sentimiento del hombre, y la historia del género humano nos enseña, nos dice claramente, que no hay pueblo alguno, sobre la haz de la tierra, que haya desconocido y desatendido tal necesidad.

La música ha venido á realzar la oración y á darle las formas mas encantadoras y más irresistiblemente seductoras para los seres dotados de sensibilidad. Y á ese respecto la música sagrada tiene una importancia que es imposible desconocer.

Basta interrogar el corazón.

Un amigo nuestro, para cuyo elogio nos bastaría citar tan sólo su nombre, nos refería en otra época, á propósito del poder sobrenatural de la música sagrada, que recorriendo la España como un verdadero turista había llegado á Toledo y visitado su majestuosa catedral. Después de haberla recorrido con la ardiente curiosidad del viajero que recoge recuerdos para los largos días de la edad madura, y con la fría admiración del que ha sido deslumbrado ya con el panorama de Nápoles, de la iglesia de San Pedro y de las calles flotantes de Venecia, pensaba dar por terminada su visita cuando oyó preluir un órgano, y luego otro que le servía de eco, y luego los dos hicieron retumbar las espaciosas bóvedas con una de esas armonías encantadoras cuyo secreto melódico llevaron á la tumba Beethoven, Allegri y Pastrina.

¡Qué fenómeno psicológico ocurrió entonces en su ser? ¡Cómo y por qué dobló las rodillas y se prosternó al pié de los altares, y se llenaron de lágrimas sus ojos? ¡Qué mágico poder subdividió hasta lo infinito sus impresiones, sus recuerdos y sus esperanzas? ¡Y cómo brillaron como las mil facetas del diamante de Golconda herido por la luz del sol!

Oró largo rato, con esa oración que no tiene palabras, por la patria ausente, por sus padres, por sus amigos, por la mujer amada y que debía ser la compañera de su vida...

Oró y lloró por la música, que apoderándose de sus sentidos, había sacudido su corazón!

V

El canto es una parte del culto religioso en todos los pueblos del mundo. El hombre canta lo que adora y lo que subyuga, y por eso ha consagrado sus más ricas inspiraciones á manifestar sus sentimientos religiosos, dando un carácter elevado y elocuente á sus gritos de admiración, de gratitud, de dolor, de amor y de esperanza á su Creador.

No se puede concebir la oración sin un acento musical que le acompañe y que exprese en cierto modo su universalidad, su esencia como una vi-

bración del corazón; así puede decirse que la palabra es el órgano del sentimiento particular, mientras que la oración es el perfume del sentimiento público.

Todas las religiones conocidas en la tierra, desde el catolicismo hasta el fetiquismo, han hecho uso de la música como de un poderoso auxiliar, y han marcado indeleblemente sus tendencias, sus aspiraciones, su fuego íntimo y su vitalidad en las obras del arte que han dejado al porvenir.

La arquitectura, la poesía, la escultura y la música son las manifestaciones más íntimas y profundas de las necesidades religiosas del alma, y por eso, especialmente, es por lo que la música forma parte de todos los cultos y de todas las grandes ceremonias públicas.

La religión católica, la religión del amor por excelencia, es la única que ha sabido hacer uso de la música en sus ceremonias, dejando en ella indeleblemente, el sello de su grandeza y de su poderosa vitalidad. La vida verdadera no principia para el creyente sino más allá de la tumba, y por eso la religión verdadera, enseñada por el Hijo de Dios, trata de sustituir el sentimiento de la eternidad, al del tiempo, de anonadar la carne para que el espíritu se eleve en arrobamientos sin fin, hácia la eternidad. Por eso también los oficios de la Iglesia no son, en realidad, sino un largo gemido, una aspiración apasionada hácia la muerte, la humillación de los sentidos y la rehabilitación del espíritu que trata de dejar su crisálida terrestre.

Nada hay comparable á la pompa, á la magnificencia, á la variedad y profundidad de los ritos católicos que traducen á los ojos los misterios de su dogma, y así, prescindiendo de su verdadero carácter, y considerándolo solamente bajo el artístico, presenta el rito católico un drama lleno de peripecias, un magnífico espectáculo, el simbolismo más variado y más sorprendente y el lenguaje y la entonación más sublimes y delicadas.

Ninguna religión posee, como la católica, mejor sentimiento de la verdad en el arte. El canto llano ó gregoriano ha resistido á los embates del tiempo y conserva su majestuosa sencillez sin que sea dable suponer sufra transformación alguna, porque responde á las legítimas aspiraciones del bello ideal en el arte. ¡Cómo se conoce que la verdadera religión del amor y de la humanidad, ha querido encerrar la vida en las profundidades de su doctrina y satisfacer á la vez y siempre las necesidades eternas del alma!

¡Habeis oído las ricas inspiraciones de Scarlatti, de Pergoleze, de Jomelly, de Marcello, de Hændel, de Mozart, de Cherubini?

Aun con las imperfecciones con que se traducen y se interpretan en nuestros coros los himnos de la Iglesia, los grandes salmos, es imposible que no hayais sufrido la maravillosa influencia de un *Miserere*, de un *De profundis*, de un *Stabat Mater*, de un *Dies iræ*.

¡Os acordais! Un día habeis tocado á las puertas de la penitencia y habeis descargado sobre los hombros y sobre el corazón de un anciano venerable la enormidad de vuestras faltas; un sincero dolor acongoja vuestro espíritu, y si entonces oís cantar el *Miserere mei Deus* comprendereis la grandiosa inspiración que encarna esa música solemne. ¡Oid! Es el sollozo de dolor, es el pesar de la falta, es el grito del arrepentimiento, y la voz quejumbrosa del que se halla ser un miserable gusano de la tierra. Sonidos estridentes, ecos lejanos de una voz amenazante van y vienen por esa melopea temblorosa; de repente una melodía dulce trae un rayo de esperanza, es el rayo de sol que rompe la nube que entenebrece el horizonte, es la fé en la misericordia que hace exclamar, todavía con lágrimas en los ojos, ¡*Recordaré Jesu pié... ne me perdas illa die!*

¡Habeis oído el *De profundis* el día en que habeis acompañado á un amigo, un pedazo del corazón, que ha muerto, que va á recibir las últimas oraciones del cristiano?

Es una alma que ha volado al seno del Creador y que ya ha rendido cuenta de su jornada. Oid esa lúgubre queja de la melodía... es monótona como la eternidad; después, por transiciones sencillas, sin *florituras*, la voz estalla y se eleva, ha acabado el gran drama de ese que yace allí en los brazos de la muerte, algunas voces roncadas como el tañido de las trompetas os recuerdan el juicio final.

Si todo eso sentís y comprendéis, prosternaos. Algun día se representará para vosotros ese drama pavoroso.

JUAN JOSÉ MOLINA.

Medellin, (Nueva-Granada.)

LOS OBREROS DE LA PAZ.

BERNARDO DE IRIGOYEN.

Ha dicho uno de nuestros grandes escritores, al trazar la fisonomía de uno de los más populares de América, «que en Europa no conocemos de aquel hermoso país, sino la historia de las guerras y revoluciones, ignorando, casi por completo, que allí existen hombres cuyos talentos, ilustración y profundos conocimientos en todos los ramos del saber humano les hacen dignos de figurar á la par de las primeras celebridades Europeas.»

Nuestro compatriota ha dicho la verdad, aún

cuanto desde que esto escribía,—hace catorce años,—esa ignorancia ha ido gradualmente desapareciendo, al extremo de que hoy la prensa europea no sólo conoce ya á muchos de esos hombres, sino que, ocupándose de ellos, les hace la justicia que se merecen.

Verdad es que en América se producen acontecimientos de tal trascendencia, que llamando la atención de la Europa al ocuparse de ellos, tiene forzosamente que ocuparse de los hombres que los preparan, ó los producen, les imprimen dirección, ó á ellos se ligan, directa ó indirectamente.

Un hecho reciente viene en apoyo de esta afirmación.

Hace muy pocos meses que en Europa se tenía la convicción profunda de que la cuestión de límites pendiente entre las Repúblicas Argentina y Chilena, no podría tener otra solución que la de las armas, creyéndose completamente agotados los medios conciliatorios que impiden esas guerras desastrosas.

Cuando esto era creencia y convicción, nos llega por el telégrafo la grata é inesperada noticia de que un tratado acaba de celebrarse entre los dos países, y que, ratificado por los Congresos de Santiago y Buenos-Aires, pone fin al antiguo litigio, restableciendo, por consiguiente, la paz, la armonía y la concordia entre Chile y la República Argentina.

Como es natural al conocer este inesperado y feliz desenlace, los que conocían el estado de exaltación que reinaba en los dos pueblos, los arranques belicosos que dominaban los espíritus y el tono sangriento de la prensa, que pedía la guerra como el único medio digno de llegar á una solución decorosa del viejo litigio, han tratado de averiguar qué influencias, qué personalidades, qué hombres públicos han tomado parte en esta solución, no sólo para conocerlos, sino para tributarles el homenaje que merecen estos nobles apóstoles de la paz.

Siguiendo ese movimiento de estudio y curiosidad, teniendo á la vista la prensa de aquellos países, y conociendo lo que alguno de nuestros agentes diplomáticos comunica al ministro de Estado sobre el curso de las negociaciones y la misión de los negociadores, sabemos que el diplomático que se lleva la palma en este solemne debate es el doctor D. Bernardo de Irigoyen, ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, una de las primeras figuras políticas y sociales que se destacan en la brillante pléyade de hombres eminentes de que la América entera se envanece con justo título.

Hablando precisamente sobre el desenlace de la cuestión argentino-chilena, uno de los diarios más importantes de las márgenes del Plata, dice estas palabras:

«¿Quién no vé en esta solución, que ha satisfecho las aspiraciones y el derecho de dos naciones, la conclusión de una política lentamente elaborada, cuyo principio fué el ministerio Irigoyen, conocido por sus antecedentes de paz, de resoluciones amigables y honrosas?»

El general Roca, con esa vista profunda que caracteriza al gran político y que constituye el fondo de su personalidad pública, comprendiendo las reacciones del espíritu nacional hácia la paz, la sed insaciable de progresos que en todas partes se sentía, el deseo infinito de la nación por cambiar de política y de rumbos, buscó al Dr. Irigoyen como colaborador en la grande obra, que debía complementar la evolución interna nacida de los desastrosos acontecimientos de Junio.

Es que el Dr. Irigoyen, en los momentos de prueba, cuando la guerra apuntaba al pecho de argentinos y de chilenos, como si hubiera tenido la visión del porvenir, fué y se mantuvo abogado de la paz, anteponiendo á los resentimientos del día el destino solitario de los pueblos de una sola raza.

Es que el Dr. Irigoyen, entre todos los ministros de Relaciones exteriores que hemos traído, es el único que ganó un puesto en los recuerdos y en las simpatías públicas. Los demás murieron de nulidad ó de exajeración.

En cuestiones que afectan los derechos ó la honra nacional, rara vez los pueblos se equivocan al apreciar las actitudes de sus representantes.

La nación ha tenido siempre fé en que el presidente Roca y el ministro Irigoyen acabarían bien con una discusión de 38 años, y tenía fé, porque el primero, encarnación de la generación joven, tenía el credo de la nueva época, de la paz, á pesar de sus gloriosas charreteras; y el segundo, por temperamento, por estructura moral, por estudio y por visión anticipada de los sucesos, á pesar de sus años, de su vida pasada entre las tempestades revolucionarias, es un elemento de conservación y de progreso.

Jóven el uno, más allá del meridiano de la vida el otro, tienen la misma edad en las nuevas evoluciones políticas y sociales de la República.

Los dos han realizado un grande hecho: para los dos la gloria.

Los dos han entregado al derecho internacional americano la fórmula más civilizadora para dirimir las cuestiones de límites: para los dos el reconocimiento de los Gobiernos subamericanos.

Han entregado el Estrecho para la libre navegación del mundo, para todas las banderas y para todos los intereses, dando á la solución de la cuestión un significado tan grandioso que basta por sí sólo para hacer la reputación de un Gobierno y la espectacularidad de una Nación.

Los dos, por fin, han mostrado que el espíritu argentino no tiene el delirio de los combates, y que si ha sido guerrero, sólo ha sido como encarnación de un gran principio ó de un elemento de libertad y de civilización.

Son, pues, dos nuevas personalidades argentinas, que entran en el libro de las celebridades americanas.»

Así aprecia un órgano competente de la prensa del Plata la conducta observada por el doctor Irigoyen en esta delicadísima negociación, conducta que le conquista ante la Europa, y en particular en nuestra España, cuna de sus padres, la admiración y el respeto que en nuestros días saben inspirar estos verdaderos soldados de la paz, estos hombres de razón fría y serena, espíritu reposado y tranquilo, que en medio del desborde sangriento de las pasiones, saben conservar esa calma imponente, precursora siempre de éxitos de inmensa trascendencia, como el obtenido para su patria por el doctor Irigoyen, cuya habilidad y talento son su orgullo y título de gloria para ellos.

M. PEREZ RUANO.

CONCEPTO ACTUAL DEL COSMOS.

Hállase el hombre colocado como en el centro de inmensa esfera, cuyos elementos en constante dependencia unos de otros se hallan, encuéntrase frente a frente de la Naturaleza, con la que en consorcio vive, y sólo por un prodigioso esfuerzo de su espíritu, por fuerza poderosísima de un deseo jamás satisfecho, puede desunirse de esa Naturaleza que le contiene, como a parte y cosa propia suya, y saliéndose de cuanto a las cosas materiales le une, correr hacia aquel ideal eterno del conocimiento de sí propio; ideal y aspiración suprema de todas las edades, de todas las ciencias y de todas las filosofías; ideal y aspiración jamás alcanzada, porque si el espíritu humano avanza mucho en el conocimiento de las cosas, nunca llega a realizar su aspiración suprema. Es el espíritu humano como esas aves de alto vuelo que parecen constantemente dirigirse al Sol, sin alcanzarlo jamás; pero si el ideal es inaccesible, en su camino se hallan riquísimos materiales, pedazos de esa gran unidad del Universo, que nos dan seguro modo de llegar a su conocimiento, como en las regiones del aire halla el ave espacios en que girar libremente, lugares en que recobrar las fuerzas agotadas en su largo trayecto. No de otro modo halla el espíritu en las verdades científicas, en esos principios sintéticos, en los que se condensa toda una serie de conocimientos de detalle, lugar desde el que puede lanzarse a nuevas investigaciones y apoyos firmísimos para avanzar un poco más en el conocimiento de sí propio; por eso tales principios, siempre de orden puramente racional, son fruto de continuada experiencia, de observación constante, y se refieren al conocimiento del Universo, de que el hombre forma parte.

Y notad bien, que la concepción de la totalidad del Universo, que la idea del *Cosmos*, que la noción de lo que significa este mundo en que vivimos en perenne cambio, es asunto que eternamente ha preocupado y preocupa a todos los investigadores; en el campo de la filosofía, desde los primeros esbozos del panteísmo indio, que informa toda la doctrina de Sakia-Muni, hasta las últimas consecuencias del idealismo hegeliano, y en el de la ciencia natural, desde el unitarismo de Estraton de Lampaco hasta las más extremadas conclusiones del monismo, revélase la tendencia de formar idea aproximada ó cierta de lo que el *Cosmos* es, de dónde viene y cómo vive, si es que tiene vida, y qué será de él por siempre.

Se comprende muy bien que así acontezca. El hombre no es, ciertamente, un sér aislado del mundo en que vive; aunque por otra cosa no fuera, considerando que la vida no es sino el continuo é incesante cambio de elementos que en el hombre residen con otros elementos que le son exteriores, existiendo como repartidos en esta misma Naturaleza, tendríamos que admitir la necesidad de un lazo de unión, mútua dependencia de acciones entre estas dos realidades: el hombre y la Naturaleza.

Preciso es, sin embargo, distinguir. Existe, por una parte, admirable conjunto de seres, que aunque solidarios en sus movimientos y semejando pequeños organismos, que se enlazan y unen para constituir máquina inmensa, que por maravilloso artificio mueve todas sus piezas, gozan de individualidad propia; rigen á estos seres leyes comunes é invariables y fatales; porque su conjunto es como enorme mecanismo, en el que el impulso inicial se dá y demuestra con multitud de formas de movimiento ó como maravillosa obra de arte en que el detalle y el desarrollo de géneo en la ejecución, se subordina á un pensamiento general, y este conjunto variado, armónico, que se funde en la unidad de ley matemática, como suelen fundirse las series de sonidos en magnífica armonía, es la Naturaleza, es esto que en continua oposición al espíritu vive, sin aniquilarlo, sin excluirlo tampoco de sus leyes. Por otra parte, dentro de esta misma Naturaleza, en cambio con ella y de ella viviendo, existe la humanidad, el hombre, consorcio magnífico, armonía sublime de alma y materia, de Naturaleza y espíritu.

Unid ahora estas dos existencias por los lazos de mútua dependencia y estrechísima relación y á vuestra vista se presentará, como desde alta montaña se ofrece el panorama de hermoso valle, el más armónico conjunto, la más bella obra de arte, el ejemplo más maravilloso de la multiplicación de la energía del *Cosmos*. Por un lado el *Todo*, la Naturaleza entera con sus variadísimos é infinitos fenómenos; por otro el hombre, la humanidad perdida en ese *Todo*; pero despierto y desligado de él

su espíritu, luz más esplendente que la del Sol, cuyos rayos penetran y alumbran lo más oculto de las cosas, cuya mirada escudriña lo más recóndito y cuya poderosa fuerza, rompiendo las ligaduras que al *Todo* le atan, le lleva lejos, muy lejos de este mundo que le contiene; porque le convierte á sí mismo con el deseo de darse cuenta de que existe y por qué existe. Y cuando este espíritu, comprimido, digámoslo así, por el *Cosmos* que le envuelve, sale de sí mismo, entonces distingue las cosas desde alto punto de vista, álzase en medio de la naturaleza, registra hasta sus entrañas, penetra sus más escondidos arcanos, investiga desde los más notables fenómenos hasta los hechos de menos monta, y cuando toda lo ha estudiado—siempre con el deseo y fin de llegar al conocimiento de sí propio—entonces construye en su mente el *Cosmos* total y descubre la ley de su existencia, y ya en este momento puede dirigirse á él y decirle: *eres eterno*.

Pero antes de llegar á tal conclusión y aventurar hipótesis alguna respecto de este problema de la idea actual del *Cosmos*, debemos detenernos un breve rato en la génesis y desarrollo de la misma idea, porque de esta suerte vendremos lógicamente á parar á lo que es en sí la cuestión, que puede formularse de este modo: ¿permiten nuestros actuales conocimientos establecer noción exacta y positiva de lo que es el *Cosmos*? ¿cuál debe ser la noción, si es que existe?

Es la idea cosmogónica, en su origen artística, porque es teológica, en su desarrollo filosófica, en su estado actual pertenece á las ciencias naturales, por lo que afirmo que es positiva y exacta.

La idea del *Cosmos*, la noción primera de este Universo de que formamos parte, es eminentemente artística en cuanto producto primero de la impresión causada por la Naturaleza en el hombre, y es artística también porque obedece al sentimiento religioso, superior manifestación del sentimiento artístico.

Aspiración constante es de la humanidad conocer este *Todo* que le envuelve y en el que vive; lucha eterna se establece, para esto, entre el espíritu humano y la Naturaleza que á él se opone. Primero adquiere el hombre idea de esta dualidad del *Cosmos*; porque ve, de un lado, todo lo que no es él, todo lo que está fuera, y contrarresta su voluntad, y de esto que ve tiene conciencia, porque le causa sensaciones, porque á su pesar y contra su voluntad le impresionan, del mismo modo que tiene conciencia de su espíritu, de lo que forma y constituye otra cosa diferente del *Cosmos*, por las sensaciones que á sí propio puede producirse. Y es aspiración y deseo constante del hombre saber y conocer lo que es el mundo exterior que le rodea, porque viviendo en consorcio y relación con él, estando tan íntimamente unidos que, como esposos—si así vale decir—son carne de una misma carne, este conocimiento ha de prestarle grandes luces para el de sí propio.

Mas para este conocimiento, la primera idea tiene que ser artística y obra pura de la imaginación, sin que quepa otra cosa, porque en los principios de la humanidad, dominado casi el hombre por la Naturaleza, sólo dos medios tenía de conocerla: ó imaginándose un mundo á su modo, como el desarrollo de su inteligencia se lo permitiera, ó por sentimiento religioso, que tenía que ser pesimista,—ó mejor dicho terrorista—puesto que la oposición de la Naturaleza á la voluntad humana y la destrucción de las obras de ésta le hacían creer que obraba en su daño.

Es evidente que las facultades imaginativas del hombre se desarrollan por encima de las facultades intelectuales y aun completan á estas, por cuanto á donde no llegan la inteligencia y la razón, alcanza siempre la fantasía; sin detenernos en su influjo, en las concepciones de toda ciencia, en las leyes generales y en la formación de hipótesis—que casi á la imaginación se debe—en el arte no hay obra alguna que fruto de la imaginación no sea. El arte es lo primero que se ve y se siente en la Naturaleza, y se ve y se siente porque la belleza está en ella en todas partes, en su conjunto, y en la armónica variedad de todas sus manifestaciones.

Imaginad lo bello, lo artístico, lo grande, proporcionado y armónico de uno de esos mundos infinitos—aunque sea este pobre y viejo globo que habitamos—veréis como de él brota toda inspiración artística, todo el purísimo sentimiento, que como un rayo de sol se quiebra sobre la línea de algún lago, perdiéndose en preciosos brillantes que parecen luz congelada, se quiebra produciendo portentos de armonías, retratos de luz y sobre todo magníficos trasuntos de esa hermosura humana, á los cuales sólo falta el aliento divino del espíritu para que se extremezcan, sintiendo el escalofrío del infinito, como el hombre lo siente, cuando vuelta la mirada al cielo, contempla en la serena noche millares de mundos que con invariable ritmo eternamente se mueven produciendo la gran armonía del Universo.

La imaginación es poderoso auxiliar de la razón y del conocimiento. El desarrollo de la inteligencia es lento; pues tiene que caminar apoyándose en hechos experimentalmente ciertos, y tiene que ver las cosas, analizarlas y discurrir sobre ellas para buscar su principio racional; la imaginación no há menester, no necesita más que una impresión, no precisa más que un dato ó un sentimiento para construir un mundo. Bastó á Fidiás y Praxiteles, para sus magníficas creaciones, sen-

tir la hermosura humana; Esquilo ver al hombre para crear su Prometeo; Mozart y Beethoven, de la Naturaleza tomaron sus impresiones que en divinas armonías convirtieron, y la mística inspiración del beato Angélico, es sólo fruto de un sentimiento de divino amor.

Por eso las ciencias más artísticas son aquellas que representan el hecho sin verlo, que, como el géneo, presienten y llevan la imaginación á las últimas consecuencias de un principio fundamental, único que de la experiencia toman; por eso las matemáticas, que parece como que adivinan y predicen el lugar en que un mundo debe moverse y existir, ó el punto en que deben chocarse dos pedazos de un globo roto, son las ciencias más artísticas, son el estudio que más al arte se acerca y que más puntos de contacto con el arte tiene.

No necesitando otra cosa la fantasía mas que el dato de una impresión, y siendo el arte obra y producto de la facultad imaginativa, claro está que el origen de la idea del *Cosmos* es perfectamente artístico. Dígalo si no la idea que formais de cualquier cosa que se presenta á vuestros ojos por vez primera; no es una noción clara, precisa y exacta la que de la luz concebís cuando admirais los colores; á nadie ocurre, á primera vista, suponer que el color es una vibración, como ningún músico piensa en la ley matemática de los acordes; sentís el color como sentís la música, y así como al oír la magnífica composición de maestro insigne, la imaginación al punto se finge un drama, y en cada nota y en cada acorde vé la expresión de sentimientos variados y en la composición entera el desarrollo de una acción dramática que le interesa y conmueve, al ver las combinaciones de colores se finge el espíritu metamorfosis de luz, fantásticos caprichos, combinaciones, procesos y choques de sus rayos, y la imaginación llega á materializar la luz y á hacer al color propiedad de los objetos.

Pues bien, la impresión general de la Naturaleza en nosotros, la variedad que se realiza y pasa ante nuestros ojos, ofreciéndose como el conjunto más variado, armónico y bello, excita la imaginación: no vemos primero las cosas sino confusamente, como se ven los objetos muy iluminados al salir de la oscuridad; de esta primera impresión deducimos una idea puramente imaginativa del conjunto que se ofrece, y sólo cuando nos hemos acostumbrado á tanta luz, llegamos á diferenciar los objetos, apreciarlos uno por uno y entender cómo son, formando luego idea de su conjunto. Alumbra por inmensa luz se presenta la Naturaleza á la humanidad cuando esta la contempla desde su primera ignorancia, y únicamente, al familiarizarse con tanta luz, cuando puede señalar diferencias y establecer analogías, llega el momento de tener idea clara, exacta y positiva del *Cosmos*; mientras tanto, sólo la imaginación, sólo el sentimiento de semejante claridad originan una noción errónea. Pero no se crea por esto que á medida que la inteligencia se desarrolla, la imaginación plega sus alas, no; lo ciencia adelantará; el conocimiento del hombre y del mundo será más cierto y exacto, avanzará el entendimiento rectificando los errores de la fantasía, y ésta y el arte irán mucho más allá. Suponed que tuviese el hombre total y completo conocimiento del *Cosmos* y de sí mismo: nada embarazaría esto al arte, la imaginación alcanzaría siempre un más allá, las fuentes de inspiración para el artista serían mayores, y las obras del géneo se multiplicarían como se multiplicó la especie humana, y el hombre que llega á desbastar el mármol creando en él el tipo más acabado de la hermosura humana, concluiría en esbozar en un pedazo de piedra, merced al poderoso esfuerzo de su géneo, no una parte, sino el Universo entero.

Este profundo sentimiento artístico, que ha dado origen á la idea del *Cosmos*, es inminentemente religioso.

No se puede hoy negar que el sentimiento religioso representa un adelanto ó un grado superior del sentimiento artístico. Es la religión un arte elevado, una especie de culto de algo que no tiene forma, que no es materia y está en ella, y de ella vive, y de ella procede; la religión es como resultante de choque del sentimiento con la inteligencia; es algo que semeja mezcla de razón y sentimiento; pero es arte, porque es fruto de superior esfuerzo de la fantasía. Y la religión que, como el arte, brota de la Naturaleza, es lo primero que se dá al hombre, y por eso á ella asocia la idea del mundo, puesto que convierte á las cosas del mundo en objeto de culto y adoración; por eso el panteísmo es el más antiguo de los sistemas cosmogónicos, por eso afirmo que la idea del *Cosmos* es en su génesis artística y religiosa.

Consideremos cómo su evolución se cumple. Yo no puedo ni debo entrar aquí en crítico y minucioso exámen de cosmogonías antiguas ni modernas; ni los límites de este artículo, ni el espíritu de las ideas que he de sostener permiten tal cosa; mas debo demostrar, examinando la tendencia general de su sentido, que obedecen, más que á otra cosa, al concepto de las escuelas filosóficas, ya que estas las informan.

Á fin de que podamos concebir claramente los sistemas cosmogónicos, hemos de tener presentes los sucesivos desarrollos y evoluciones de la humanidad; no vamos á seguir paso á paso el curso de la civilización, sino á notar cómo la idea del *Cosmos* está informada por la creencia especial de cada pueblo, por su arte, y por su filosofía so-

bre todo; pues que un problema de todos las filosofías es la naturaleza del mundo. El desarrollo de la humanidad se cumple según ley de evolución; en realidad, cada época hereda de las anteriores costumbres é ideales, una labor incesante de integración y desintegración, un cambio continuo y perenne son los caracteres que este desarrollo reviste; en vano buscaríamos punto en que el movimiento se destruya ó detenga, produciéndose un solo momento de reposo; ni la herencia, ni la selección, ni la adaptación, dejan de realizarse siempre y á cada instante.

El ideal humano está muy alto, es inaccesible; la humanidad no tiene otro deseo ni otra aspiración sino llegar á él, y acumula en cada período de su vida y en cada una de sus formas, los materiales que su constante trabajo elabora. La idea del Cosmos en su evolución filosófica nos da firme prueba de ello; primero, es noción imaginativa y religiosa, luego la razón y el conocimiento de la Naturaleza unas veces, pero más generalmente la pura intuición filosófica, van rectificando aquella primitiva idea; contrariedades mil se elevan sin cesar, nacidas unas del exclusivismo de las religiones, que no son otra cosa que círculo que encierra y pretende ahogar el puro sentimiento artístico de la Naturaleza, y otros de la diversidad de las escuelas y de las varias interpretaciones de las cosas; y sólo cuando hemos podido desprendernos de todo espíritu dogmático y estrecho que al sentimiento religioso quiere dar forma, y sólo cuando desechemos las intuiciones y juicios *á priori* de los sistemas idealistas, elevándonos al propio tiempo por cima del cerrado materialismo, podemos, fundados en datos racionales que tienen su apoyo en la experiencia, concebir una noción positiva del Cosmos, bajo la amplísima base de los descubrimientos y principios de las ciencias naturales.

Además de estas tendencias que informan la idea del Cosmos en su evolución, y que son hijas de las distintas escuelas filosóficas, hay otras, no solamente producto de las creencias religiosas, sino de lo que pudiéramos llamar carácter íntimo de los pueblos, ó mejor dicho, creencias íntimas de las muchedumbres, que no pocas veces informan sectas y escuelas.

Si analizamos un momento los problemas generales que suscita la idea cosmogónica, veremos que todos, absolutamente todos, se refieren esencialmente al primer momento del Cosmos, á su primitiva manifestación, al primordial impulso que le hizo desenvolverse en formas tan variadas. Las concepciones del mundo, en general, difieren poco en las escuelas; en lo que no están acordadas, es en lo que se diferencian, es en el origen del Universo; más nótese que aun en esta variedad pueden señalarse dos tendencias generales, atea y materialista la una, dualista la otra. Redúcese la primera á considerar al Cosmos como unidad sustancial de materia y fuerza que engendra el movimiento y la forma; y admite el sistema dualista dos elementos distintos en la formación del Cosmos: Dios y la materia; pero el dualismo se desdobra, y es panteísmo, si considera á la unidad del Universo como Dios, y llega al sistema cosmogónico cristiano cuando cree que el Universo nace de un acto voluntario de Dios, y que en consecuencia á él se subordina en todo y por todo; así es que los problemas filosóficos que abraza la idea del Cosmos, pueden formularse en estas preguntas: ¿es solamente el Cosmos producto del movimiento, engendrado por la fuerza inherente á la materia, ó es forzoso admitir una especie de dualismo, atribuyendo la naturaleza del Cosmos y su formación á una causa de él independiente? Y admitido el dualismo cosmogónico, ¿ha de aceptarse la idea filosófica que no hace á Dios destructor, sino que afirma su coexistencia con la materia, ó el dualismo cristiano que considera á Dios autor voluntario y libre del Cosmos, y dueño, por lo mismo, de aniquilarlo? ó por ventura es necesario llegar á las últimas consecuencias del panteísmo idealista, negando con Hegel toda realidad objetiva?

No me toca resolver estos problemas; la solución que más adelante presentaré es perfectamente contraria á todos los sistemas filosóficos, ya que se funda exclusivamente en el monismo naturalista, fruto de los resultados obtenidos en el estudio de la evolución general del Cosmos; mas el que yo no entre á resolver tales cuestiones filosóficas, no impide que estudiemos su desenvolvimiento en el tiempo.

El sistema cosmogónico panteísta es el más antiguo de todos, cosa muy natural, si tenemos en cuenta que el culto de la Naturaleza se impone poderosamente al hombre, y además, admitida la idea de que el hombre es parte y sustancia de esa misma Naturaleza, es fácil llegar á considerar la totalidad del Universo como Dios y á cada una de sus partes como parte ó manifestación de Dios mismo. Tan antiguo es el panteísmo cosmogónico, que ya encontramos vestigios suyos en el Vedanta; pero sobre todo, se revela revistiendo dos fases en el episodio Bhagavad-Gita del gran poema Mahabharata; donde se presenta la idea de Dios unas veces como materia primitiva, lo cual constituye la doctrina emanantista, y otras como conjunto y totalidad del mundo, precisamente el panteísmo naturalista. Y la misma doctrina de Sakia-Muni, ¿qué otra cosa es sino un panteísmo quietista? Todo el budhismo se informa en este panteísmo hasta un momento en que toca al ateísmo, pero entonces ya le vemos transformarse.

Cinco siglos antes de la era cristiana representaban en Grecia esta misma concepción panteísta del Cosmos, Jenofanes, Parménides y Meliso, que enseñaron la doctrina de la sustancia única, infinita, eterna é inmutable, considerando al mundo visible mera serie de fenómenos, idea que persiste, pero como en estado latente, hasta dos siglos después de Cristo en que reaparece en la escuela de Alejandría, enseñada por Plotino y Proclo, como un emanantismo teológico.

En la Edad Media esta doctrina—tenaz y seductora para el espíritu, como todo lo que es unidad y armonía—tiene secuaces ilustres y decididos partidarios: Escoto Erigena, Amaury de Chartres, toda la escuela nominalista y Gundisalvo son panteístas, y sólo también, en el Renacimiento, Jordano Bruno, Serveto, Campanella, los neo-platónicos en general, después Espinosa, que es su gran apóstol, del cual procede el grande é ilustre Kant, que si no profesó el panteísmo cerrado del judío de origen hispano, enseñó un panteísmo cosmogónico ó inicial bastante categórico. Al llegar el momento presente, dentro de este nuestro tiempo, también encontramos un panteísmo idealista y escéptico, profesado por Fichte en su sistema auto-teístico, por Schelling, el más místico de los filósofos alemanes, que dió el punto de partida para la teoría de la evolución subjetiva en su filosofía de la Naturaleza, teoría que más tarde habia de desarrollar el insigne Hegel; pero que es dualista, porque admite como base de su sistema cosmogónico dos principios eternos: Dios y el éter. Por último, viene el géneo más grande y más lógico que el panteísmo informó, Hegel el idealista, cuya cosmogonía es una abstracción que lleva directamente el más extremado escepticismo, al pironismo antiguo; conclusión perfectamente justificada dentro de su sistema, consecuencia necesaria de su filosofía. En esta concepción hegeliana está empapada la dialéctica de Víctor Cousin y las ideas de Renan cuando reconoce la immanencia y ascension progresiva del sér en Dios.

Asimismo los sistemas cosmogónicos ateos y materialistas son antiguos; reconocen su origen en Grecia y fueron enseñados, trescientos años antes de Cristo, por Estraton de Lampsaco, que se inspiraba en Aristóteles, y por Epicuro, que comentaba á Leucipo y Demócrito. Admitía el primero—y en esto no estamos muy lejos de su opinión—la eternidad de la materia y del Cosmos; para él una fuerza inherente á la materia, que eternamente engendra movimiento y forma, sin ayuda de ningún acto creador, origina todas las modificaciones que constituyen los fenómenos del Universo. Epicuro, á su vez, negaba la eternidad de la forma del mundo; pero afirmaba y sostenía la de sus elementos, los átomos, que son necesarios, increados, extensos, impenetrables é irreductibles y distintos en su forma ya oblonga, y triangular, ya piramidal, hallándose dotados de gravedad y movilidad; los elementos del Cosmos, según esta doctrina, son los átomos y el vacío, el alma humana se compone de los átomos más sutiles. Cantada fué tal idea por un poeta insigne; yo no necesito recordar aquí cómo Lucrecio desenvuelve, en su magnífico poema de *rerum natura*, esta concepción atomística del mundo; que si recordaré, ya que ocasión se me presenta para ello, que aun esta idea atómica que si empujea el espíritu trae grandes datos para el conocimiento de la Naturaleza, es fuente de inspiración vigorosa revelada en la sonoridad de aquellos inspirados cantos escritos en la hermosa lengua de Lacio.

Representan esta tendencia en la Edad moderna, que Gasendo personifica en el Renacimiento, muchos pensadores y científicos españoles y los sensualistas franceses del pasado siglo.

No ceden los sistemas dualistas en antigüedad á los que rápidamente hemos revisado. En ellos pueden señalarse dos tendencias primitivas; dualismo pitagórico, que admitía la eternidad de la materia, coeterna con Dios, á quien Pitágoras concibió como gran matemático, porque de él fuera numerada la dyada indefinida, el número indeterminado, mas no como creador ni destructor; y el dualismo persa que partía de admitir dos elementos, la luz que simbolizaba en el fuego y las tinieblas, elementos que vivían en eterna lucha; lo cual, mejor que dualismo cosmogónico, es *diteísmo* ó doble divinidad. Después son dualistas los estoicos y Anaxágoras, y sobre todo es dualista la cosmogonía de Moisés adoptada por el Cristianismo; porque, en realidad, la filosofía cristiana carece de verdadera cosmogonía; mas á falta de riguroso concepto cosmogónico, tiene esta filosofía las siguientes nociones de Dios y del mundo: Dios es el sér por excelencia, infinito, perfecto, inmutable, necesario y eterno; es un sér personal, concreto, real, consciente en grado supremo, activo y libre. El mundo ha sido sacado de la nada por él mediante un acto libre, que es toda la energía divina aplicada á un fin, y puesto que el mundo ha sido creado por necesidad no es eterno.

Podríamos repetir ahora las preguntas formuladas antes y precisando más aún el problema filosófico del Cosmos, investigar cuál resolución está más conforme con el sentido actual de la filosofía.

Los sistemas panteístas, ya naturalistas, ya idealistas, tienen inconvenientes y presentan dificultades grandes; del puro naturalismo al materialismo no hay más que un paso y las consecuencias del panteísmo idealista llevan directamente á la negación de toda realidad objetiva; el materia-

lismo cerrado, que empujea las mayores concepciones del espíritu, lleva á un atomismo unitario que todo lo subordina al hecho; pero que no es sino el idealismo invertido; y por lo que toca á los sistemas dualistas carecen totalmente del fundamento de los hechos. Semeja el idealismo al doctor Fausto del poeta alemán, entregado á sus ideales y abstractas especulaciones y viviendo fuera de la realidad del mundo y de la vida: parécese el materialismo al mismo Fausto, si después de la transformación, perdiese su anterior personalidad, y prescindiendo de lo ideal y racional que hay en las cosas, viese solo la realidad exterior y con ella quisiera explicárselo todo. Ninguno de estos sistemas conduce á la verdad, porque esta pide que veamos lo que es fenomenal, lo que aparece al exterior y que más tarde nos remontemos al principio racional que regula cuanto existe; es necesario ser como Fausto, experimentador en cuanto no discurre sobre meras intuiciones, sino sobre los hechos, y aplicar después á esta observación el criterio racional que está por cima del fenómeno.

Tales razones me inclinan á pensar que está más conforme con nuestro actual criterio científico una solución monista y dinámica del problema del Cosmos, solución que no cabe enteramente dentro de ninguno de los sistemas examinados, aunque todos le presten algún concurso; los unos su conocimiento fenomenal, los otros sus líneas generales, mas ninguno sus métodos, aspiraciones é ideales.

Hé aquí en concreto la solución: es el Cosmos el conjunto de los seres todos, que no son otra cosa que manifestaciones de una energía constante en cantidad, pero que presenta eterno cambio; en el Cosmos todas las cosas persisten, porque sus formas son coexistentes y producto de la evolución de la energía; por manera que, dentro de esta evolución, sólo apreciamos la sucesión de formas de un sér ó de cualquiera conjunto serial de estos mismos seres.

Antes de entrar en el exámen de tal solución, permitid que pronuncie brevísimas palabras acerca de un problema de gran trascendencia para esto de la idea del Cosmos; problema que preocupa ciertamente más á los pensadores idealistas, que al espíritu positivo, que busca é indaga primero la realidad de las cosas; refiérome á los conflictos religiosos, que aparecen causados por las diferentes ideas cosmogónicas. No se crea ni que niego la necesidad del sentimiento religioso (cómo he de negarla si aún pienso que tal sentimiento es manifestación del artístico, inmensa fuerza que ha realizado los mayores adelantos de la civilización?) ni que intento atacar religión, culto ó confesión determinada. Nada más distante de mi ánimo. Existe el conflicto entre ciencia y religión, y es imposible negarlo; mas yo creo que á todo espíritu que desinteresadamente investiga la verdad, debe preocupar poco tal conflicto, que es insoluble. En vano trataríamos de hacer concesiones, en vano conciliar; la religión opondría siempre su espíritu dogmático y presentaría la resistencia de cuanto es cerrado, y no permite que el espíritu en amplísimo medio se mueva y manifieste; porque tal conflicto, para decirlo de una vez, nace y se origina de la tendencia archi-conservadora y tradicionalista de las religiones.

Aunque admití y creo haber demostrado que la idea del Cosmos es en su génesis artística porque es religiosa y en su desarrollo filosófica, conviene aclarar un punto, porque puede mi pensamiento aparecer subordinado á cierto dogmatismo que no debo admitir. Al establecer tal distinción, solo quise marcar la nota característica, el signo especial que á cada época distingue; no es que la idea cosmogónica tenga un solo carácter y tendencia en cada época determinada, con exclusiva y absoluta separación de los otros caracteres; en toda cosmogonía se observan y dan los tres caracteres, artístico-teológico, filosófico y científico; pero su cantidad varía en cada período y escuela: por eso la diferencia y clasificación refiérese solamente á la mayor cantidad de uno de los elementos, mas no á su exclusiva preponderancia.

Prodigiosa actividad ha desarrollado el siglo presente en el conocimiento general del Cosmos. Las ciencias todas contribuyeron á ello, enriqueciéndose tanto con un caudal inmenso de hechos, como con determinación de principios y leyes racionales que para explicarlos sirven; mas de todo este gran movimiento científico, de todos estos adelantos en el conocimiento de lo finito, que sobre el conocimiento de lo infinito tan clara luz arrojan, se deduce una doctrina magnífica, una ciencia que, elevándose á la consideración de la totalidad de la vida de la Naturaleza, saca al espíritu del estrecho círculo del exámen particular de los seres y de los estados con que en esa misma Naturaleza individualmente se presentan. Esta doctrina, que es la teoría de la evolución, que hoy á toda esfera de conocimiento se aplica, nace de mil maneras distintas, se constituye, no en una ciencia, sino en todas las ciencias; pero todos esos pensamientos, todo ese oleaje de opiniones y observaciones de que proviene, no hizo más que darle unidad, prestar á la idea vigorísimo impulso, acelerar la marcha de esta concepción que tantas conquistas promete, y por fin, constituir la evolución en el sér como en la totalidad del Cosmos, formando así una doble serie de términos análogos: primero *evolución filogénica* en la totalidad, luego

reproducción de este proceso serial en la evolución del ser que forma la *série ontogénica*.

Queda dicho, pues, que la idea natural del Cosmos se deduce de la teoría de la evolución, ó lo que es lo mismo, del desarrollo de la vida en los diversos seres que el Cosmos contiene como cosa propia suya, y que realmente forman su totalidad. Tenemos que considerar una gran evolución del conjunto de todas las cosas, á la cual llamaremos *vida de la totalidad* y evoluciones especiales en cada órden de seres, que podemos nombrar *vida de los individuos*; de tal modo que lo primero forma vastísima *série* en que cada evolución parcial, cada vida individual, es un término no más.

Ante todo debemos resolver una cuestión principalísima: ¿el Cosmos vive? y si vive, ¿cuáles son los elementos de su vida?

La vida del Cosmos es un hecho; porque hecho es el cambio continuo de las formas y la transformación de las actividades. Los principios generales de la Mecánica, en tan feliz momento establecidos para la Física, la Química y la Biología, demuestran á la vez que la indestructibilidad de la materia, la persistencia de la fuerza y continuidad del movimiento. Los procesos generales de la Naturaleza, en su modo simultáneo de presentarse, la unidad que les preside y la correspondencia que entre ellos existe, nos llevaron á la determinación de una ley generalísima que á todas las transformaciones comprende; por otra parte, esta misma ley general de las transformaciones de la Naturaleza, demuestra el continuo cambio dentro de su propia unidad; y como el carácter general de la vida es cambio, de ahí la afirmación que la Naturaleza, considerada en la unidad de su *todo*, vive, mas si aún se ofreciese alguna duda respecto de la vida del Cosmos, la evolución de su actividad, de la que voy á apuntar alguna idea, la disipará completamente.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Concluirá).

UNA VISITA A ZOLA.

He visitado á Zola. Me ha recibido sin ceremonia, como á un cofrade, en su escritorio. Es una pieza grande, cómoda, confortable, alhajada con arte y sencillez. Hacia frío, había fuego, pudimos conversar á gusto. Me tomó por un cubano. Le expliqué su error. Estaba mistificado. Se rió, diciéndome: «en Francia ignoramos la geografía.» Le contesté que era defecto europeo, ménos general, sin embargo, en Italia que en otras partes. Convinó en ello. Entramos en materia, hablando de todo: de mi Patria, de la Francia, de Rusia, de Europa, de libros, de *romanticismo* y de *naturalismo*. Es un hombre sencillo, natural, habla ligero y con facilidad. Hoy día no quiero contar nuestro coloquio sino á medias. Emilio Zola, tiene cuarenta años. Sólo representa treinta y cinco. Una que otra cana comienza á platear sus cabellos. Es moreno pálido, usa toda la barba, de estatura regular, tiene los ojos redondos un poco hundidos, mas bien saltados, la nariz ligeramente respingada la boca correcta, siendo algo gruesos los labios y redonda la cabeza. Está un tanto lleno de cuerpo por falta de ejercicio. La primera impresión que me produjo fué pensar en Aristóbulo del Valle,—es á quien se parece,—pero sus ojos tienen más bien el fuego interno de los de Cané. Nos contamos nuestras luchas como dos gladiadores que se sorprenden de hallarse con vida aún. El fué mucho más expansivo que yo. Me explicó su origen veneciano. Sus padres han muerto. Lleva luto por la madre. Es casado y no tiene hijos. «Ahora soy feliz, me dijo, pero he luchado quince años. No me gusta el ruido del gran mundo. Tengo que ir á Italia y huyendo de la sociedad viajaré de incógnito. Ya se lo dicho á d'Amici. Me dió su dirección. Le observé que hasta en eso era diferente de Victor Hugo.

«—Es verdad, repuso; Hugo es asombroso á ese respecto. Un anciano de ochenta años como él ha podido estar el otro día cinco horas de pié en un balcon viendo desfilan la multitud que lo saludaba,—y, continuó despues de ciertas observaciones más sobre la necesidad de cuidar la *bestia*: «Soy moderado, he dejado hasta el cigarro, no tengo vicios.» Filósofos un poco sobre este tema. Le conté que un cofrade suyo me había dicho de él; «Zola, *n'est pas un honnête homme*,—y que yo lo había defendido contestándole. Pero eso se comprende. Si Vd. hubiera leído *Le ventre de Paris*, me parece, había visto que Zola termina así:

«*Quels gredins que les honnêtes gens!*» Festejé mucho la respuesta en su favor; me quise despedir á la hora, me retuvo, seguimos conversando de pié, me dijo que lo visitaban muchos rusos é italianos, pocos ingleses. Y por fin, convinimos en lo de siempre: en que nadie es profeta en su país mientras vive, en que lo desconocido tiene un gran prestigio, en que el porvenir *es de la ciencia*,—y en que nos veríamos pronto otra vez, y siempre con satisfacción nuestra. En resumen: Emilio Zola es lo que se llama un hombre interesante bajo el doble aspecto de lo externo y de lo interno y un creyente convencido de la eficacia de su doctrina.

En el Plata no se le conoce sino como un hombre que hace libros *prohibidos*, y muchos lo condenan sin haberlo leído ni por las tapas. Véasele,

pues, como periodista, co-redactor del *Figaro*, don- de ayer escribe sobre la actualidad de Rusia.

Dice así:

«Los sacudimientos políticos de los tiempos modernos han hecho nacer en Francia, y en todas partes, una especie numerosa de políticos que disponen de los pueblos como los jugadores de ajedrez pueden disponer de las piezas de madera que tienen bajo su mano. Viven en plena especulación, deshacen monarquías y fundan repúblicas, no cuentan ni con los seres ni con las cosas, tratan á la humanidad y al mundo como un simple teorema de geometría.

Veo en esto al mismo tiempo una consecuencia del absoluto clásico y de la extravagancia romántica.

Y, notad que la opinión nada importa. Estos políticos pueden ser lo mismo monarquistas que republicanos. Entre un hombre político que quiere restablecer la monarquía en un país donde ella ha muerto completamente, como planta que no puede existir ya en el terreno en que vivía, y un hombre político que habla de fundar una república en un pueblo donde no encontraría ningun elemento de existencia, no veo diferencia sensible, pues que ambos se encuentran fuera de las condiciones científicas, fuera de la observación y de la experiencia.

La única política razonable y digna del siglo, es, por consiguiente, esa política experimental que tanto ha hecho reír á los burlones de la prensa cuando he hablado de ella. Es la fórmula filosófica de nuestras ciencias aplicada al Gobierno de los hombres. Ella trata á un pueblo como un jardinero trata á un árbol, estudiando los orígenes, los crecimientos sucesivos, el suelo y la temperatura, favoreciendo el desenvolvimiento de todas las flores.

Así como la creación continua del mundo es cuestión de medio físico y químico, de una fuerza mecánica que obra sobre los cuerpos, así tambien no hay más que una cuestión de fuerza y de medio que obra sobre las razas en la historia de las naciones. Todos los progresos son posibles, pero á condición de que se operen en las circunstancias debidas, lo mismo que los fenómenos naturales.

Por ejemplo, lo sucesos de Rusia—esos sucesos terribles que desde hace ocho días preocupan tanto los cerebros—son material de todo linaje de conjeturas.

No se pueden decir más necedades de una y otra parte. Proviene esto desde luego de que la Rusia es un país muy ignorado y de que en Francia tenemos la rabia de querer relacionar todo con nuestras costumbres y con nuestras ideas.

Pero proviene sobre todo de la manera dogmática como los políticos zanján las cuestiones fuera de los hechos. Entre las opiniones extraordinarias que circulan solo mentaré una, la que cree en la posibilidad de una República en Rusia fundándose en la guerra feroz que los *nihilistas* han declarado al poder absoluto de los Emperadores. Se habla de un próximo 89. ¡Un 89 en San Petersburgo, Dios mío! Pero para imaginar semejante cosa, es menester no haber salido de la Vilette ó de Montmartre, es menester hacer política como se hace teatro histórico entre nosotros, con todas las banalidades clásicas y románticas que se exhiben en las tablas.

¿Me será permitido observar esta cuestión como simple observador? Tengo datos muy exactos y puedo siempre decir fácilmente la verdad porque no me he entregado ni me he vendido á ningun partido. Será un modesto ensayo de política experimental, una aplicación de la fórmula naturalista al gobierno de los hombres. No juzgo, expongo hechos.»

Pinta despues en tres largos párrafos á la Rusia social, política, literaria, conservadora y revolucionaria, y termina con esta síntesis:

«Mi opinión es que la verdad está ahí; no se dobla violentamente á los hombres de la noche á la mañana y se les adapta á un estado político concebido. El hierro y el fuego nada conseguirán. Podrán todavía matar emperadores y sublevarse los paisanos sin que la hora de la libertad y de la justicia haya llegado en Rusia. El progreso no es más que el producto del suelo y de la nación, en circunstancias determinadas.»

Tal es Zola,—el hombre de letras que más ruido hace en Francia en estos momentos.

Enviaré un trabajo suyo en breve, con una corta introducción mia,—trabajo que explicará qué es el naturalismo como antítesis del romanticismo.

LUCIO V. MANSILLA.

ESPAÑOLES Y ARGENTINOS.

¡Sí!

Era una verdadera ofensa á Dios, á la historia, á la tradición, á los eternos principios de la fraternidad humana, que españoles y americanos siguieran viviendo como hijos de razas distintas, y que el recuerdo de una lucha impuesta por los acontecimientos pudiera mantener alejados á pueblos que nacieron para tener una sola patria, grande é inmortal: *la patria de la raza española*.

Derrumbada la muralla que la lucha de la independencia había levantado entre España, y las que un día fueron sus Colonias; disipado el humo de aquellos combates homéricos, y reconocida por la

madre comun la independencia de las repúblicas presentadas al mundo por el génio de Colon, había, más que una necesidad impuesta á todos por su propia conveniencia, un deber moral emanado de nobles sentimientos, que imponía á españoles y americanos iniciar una vida nueva, vida de amistad sincera, de dulce fraternidad, de sentimientos y aspiraciones comunes.

Y esta debía ser, no solo la obra del tiempo y de los sucesos que preparan los acontecimientos, sino la obra de iniciativas generosas que tuviesen la virtud de inspirar confianzas recíprocas.

El tiempo ha corrido, y las *iniciativas* se hacen sentir ahora á cada momento, como esperanzas risueñas que anuncian para España y América hermosos días de un porvenir venturoso.

Hablando de mi patria, he dicho muchas veces ya, desde que aquí me encuentro, lo que allí sucede con respecto á los millares de españoles que en ella residen:—los consideramos como *nuestros hermanos*, y como á tales les brindamos la tierra, el hogar, la familia, el trabajo, la fortuna, todo cuanto poseemos, todo cuanto nos es dado ofrecerles.

En cambio, ¿qué sucede en España con el argentino que aquí llega?

Oh! Yo me siento feliz en poderlo decir bien alto, en dar agradable testimonio de esta hermosa realidad.—Aquí tambien se nos considera como hermanos, se nos tiende la mano, se nos franquea el hogar, se nos acaricia y agasaja, no sólo en nombre de la antigua y tradicional hidalguía española, sino en nombre de la santa fraternidad de raza, que nos hace á todos hijos de la patria inmortal.

Entonces, pensemos ya en hacer práctica y fructífera esta dulce fraternidad, promoviendo, franca y abiertamente, la intimidad y el ensanche de nuestras relaciones comerciales y morales.

¿De qué modo?

Ante todo, no infundiendo aquí temores, ni espantos, ni recelos á los españoles, que, en nombre de legítimas ambiciones, deseen emigrar á la República Argentina, como ha estado sucediendo hasta hace muy poco tiempo.

Si los hay que aquí no pueden ser felices, ¿por qué privarles que vayan á buscar allí la felicidad á que aspiran, á que todo hombre aspira en el ancho sendero de la existencia?

El pauperismo los persigue aquí sin tregua.

No encuentran trabajo.

Viven en la miseria, arrastrando vida de espantosas privaciones.

Y si en la tierra argentina encuentran lo que aquí les falta, trabajo abundante y bien remunerado, y *los medios de hacer fortuna*, ¿en virtud de qué sentimiento noble ni generoso, ni de qué principio de equidad puede un *español* trabajar porque otro *español* no vaya á mi patria?

Comprendo que pagando tributo á un sentimiento de patriotismo, se haga propaganda ardiente é incansable porque los españoles que aquí padecen no emigren para *Sáida*, para países donde vivan expuestos á que les suceda lo que allí, porque al fin la miseria es preferible á la muerte; pero no he comprendido jamás que hombres bien intencionados é inteligentes hubiesen trabajado en España por impedir que sus compatriotas vayan á la República Argentina.

Para hacerlo, sería preciso que les proporcionasen aquí á los que trataban de disuadir, *más trabajo, más ventajas*, mayor suma de bienes que los que puede ofrecerles, y *en realidad les ofrece*, la República Argentina.

¿Es esto posible?

Ni un insensato pretendería que se lo creyesen. Luego pues, para hacer práctica esta hermosa fraternidad entre las dos naciones, de que españoles y argentinos hacemos tan espléndido alarde en estos momentos, es preciso empezar por ahí; *por admitir que somos una sola familia*, que podemos vivir íntimamente, aquí ó allá, donde mejor nos plazca, nos convenga, ó mejor se armonicen las inclinaciones de nuestro espíritu.

¿Hay españoles que desean irse á la República Argentina?

Que vayan en buen hora; con fé en el alma y la esperanza en el corazón, seguros de que al pisar la tierra bendecida por la Providencia, encontrarán allí esa fraternidad ingénita á sus compatriotas que los hace, en nombre de Dios y de la libertad, hermanos de todos los hombres de la tierra y en particular hermanos de los que ya lo eran por la tradición, por la sangre, por la historia y la comunidad del pomposo idioma que hablan en el inmenso foro de todas las nacionalidades.

Hay, en cambio, argentinos que quieren venir á la patria de sus padres?

¡Que vengan!

Que vengan, sí, felices y contentos, seguros de que al pisar la tierra española encontrarán por doquier las expansiones de la fraternidad que no tienen fronteras, el cariño que nace de lo íntimo del corazón, y esa hospitalidad que sólo se encuentra en el seno apacible de la familia.

HÉCTOR F. VARELA.

LA BARCA MISTERIOSA.

LEYENDA

I

En mi última expedición á Asturias, y durante mi permanencia en una de las más lindas poblaciones de la cos-

ta, me contaron el episodio que voy á referir y que desde entonces no puedo recordar sin que las lágrimas asomen á mis ojos.

Hallábame yo una tarde en un caserío de la montaña, oculto bajo ese manto de verdura que esmalta nuestras provincias del Norte, contemplando desde allí el imponente espectáculo del mar alborotado que elevaba hasta el cielo sus olas coronadas de espuma y agitadas con fuerza extraordinaria por el aliento de la tempestad. Mi vista se perdía en aquella inmensidad de agua que azotaba las rocas y se estrellaba en la playa sin darse un instante de reposo. El cielo se cubría más y más de negras nubes que ocultaban completamente el horizonte que poco antes se abría á mis miradas. Entonces el dueño del caserío que á mi lado contemplaba tan imponente espectáculo murmuró como hablando consigo mismo:

—No tardará mucho en aparecer la barca del pobre Antonio.

Al oírle me volví sorprendido hacía él, extrañándome que un hombre en su cabal juicio fuera bastante osado á lanzarse al mar en aquella ocasión, y sobre todo de que no encontrara nadie que se lo impidiera; pero al observar mi movimiento se sonrió ligeramente mi compañero, y me dijo: —Es verdad; ignora usted lo que esto significa, y le debo una explicación de mis palabras:

Y en seguida me contó lo que sigue:

II

—«No hace aún mucho tiempo que en uno de los pueblos inmediatos y en una pequeña choza aislada que, semejante al nido de un pájaro, se elevaba sobre una peña batida constantemente por las olas, vivían unos pobres pescadores.

Nada más unido en todos los pueblecillos de la camarea que aquella familia, compuesta del padre, á quien los años y sus continuos achaques vedaban ya el ejercicio de su arriesgada profesión, y tres hijos, uno que llevaba el peso de la casa y dos más pequeños, que despedían todas las mañanas á su hermano, que iba á arrostrar peligros sin cuento para ganar el pan de cada día, ó le saludaban con gritos entusiastas todas las tardes cuando la blanca lona de su ligera barquichuela aparecía en lontananza como un punto que se destacaba entre las brumas.

Su madre había muerto hacia dos años, y aquellas cuatro almas estrechamente unidas vivían amando al mar con entusiasmo y bendiciendo á Dios con reconocimiento. Nada más profundo que el respeto de los hijos á su padre; nada más grande que el cariño de éste á sus hijos. Para aquellos dichosos seres la desgracia no existía; desde la muerte de la anciana pescadora no se habían vuelto á derramar lágrimas en la choza y su recuerdo santo y bendito era una especie de alegría consoladora que les daba fuerzas y les mostraba claro el porvenir; fanal limpio y resplandeciente que guiaba sus pasos hasta Dios.

Todos los días, apenas el alba despuntaba, levantábanse los cuatro habitantes de la choza, y entre todos aparejaban la barca, en la que entraba el hijo mayor después de besar respetuosamente la mano del anciano y abrazar con efusión á sus hermanos, y acompañado en su expedición por las oraciones puras y fervorosas de los que se quedaban en la orilla, surcaba el bravo marino las verdes ondas y bien pronto desaparecía á lo lejos. No permitía que ninguno de sus hermanos le acompañase, á causa de la temprana edad de éstos.

El día en que ocurrió el espantoso incidente que turbó para siempre la felicidad de aquella pobre familia, una tenue claridad anunciaba en el horizonte la salida espléndida del sol. El mar en calma rizaba sus olas y las lanzaba á la orilla, retirándolas después, y dejando como una huella de su paso, bañada la arena en blanca espuma.

Mecido por halagüeñas ilusiones, el joven pescador abrazó á sus hermanos, besó la mano trémula de su padre, lanzóse de un salto en la pequeña cáscara de nuez, y soltando su vela, se alejó confiado y risueño; la brisa trajo durante mucho tiempo á la playa el eco de sus alegres barcarolas.

Pasó tranquila la mañana; pero al principio de la tarde una nube casi imperceptible se fué extendiendo poco á poco, y bien pronto cubrió el cielo con su manto de color de plomo. La tempestad se desencadenó terrible, nada resistía á su empuje. El mar se retorció en espantosas convulsiones y azotaba las rocas con atronador estrépito.

La población acudió en seguida á la playa, y un alarido inmenso de todos aquellos seres, en el cual se adivinaban los ayes de las esposas que se creían ya viudas, de los niños que se veían ya huérfanos, de los padres que se consideraban ya sin hijos, mezclándose á los ruidos de las olas alborotadas subía al cielo sin cesar como un canto de desesperación. Todos los ojos estaban fijos en el horizonte; pintada la ansiedad en los semblantes, porque todos tenían una persona querida que tal vez en aquel momento luchaba brazo á brazo con las olas, disputándoles una vida, de la que dependían otras muchas. Los pocos pescadores que no se habían hecho al mar vagaban de un lado á otro, felicitándose de su buena fortuna y lamentando la desgracia de los demás.

En cuanto á los tres habitantes de la choza, aquel padre y sus dos hijos que por la mañana abrazaron por última vez á su hermano, de rodillas, en la alta roca en que vivían, con las manos juntas y los labios trémulos, oraban llorando y devoraban con los ojos la inmensidad extendida á sus pies.

De repente el anciano se levantó, dejando escapar un grito de sorpresa á la par que de espanto y alegría. Allí, lejos, muy lejos, acababa de aparecer una barca muy conocida para él; la barca de su hijo que en vano se esforzaba por ganar la orilla y dominar la fuerza de las olas. Mucho tiempo duró aquella lucha espantosa de los elementos contra el hombre. La multitud, aterrada, seguía ávidamente todos sus detalles; el anciano y los dos niños, con el aliento comprimido, la contemplaban también, y en sus facciones descompuestas hubieran podido seguirse todas las incidencias del combate... Pero por fin vióse á la humilde barquichuela levantada á una altura prodigiosa, se adivinó más bien que se oyó un chasquido de madera que se abre, y después el frá-

gil esquife se hundió en el seno iritado del Océano para no volver á aparecer más... Y el mar rugió con fuerza como si celebrase su victoria...

¿Qué pasó entonces por la mente del padre de la víctima que así acababa de presenciar le desastrosa muerte de su hijo? ¿Quién es capaz de imaginarse las angustias que torturaron su corazón y extraviaron su inteligencia? Cuando todo se hubo terminado, se irguió mirando con aire extraño á su alrededor. Vió cerca de sí sujeta fuertemente á la playa una antigua barca desprovista de todo lo necesario, y que sólo servía para guardar el pescado cuando la pesca era abundante, y sin verter una sola lágrima, sin pronunciar una sola palabra, hizo una seña á sus dos hijos, que parecieron comprenderle. Bajaron la resbaladiza escalera de piedra, y saltando ágilmente sobre la barca, sentóse el anciano al descompuesto timón, asieron los niños dos remos, ya inútiles, que en ella encontraron, y antes de que nadie se pudiera oponer á su designio lanzáronse al mar, dirigiéndose al sitio en que la fatal tragedia acababa de tener tan espantoso desenlace.

Un grito de horror exhaló la multitud. Todos olvidaron por un momento su desdicha al ver aquellos desgraciados volar á una muerte segura. La débil embarcación, empujada por las olas, arrastrada por el viento, se hallaba ya muy lejos.

Entre tanto, la noche se acercaba; la oscuridad se extendía rápidamente, y poco después sólo se vió en la líquida llanura un punto confuso que se perdió entre las sombras.

En los días sucesivos las aguas trajeron á la playa muchos cadáveres, porque el siniestro fué horroroso, y la tempestad duró cuarenta y ocho horas; otros pescadores más afortunados lograron escapar á la tormenta, y tornaron vivos á su hogar; pero los cuatro habitantes de la choza no volvieron á aparecer ni vivos ni muertos.

Desde entonces, y cada vez que el huracán se desata y conmueve nuestras costas, véase aparecer, cuando la tempestad se halla en su período más imponente, una barca dirigida por un anciano y conducida por dos niños que siguen las indicaciones que éste les hace exhalando ayes profundos de dolor; es la barca de Antonio que busca el cadáver de su hijo que aún no ha podido encontrar. —>

III

Cuando acabó de hablar mi compañero, presencié un extraño suceso que aún no he podido explicarme. Yo había seguido con atención su relato. Durante él, la tempestad continuaba rugiendo con furia, y la oscuridad era ya casi completa. De repente un grito de estupor se escapó de mi pecho. Allí, entre las embravecidas olas, juguete del huracán, recorría el mar una sencilla barca pescadora.

Sentado al timón, con la mirada extraviada y descubierta la cana cabeza, estaba un anciano, y á sus pies, moviendo los remos con trabajo, dos niños macilentos y débiles fijaban en él sus ojos llenos de cariño y de compasión. Había momentos en que la barca se detenía; pero á un gesto del anciano los niños empuñaban con nueva fuerza sus remos, y la frágil embarcación volvía á moverse de un lado para otro, impulsada por el vendaval; otras veces podía creérsela tragada por una ola, pero no tardaba en volver á la superficie.

Los lamentos del anciano eran cada vez más desgarradores; las miradas que los niños clavaban en su padre eran cada vez más tristes... cada vez más compasivas... Después la oscuridad lo cubrió todo de tinieblas, y mis ojos no distinguieron nada, pero durante la noche los clamores del pobre viejo resonaron sin cesar en mis oídos, y el rugido de la tempestad se mezclaba á ellos formando un extraño concierto de horrosa armonía.

Apenas amaneció me precipité á la playa. La tempestad había cesado. En vano dirigí al mar mi mirada. Nada alteraba su tersa superficie.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

LOS PROGRESOS DE AMÉRICA.

El nombre de este periódico, y la misión que viene llenando desde su aparición, hace más de veinte años, justificará en todo tiempo el interés con que nos ocupamos de las repúblicas americanas, tarea tanto más grata hoy, cuanto que algunas de ellas presentan un espectáculo digno de estudio, de aplauso, y admiración á la vez.

La República Argentina, Méjico, Venezuela Chile y Colombia, están en ese caso: dejan en el camino las vestiduras ensangrentadas del pasado, trabajan, construyen, edifican, se agitan en nombre de la libertad, avanzan y sienten en todo su ser algo como esa fiebre de la impaciencia que se apodera del espíritu, cuando se desea la inmediata realización del pensamiento concebido.

Antiguamente toda nuestra prensa, y haciéndole coro toda la de la Europa entera, cuando de América hablaban, era para dar la noticia de alguna revolución ó de alguno de esos cambios de Gobierno, emanados no pocas veces en una orgía de cuartel.

¡Cuánta diferencia con lo que ahora sucede! ¡Cuántos y trascendentales cambios en tan corto espacio de tiempo!

Hoy la prensa, al ocuparse de las repúblicas citadas, publica casi día á día, la noticia de una mejora, de un progreso, de un adelanto realizado, de una conquista alcanzada, de una solución obtenida, no por los medios violentos del combate, sino por los debates serenos del raciocinio y la discusión templada.

Ejemplo del momento lo que acaba de suceder en las Repúblicas, Chilena y Argentina.

Próximas á lanzarse al campo de batalla para dirimir una vieja cuestión de límites, aceptaron la mediación de los Estados Unidos, y cediendo cada una lo que debía, vino el advenimiento pacífico que

puso fin al fastidioso *litis*, conjurando un peligro que pudo haber arrojado á las llamas de la guerra á la América entera.

Este hecho, de alta trascendencia, revela los grandes adelantos que han hecho esos pueblos en su educación moral, identificándose con las doctrinas de la civilización europea, que acepta el arbitraje ó los consejos de un amigo honrado, antes de recurrir al recurso extremo de las armas.

Y en armonía con estos progresos morales, están los progresos materiales que esos pueblos realizan con vertiginosa celeridad.

Lo que en la República Argentina sucede, por ejemplo, es asombroso, es casi fantástico.

Es aquello verdadero delirio de progreso, no sólo en la gran capital, llamada la *Atenas de Plata* sino en los campos, en las provincias del interior, en el litoral, en todas partes en fin. Tenemos noticias de allí hasta el 8 del mes pasado.

En el anterior habían desembarcado en el puerto de Buenos-Aires seis mil emigrantes, llevados directamente de Europa, debiendo agregarse á este número, lo ménos mil más, idos del Brasil y República del Uruguay.

¡Un solo vapor, *La France*, había conducido 1.400 pasajeros!

Esta emigración, que cada día aumenta, no vá allí llevada con engaños, por especuladores de esos que trafican en muchos puertos de Europa con la credulidad inocente de los incautos; va arrastrada por las noticias que se publican sobre la verdadera situación del país, sobre los grandes y variados trabajos que se están haciendo, ferro-carriles, caminos, carreteras, puertos, edificios públicos y particulares, templos, y sobre todo eso, la emigración afluye en número tan considerable, incitada por los lucros y beneficios que producen la cría de ganados y el desarrollo extraordinario que va tomando la agricultura, no sólo en las cincuenta ó sesenta colonias de distintas nacionalidades que existen ya perfectamente pobladas, sino en otras que se están formando, y en los campos inmensos que el país puede brindar al extranjero que desee trabajar y explotarlo, aumentados hoy con las veinte y cinco mil leguas arrancadas al dominio de los bárbaros, dueños hasta hace poco de las *Pampas Argentinas*, Sábanas dilatadas de tierra que todo lo producen.

En presencia de este gran movimiento de trabajo, de esta fiebre ardiente de progreso que para calmarse necesita brazos, brazos, y siempre brazos, los emigrantes que van llegando ahora al país, aun cuando durante ocho días tengan alimento y hogar, pagados por el Tesoro público, apenas si tienen necesidad de utilizarlo, porque inmediatamente encuentran pronta y lucrativa ocupación.

¿Dónde?

Lo diremos para probar cuánto avanzamos con datos positivos, con hechos prácticos.

En la ciudad de Buenos-Aires se construyen activamente los edificios destinados á la gran Exposición internacional de que tanto se ha ocupado ya nuestra prensa.

Para esa construcción se necesitaban muchos centenares de trabajadores, y algunos millares para la cantidad de edificios públicos y particulares, que surgen allí como por encanto.

Llega un momento en que, dada la abundancia de emigrantes que afluyen no encuentran trabajo inmediato?

No importa: la oficina de emigración les proporciona pasaje gratis para los *corlijos* de los campos de Buenos-Aires, para las provincias del interior, donde se están construyendo vastas y extensas líneas de caminos de hierro, planteando nuevas colonias y edificándose también nuevos establecimientos públicos y centenares de casas particulares.

Esto se sabe en toda Europa, y de aquí el entusiasmo que hoy existe en las ciudades por emigrar á la República Argentina, donde un hombre verdaderamente competente, y que ha tenido *siempre esta pasión*, el Sr. Samuel Navarro, se halla al frente de la oficina de inmigración.

Sancionado ya definitivamente por el Congreso chileno el tratado que lo había sido ya por el argentino en Buenos-Aires, se pensaba en celebrar con grandes fiestas este acontecimiento, que disipa del cielo político de aquel país la única nube que en él aparecía.

Por una coincidencia casual, al mismo tiempo que llegaba á Buenos-Aires la noticia del pacífico desenlace de esta vieja cuestión, llegaban á su puerto los buques de guerra últimamente construidos en Inglaterra, en previsión de que la lucha hubiese estallado, y sobre todo, el famoso acorazado *Almirante Brown*. Es este una de las máquinas de guerra más poderosas que se hayan construido en estos tiempos, midiendo 5.000 toneladas, con máquinas de la fuerza de 4.500 caballos, y artillería de un poder tremendo.

El buque ha sido conducido desde Inglaterra por marinos argentinos, mandados por el distinguido comodoro D. Bartolomé Cordero, que á un valor legendario reúne excelentes condiciones de marino.

Llegaron al mismo tiempo los buques-torpedos *Maypir* y *Py*, siendo esta feliz llegada objeto de grandes regocijos en la población de Buenos-Aires, tanto nacional como extranjera.

El presidente y sus ministros pasaron inmediatamente á visitarlos, quedando sorprendidos de las dimensiones, poder y arreglos de *Brown*, cuyo comandante y oficialidad argentinos merecieron

los más entusiastas elogios de los jefes de las estaciones navales extranjeras, al ver la disciplina que reinaba en buques de una marina naciente, aunque hoy la más poderosa de las repúblicas americanas.

Felizmente para ellas, hoy no la tendrá que entrenar la Argentina, que, libre de la preocupación del debate con Chile, podrá seguir tranquila su marcha de progresos y adelantos, cada día más *acentuada*.

Se había celebrado la *Exposición rural*, que cada año ofrece la necesidad de ese nombre, habiendo presentado éste mucho mayor importancia que los anteriores, por la cantidad y mejor calidad de los animales expuestos, y la gran variedad de máquinas para fueros de la industria rural, que han figurado en el pacífico concurso.

Habiendo contribuido el Gobierno nacional á los gastos de la gran Exposición internacional, nombró una comisión que lo represente para armonizar sus trabajos con los del *Club industrial*, bajo cuyos auspicios se llevarán á cabo este hermoso torneo de la industria humana.

La construcción de los edificios adelantaba rápidamente, siendo grande el entusiasmo que la Exposición despertaba, no solo en toda la República Argentina, que por sí sola, tanto y tanto llevará á la solemne fiesta, sino en las Repúblicas vecinas, y sobre todo en el vasto imperio del Brasil.

Es tal el interés que allí ha despertado, que el Gobierno imperial ha dispuesto que en Rio Janeiro se celebre una Exposición preliminar de los objetos y productos que se mandarán á la de Buenos-Aires, cuyo espacio será ya pequeño para los infinitos expositores que lo han estado solicitando, principalmente de Francia, Italia y Bélgica.

El Gobierno de la República Argentina sigue dedicado constante y preferentemente á los trabajos materiales que tanto engrandecen á este país.

El gobernador de Buenos-Aires, doctor Rocha, no sólo está cumpliendo religiosa y honradamente su programa de gobierno, sino que, cediendo á las impaciencias de progreso, está yendo mucho más allá, iniciando y realizando obras, á las que ligará su nombre perdurablemente.

Ultimamente ha firmado un contrato con el señor Parish, director de la compañía del ferrocarril llamado del *Sud*—que pone en contacto, con la ciudad, una gran parte de la compañía—para prolongarlo nada ménos que hasta *Bahía Blanca*, es decir, hasta los confines de aquellos vastos territorios, debiendo pasar la locomotora por todas las importantes poblaciones que están en el trayecto.

Según el contrato, la línea debe quedar concluida en dos años, de manera que dentro de ese corto espacio de tiempo se habrá cambiado fundamentalmente la vida y condición de la inmensa, rica y fértil provincia de Buenos-Aires, debiéndose esta transformación á la iniciativa, talento y perseverancia de su actual gobernador, señor doctor Darro Rocha, de quien tantas veces se ha ocupado ya la prensa española, dándole el lugar que le corresponde entre los hombres más eminentes de América.

El Congreso, cuyas sesiones habían sido prorogadas por el Poder Ejecutivo, seguía ocupándose de la discusión de leyes importantes, y los ministros le habían presentado las respectivas Memorias.

Trabajos verdaderamente notables, en su conjunto y en los detalles, ellos ponen de relieve el grande y provechoso movimiento de la administración, durante el primer año de Gobierno del general Roca; Gobierno el más fecundo, el más trabajador, el más útil que el país haya tenido, desde su existencia política, pues en ese corto período de un solo año ha resuelto las cuatro grandes cuestiones que podían haber perturbado la paz á cuya sombra realiza aquel país tan asombrosas conquistas:—la cuestión capital, la cuestión de fronteras, la cuestión financiera, y la cuestión con Chile.

Agradecido el pueblo al gobernante que tales beneficios le ha ofrecido en tan poco tiempo, quiso manifestárselo al general Roca por medio de manifestaciones de simpatía, tan cordiales como espontáneas, agolpándose á su domicilio á felicitarle, el día del aniversario de su ascension al poder.

Roca es un hombre modesto, y de hábitos sencillos.

Estas manifestaciones podrán, sin duda, ser gratas á su espíritu; pero las recibe sin vanidad ni orgullo, creyendo que lo que se hace en cumplimiento de un deber sagrado, no las merece.

Si dejando la República Argentina volvemos la vista á Venezuela, son igualmente consoladoras las noticias que de allí nos llegan, y llenas de interés, para la vida regular de la democracia, el espectáculo que ese hermoso país acaba de presentar durante el período electoral para la renovación de los poderes públicos.

El general Guzman Blanco ha ejercido hasta ahora allí, una especie de poder omnipotente, no como imposición suya, sino como delegación voluntaria y espontánea de sus compatriotas, que cansados de vivir en el desorden y la anarquía, comprendieron que para salir de aquella *situación extrema*, necesitaban crear un prestigio, robustecerlo y secundarlo con todos los elementos de la nación.

El uso que de esa especie de omnipotencia ha hecho el actual presidente de los Estados-Unidos de Venezuela, ya lo conocen los lectores de LA AMÉRICA; matando la hidra de la anarquía, que-

brando la influencia de los Caudillos revoltosos, haciendo inspirar horror á las revoluciones y el desorden; el general Guzman Blanco ha fundado un Gobierno estable, de orden, de paz y trabajo, que levantando el país á la altura en que hoy se encuentra, hace el orgullo de propios y la admiración de los extraños.

Llega el momento de las elecciones generales en todo el país, y el prestigioso caudillo lo convoca á ellas en nombre de la libertad, *prometiéndole garantías amplias á todos los partidos*, convirtiéndose en el guardián celoso de la verdad del sufragio.

Conociendo su honradez y la lealtad de su palabra, el pueblo acata con entusiasmo las promesas, y se lanza á la cuestión electoral.

Las noticias que de allí recibimos nos traen los detalles de esa lucha.

¡Son hermosos, son un verdadero timbre de gloria para la vida republicana, y una página brillante para la vida política de Guzman Blanco.

En el ardor de la lucha, los partidos se creen cohartados en algunas localidades, por esta ó aquella autoridad, que dicen favorece éste ó aquél candidato.

¿Cómo buscan la garantía que les falta para emitir libremente el sufragio?

Unos y otros se dirigen á Guzman Blanco, y éste, desde su apacible morada de Macuto, dirige una infinidad de telegramas aquí y allá, calma impaciencias, satisface exigencias razonables, á todos escucha, ampara todos los derechos, no muestra preferencia por nadie, remueve autoridades, y con una imparcialidad que le haría pasar por un *automata* político, preside la lucha en nombre de esa hermosa justicia que á todos alcanza, excluyendo las preferencias que irritan y los favoritismos que sublevan.

¿Quién ha triunfado?

Eso poco le importa á Guzman Blanco.

Eso corresponde á los electores.

Lo que le importaba era cumplir su palabra, llenar sus compromisos ante el país y los partidos, que hubiese una elección libre, y que *el sufragio universal fuese una verdad*.

Y esto es lo que acaba de suceder en Venezuela, para honra de sus hijos, para gloria del ilustre hombre de Estado que preside sus destinos.

La elección del mandatario que debe reemplazarle, tiene lugar en Febrero.

En todo el país no hay dos opiniones sobre el candidato.—La Nación en masa, como un sólo hombre, proclama á Guzman Blanco; pero él....

Parece mentira: él no quiere aceptar, insistiendo en la extraña resolución de querer alejarse del país, dejándolo materialmente en las *astas del toro*, es decir, abandonado á su propia suerte después de haber cambiado fundamentalmente sus instituciones, su organización política y constitucional.

Con este motivo era grande la inquietud que reinaba en todo el país, considerándose como un verdadero peligro para su porvenir el alejamiento del general Guzman Blanco, sobre todo en los momentos en que la República marcha á banderas desplegadas en el camino del progreso, de los adelantos y de conquistas que le dan días de esplendor que no conoció jamás.

Seguían activamente los trabajos del ferrocarril de la *Guayra á Caracas*, obra verdaderamente trascendental por los resultados que dará, poniendo en fácil comunicación todo el interior del país con aquel importante puerto, y seguían también, no sólo en la capital,—graciosamente embellecida con lindos monumentos, nuevos alumbrados y empedrados; paseos y jardines,—sino en todos los pueblos de la República, las construcciones de toda especie, participando los Estados-Unidos de Venezuela de la misma fiebre de progreso que calienta la cabeza de su hermana muy querida la República Argentina.

«La paz en aquel país»,—según la frase del señor Varela, en la extensa Memoria que ha pasado al ministerio de Fomento sobre la situación general de Venezuela, á propósito de la iniciativa tomada por éste para contener las emigraciones—«la paz que allí se goza hoy, no es un accidente casual, debido á circunstancias transitorias; es una *conquista sólida* alcanzada por el prestigio extraordinario de un hombre y por el concurso potente de un gran pueblo que, habiendo gozado ya de sus grandes beneficios, la cuida como un tesoro, dispuesto á matar en germen todo elemento que pudiera perturbarla.» (1).

Y tal es la verdad:—la paz está sólidamente establecida en Venezuela, pudiendo realizarse bajo sus auspicios felices todas las obras, adelantos, transformaciones y progresos,—tanto materiales como morales,—que hacen de ella una de las secciones de América mejor organizadas y que más brillo reflejan sobre el gran continente.

P. DE NAVARRETE.

(1) Hemos tenido á la vista la *Memoria* del Sr. Varela. Es un trabajo extenso y minucioso, que historia prójicamente los acontecimientos políticos producidos en Venezuela, y enumera todos los progresos y conquistas verificadas bajo la acción benéfica de Guzman Blanco.

LA MUJER. (1)

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

QUEVEDO.

No heroica entonación mi canto tenga,
ni clásico coturno he de embonarme
que, sin venir á cuento, no me venga.

De su rigor la crítica se arme,
y aunque por la *mujer* sufra un fracaso
ni yo quiero mentir, ni he de callarme

Victorioso saliera de este paso
pintando á la mujer de ojos de cielo,
de labios de carmin, de tez de raso;

Y ensalzando su pié, cintura y pelo,
en la vulgar sartén del adjetivo
hiciera apologético buñuelo.

Aunque ante el femenino, dulce atractivo
con humildad me postro, la lisonja
no ha de manchar con cieno lo que escribo.

Estos no son escrúpulos de monja,
sino honrada expresión de una conciencia
que no fué á la almoneda ni á la lonja.

Es la mujer ante la adusta ciencia
un orgánico sér que hasta de abono
sirve, como lo prueba la experiencia.

Un sábio afirma, con severo tono,
que mira en la mujer, no sin justicia,
á la nieta legítima del mono.

Y la ciencia procede sin malicia
cuando en vez de endilgarle algún poema
le consagra un tratado de obstetricia.

Pero tanta aridez yo juzgo extrema
para tratar de la mujer hermosa,
tan hermosa que sirva para un tema.

Yo firmo su retrato: es virtuosa,
dulce en su sencillez, discreta, amable,
modesta virgen y ejemplar esposa.

Cuanto se ha dicho y en su pró se hable
suscribo con fervor, pero ¡por Cristo!
no quiero á la mujer irresponsable.

Ella, más lista que el varón más listo,
fácilmente podrá con tal doctrina
disculpar mil desastres que se han visto.

No le basta tener la faz divina,
que su mejor hechizo está en ser buena,
pues no pecó por fea Mesalina.

Y debe con razón justa y serena,
apreciar de Virginia el sacrificio
más que la conversión de Magdalena.

Los poetas la adulan por oficio,
y hasta incurren por ella en sacrilegio,
que al postre le reporta un perjuicio.

Pues con la impunidad del privilegio
desdén la labor, el rezo olvida
y con desdén se acuerda del colegio.

Si se casa, ya es cosa convenida
que el hombre, soportando su cadena
le dará con su amor, su paz, su vida.

Quien dijo matrimonio, dijo pena;
por eso tanto célibe advertido
huye al duro rigor de la condena.

Pero no llega á veinte sin marido
la humilde, la discreta y hacendosa
propia para un fregado y un barrido.

Su más noble misión, misión hermosa,
no es charlar sobre ciencia en el Liceo,
sino cumplir con su deber de esposa.

Paso que entienda á Mata y á Linneo,
y vaya tal cual vez á algún sarao,
y una sola en su vida al jubileo.

Mas lo mismo en la Habana que en Bilbao
á la mujer, que es buena le precisa
saber cómo se guisa el bacalao.

No hay que tomar mi dicho á mofa y risa;
¿de qué sirve la esposa bella y pura
incapaz de zurcir una camisa?

Y si el chico es gloton, y el caso apura,
¿no ha de saber confeccionar la enema
que reclamando está la criatura?

Luego le toca el turno á la alhucema,
y el éxito á la madre ciñe ufano,
como don del hogar, rica diadema.

El hombre, con su génio soberano,
se aproxima á su Dios, domina al Orbe
á la mujer llevando de la mano.

Ella su gloria y su poder absorbe,
mas para ser su digna compañera
es preciso á su vez que no le estorbe.

Y estorba la celosa y la altanera,
la que al lujo se inclina con exceso,
la frívola, la tonta y bachillera.

Pero no la que al hombre, á su regreso
del trabajo, se acerca enamorada,
premiando sus afanes con un beso.

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en los Juegos Florales verificados en la Habana, en la noche del 12 de Agosto de 1881, en el Gran Teatro de Tacon.

Pero no la que el hombre, en la jornada, donde á la patria va á ofrecer la vida, sostiene con la luz de su mirada.

La mujer es del alma la querida bella, dulce ilusión; es su esperanza... ¡pobre del alma que la vé fallida!

Del humano destino la balanza ella inclina á su antojo; es dicha, es duelo, horrible tempestad, dulce bonanza.

Angel sublime que bajó del cielo, pero trayendo oculta la tijera con que á todo Sansón le corta el pelo.

Ella realiza la feliz quimera del que con frenesí ciego la adora, sin quererse curar de la ceguera.

Del esposo, á la vez dueña y señora, lo embute en el reloj de la obediencia sin dejarle el respiro de una hora.

Ella alegra el hogar con su presencia, pero su mal humor no lo resiste del mismo Job la sin rival paciencia.

Por ella el sol de resplandores viste, —es un decir,—y el prado tiene flores, y se inclina á su paso cuanto existe.

Copia el pintor sus múltiples primores, corona de laurel le dá el poeta y guirnalda de rosas los amores.

Entusiasta ovacion, mas no completa, por que aún merece más la mujer linda reverso de la frívola y coqueta.

¡Oh mujer! si de tí no hay quien prescindiera, si al hombre más glacial vuelves el seso, no extrañes que á tu amor débil me rinda y me postre á tus pies, que humilde beso.

MARIANO RAMIRO.
(Luis del Rosal.)

LA VIDA.

I

Apenas dulce del alba amiga la luz risueña tímida brilla,

Cuando lejana tiende indecisa la tarde triste sus vagas tintas.

Pasan las noches, pasan los días, pasan los años, pasa la vida.

II

Ayer, alegre me sonreía del mundo vano la perspectiva.

Hoy, ven mis ojos con luz distinta: todo fué sueño, todo mentira.

Pasan las noches, pasan los días, pasan los años, pasa la vida.

III

Antes, encantos, glorias, delicias: ¡cuánta esperanza! ¡cuánta alegría!

Ahora, pesares, sombras, desdichas: ¡cuánta tristeza! ¡cuánta fatiga!

Pasan las noches, pasan los días, pasan los años, pasa la vida.

IV

Ayer, eterno risueño prisma hizo del mundo mi fantasía;

Hoy, de mis ojos turbia la vista sólo ve sombras, sólo ve ruinas.

Pasan las noches, pasan los días, pasan los años, pasa la vida.

V

La vida entonces en sueños rica, ¡qué larga era! ¡qué lenta iba!

Ahora que triste se precipita, ¡qué solitaria! ¡qué fugitiva!

Pasan las noches, pasan los días, pasan los años, pasa la vida.

JOSÉ SELGAS.

NOTAS DE LA REDACCION.

Todos los diarios de América que empezamos á recibir, dando cuenta de la inauguración y sesiones del Congreso de los Americanistas, consagran palabras entusiastas á nuestro colaborador el señor Varela por la parte brillante que tuvo en aquella Asamblea de sábios, en la que decía D. Julio Nombela, «fue el único que supo interpretar el carácter de las sesiones.»

Hablando sobre este asunto, y con el título de *Expléndido triunfo de Varela*, dice el importantísimo diario de Caracas, *El Monitor*, las siguientes palabras:

«Este gran orador americano, gloria del Continente y de la lengua española, acaba de obtener un brillante triunfo en Madrid con su palabra oratoria, ardiente como nuestra zona, vibrante como los truenos que retumban en los senos de nuestras cordilleras, arrebatada y poderosa como los torrentes de nuestras cataratas.

La tribuna española, de las más elocuentes del orbe, se ha estremecido hoy bajo la impresión del acento hereúleo del orador de Ginebra.

Alcanzar palma oratoria en España, patria de Lopez, de Donoso y de Castelar, donde la elocuencia ha llegado á la cima del arte, donde el arte de la palabra sublime forma la atmósfera común del Parlamento, es adquirir un diploma de indiscutible mérito y de evidente maestría. Nosotros, que nos hemos complacido en unir nuestro desautorizado pero sincero aplauso á los que le ha tributado el mundo culto, nos hallamos satisfechos de ese veredicto competente que nos justifica, y casi envanecidos por la gloria del amigo.

El rey de España felicitó á Varela por su brillante improvisación, diciéndole que le consideraba como uno de los primeros oradores que habia oido.

Pero sean los periódicos de Madrid quienes impongan á nuestros lectores del notable incidente y de la ovación recibida por Varela.»

Después de estas afectuosas palabras, que revelan el concepto en que el Sr. Varela es tenido en América, *El Monitor* llena toda una página, transcribiendo algunos de los infinitos artículos que al triunfo oratorio del Sr. Varela dedicó la prensa española, encabezándolos con el de LA AMÉRICA.

Pero, si las demostraciones de simpatía y aprecio no le escasean al Sr. Varela en las Repúblicas Americanas, tampoco le escasean en Europa, y particularmente en España.

Varios de nuestros colegas han dado cuenta de una afectuosa carta que le ha dirigido el Jefe del Estado, y uno de ellos, hablando de esto, agrega:

«A estas, y otras distinciones por el estilo hay que agregar una, de que se le hace objeto en estos momentos.

«Cuarenta españoles de los que han habitado el Rio de la Plata, que conocen al Sr. Varela, testigos de todo cuanto allí ha hecho por la union de América y España, que ahora le ven aquí continuando la misma obra, se han puesto de acuerdo para ofrecerle una medalla de oro, como testimonio de la simpatía que le inspira su proceder.»

Nuestro colaborador tiene, pues, porqué estar satisfecho.

Ya tomó posesion del Gobierno superior de Cuba nuestro distinguido amigo el Excmo. señor D. Luis Prendergast. Fué recibido en la Habana con demostraciones públicas de afectuosa deferencia.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

(Historia de tres secuestros.)

—Pues con todo y con eso, bueno es siempre estar muy alerta.

—La verdad es, padre, que este negocio se nos ha despachurado completamente. ¡Vea usted, de ocho mil duros á treinta mil reales!

—Verdaderamente que estamos dejados de la mano de Dios; pero yo bien lo dije; que ese hombre tenia mucha familia y muchos gastos, y que no podria dar ese dinero.

—Ya no hay más remedio que seguir adelante.

—Sí; pero ya verás que ni los treinta mil reales sueltan.

En fin, lo que te aconsejo es que no tengas reparo en dar la cara, cuando haya que alargar la mano para tomar cuartos.

—Descuide usted.

—Por lo demás no hay que apurarse, que si una puerta se cierra, ciento se abren.

—¿Tiene usted alguna cosa más que decirme?

—Por hoy nada más.

—Pues buenas noches, que ya va siendo tardecillo.

—Anda con Dios.

Y José despidióse de su madre, y tomó el camino de Casariche.

En seguida, el Tio Martin llamó á su mujer y le dijo:

—Es menester que te encargues de asistir á ese muchacho lloron y que sigas metiéndole miedo con el loco, siempre y cuando vuelva á berraquear; pues sólo entonces iré yo á la cueva.

—¿Y qué le llevo yo de comer?

—Un poco de sopa de leche y habas verdes.

La tia María se proveyó de los manjares indicados, y se

dispuso á ir á la cueva [del niño Antonio, mientras que el Tio Martin dirigiase á ver á don Agapito.

En efecto, el viejo bajó á la zanja, llamando varias veces al secuestrado que yacía inmóvil, tendido boca abajo y con las manos atadas sobre la espalda.

—¡Si se habrá muerto este alfeñique! murmuró el desalmado viejo.

Y aproximando su farolillo, comenzó á examinar al prisionero, y entonces advirtió que aún vivia, si bien se hallaba en un estado lamentable de postracion, á consecuencia de los fuertes nudos del cordel, que se le habia incrustado en las muñecas, y de la inflamacion producida por las terribles saetas de jara, que tan cruentamente le habia clavado entre las uñas de los dedos, y á las cuales el viejo Martin, con repugnante jocosidad, calificaba de *guantes*.

Al ver el profundo abatimiento del casi exánime cautivo, el Tio Martin pensó que habia ido demasiado lejos en su castigo, y aún llegó á temer que si éste sucumbia, pudiera esta circunstancia producir inconvenientes ó dificultades para recabar de la familia el apetecido rescate.

Tal fué el interesado y odioso móvil que le impulsó á prestarle al cautivo algunos auxilios.

Así, pues, cortó inmediatamente con su navaja el apretadísimo cordel, y en seguida comenzó á sacarle una tras otra de los hinchados dedos las puntiagudas estaquillas, cuya produccion hubo de producirle al paciente á la vez tal consuelo y dolor, que lanzó un profundísimo gemido.

—Vamos, pensó el crnel verdugo; todavía siente bastante; lo curaremos con sal y vinagre y el diablo querrá que no reviente aquí. ¡Tente mientras cobro!

Y una maligna sonrisa dilató los lábios del feroz viejo.

El Tio Martin volvió á salir de la cueva, dirigiéndose á la casa, y ya volvia provisto de algunos trapos y un cacharro con sal y vinagre, cuando se detuvo en la puerta porque llegaba su esposa.

—¿Cómo está ese muchacho? le preguntó.

—Muy asustado.

—Eso es muy bueno; así no chillará.

—No ha querido comer nada.

—Ya comerá así que lo apriete la carpanta.

—¿Y cómo está el otro? preguntó á su turno la vieja.

—Creí que habia *merado*.

—¿Tú crees que todos son tan fuertes como tú; pero es menester que pienses, que ese hombre está enfermo, y que además no conviene apretar la cuerda tanto, que salte

—Bueno, bueno. ¡Hasta luego!

El Tio Martin dirigióse de nuevo á la caverna de don Agapito, al cual comenzó á lavarle las heridas, con tanto interés aparente, como si de veras, y por humanidad, le importase curar al infeliz prisionero.

Aquella curacion tan brusca y dolorosa, produjo en el doliente el efecto de un enérgico revulsivo, de suerte que recobró inmediatamente toda su vitalidad, circunstancia que, por el móvil indicado, agradó sobre manera á su bárbaro verdugo.

Terminado el lavatorio, el Tio Martin le envolvió cada una de las manos en un paño empapado en la salmuera, habiéndole incorporado contra la pared de la cobacha.

—Ahora te encontrarás mejor. ¿No es eso?

El infeliz don Agapito hizo una señal afirmativa.

—¿No puedes hablar?

El secuestrado respondió con otro signo negativo.

—¿Tienes gana de comer?

El Tio Martin obtuvo la misma contestacion.

—¿Quieres un trago de leche? volvió á preguntarle.

Don Agapito inclinó afirmativamente la cabeza, y entónces aproximó á sus labios un jarro de leche, que con otras provisiones habia llevado á la cueva en su primer viaje.

El viejo le sostuvo el jarro, mientras bebía, pues que el cautivo no podia valerse de las manos.

Aquel líquido alimento pareció reanimar visiblemente las desfallecidas fuerzas del prisionero, que después de haber bebido muy á su sabor, con voz débil, dijo:

—¡Gracias!

—Reánimate, hombre, que esto no es nada para lo que te espera, si otra vez te dan ganas de gatear.

Y así diciendo, salió de la cueva, dejando al cautivo en una situacion algo ménos penosa que la que habia sufrido durante las pasadas veinticuatro horas; pero siempre con los más acerbos é insoportables dolores.

CAPITULO XV.

EL CABALLERO MISTERIOSO

Desde luego se comprenderá que la familia de don Agapito Delgado no dejaría de hacer todos los esfuerzos imaginables para reunir la cantidad exigida en la nueva carta que llevó Melero, después de su entrevista con los fingidos pastores.

Pero atendida la fortuna y circunstancias de la mencionada familia, el plazo marcado era en demasía breve para encontrar los treinta mil reales reclamados.

Los dias pasaban y la ansiedad de doña María Gallardo y de sus hijos crecia en la misma proporcion angustiosa que el plazo fatal que se acercaba.

Viendo, pues, la imposibilidad absoluta de enviar el dinero, deliberaron y resolvieron la madre y los hijos que el mayor de ellos, ó sea Frasquito, escribiese á los secuestradores una carta muy tierna y suplicante, explicándoles el tristísimo estado de la familia; que la falta misma de don Agapito en su casa les irrogaba indecibles perjuicios; que el plazo señalado era demasiado corto, y por lo tanto, insuficiente para encontrar la cantidad exigida; que tuviesen compasion de su desgracia y que la familia sentia en extremo que don Agapito les fuese gravoso, y que por lo tanto, les remitian mil cuatrocientos reales para que atendiesen á los gastos de su enfermedad y subsistencia; y por último, que lo cuidasen con todo esmero y que tuviesen la bondad de que don Agapito escribiese siquiera cuatro letras para tranquilizar la inquietud de doña María Gallardo y de toda la familia, prometiendo con la mayor eficacia que no cesarian en sus diligencias hasta reunir los treinta mil reales.

Escrita la carta, y leida á Melero que habia de llevarla todos le rogaron que él por su parte hiciese todo cuanto pu-

diera, según la ocasión se presentase para sacar el mejor partido posible.

En resolución diré, que el buen Melero salió de La Alameda el día 30 de Marzo á las doce del día y con las mismas señas y requisitos que la vez pasada, según lo habían prevenido los secuestradores.

Melero llegó al pueblo de Martín de la Jara, sin que nadie se le hubiese presentado en el camino, y se alojó en la misma posada.

Pocos momentos después se le presentaron los dos conabidos pastores, los cuales, después de las palabras convenidas, le hicieron señas de que los siguiese.

Hízolo así Melero y, siguiendo á sus guías, lo llevaron á las afueras del pueblo, sin proferir ni una sola palabra.

Cuando se hallaron en el campo, uno de los supuestos pastores le preguntó:

—¿Trae usted el encargo?

—Aquí traigo la carta que llevé...

—Venga, respondió el pastor, guardándose inmediatamente la carta que le había entregado Melero.

El pastor continuó:

—No se trata sólo de esta carta, sino del dinero.

—En cuanto á eso, no traigo más que mil cuatrocientos reales.

—¿Nada más? ¡Vaya una embajada! ¡Si se habrá creído esa gente que somos nosotros unos mendigos!

—No, señor; no hay tal cosa. Lean ustedes esta otra carta que traigo, y verán que la intención es muy distinta; que se trata de que concedan un plazo más largo y de que cuiden al pobre enfermo, y para que no les sea gravoso, ha entregado esta cantidad, mientras la familia consiga reunir el precio del rescate.

—Venga ese dinero y esa otra carta.

Melero lo verificó así, añadiendo:

—Tengan ustedes compasión de mi tío y de su pobre familia, que tiene los mejores deseos de cumplir bien con ustedes; pero que en tan pocos días, no ha podido reunir los treinta mil reales.

—Pues que vendan lo que tienen.

—Con todo y con eso, aquí para entre nosotros, porque yo estoy enterado de todo lo que pasa, yo les aseguro á ustedes, que á un vendiendo y empeñándose, lo más que podrán reunir será una talega.

—¡Vaya una miseria!

—Pues aunque la familia crea lo contrario y ustedes también, yo digo que no podrán juntar más, porque yo sé mejor que nadie lo que la gente les ofrece, y que la época es mala, y, en fin, que hasta para encontrar esa cantidad, necesitan bastantes días y patear de lo lindo.

—Luego, ¿tú sabes lo que dice esta carta?

—Sí, señor, porque me la leyeron y ya verán que parte el corazón, porque, de verdad, si esa familia no cumple, es porque no tiene.

—Y tú ¿qué sabes? preguntó algo amostazado el otro pastor, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—¡Ahí verá usted! Yo conozco mejor que nadie la situación de todos; pues como oigo á unos y á otros, y lo que la familia pide y lo que los ricachos dan, no marra lo que digo, y si no al tiempo.

—Está bien; anda con Dios, y espera en la posada.

Melero dirigióse al pueblo, encaminándose al meson para aguardar allí la respuesta de los secuestradores.

Por su parte, los dos que habían hablado con Melero, dirigióse á una casa, en donde todos sus cómplices debían reunirse para leer la referida carta de la familia de don Agapito y deliberar acerca de sus respuestas.

Grande fué la cólera de los bandidos al ver de nuevo defraudadas sus esperanzas, y hubo diversos y contradictorios pareceres, opinando unos que se le debía cortar inmediatamente la cabeza al cautivo, mientras que otros sostenían que lo mejor era rebajar el rescate á los mil duros, que era una suma que podía barbear la familia, y que más valía recibir este dinero, que no sacrificar al secuestrado, con lo cual nada ganarían más que comprometerse.

Mientras que los bandidos se hallaban engolfados en esta disputa, Carrascoso manifestó á sus compañeros que tenía que ver á un amigo, y que él pronto volvía.

Los malhechores apenas repararon en este incidente; pero Carrascoso salió á la calle, y muy luego entró en otra casa, en donde, sin duda, tenía citado de antemano al susodicho amigo.

Carrascoso penetró en un aposento, débilmente iluminado por un velón, en donde le aguardaba un hombre, en cuyas facciones, que no carecían de regularidad, era fácil advertir la profunda huella de vicios y excesos, así como también en su mirar receloso, un observador atento hubiera podido sorprender las perpétuas inquietudes de una conciencia culpable.

Por lo demás, el desconocido mostraba en todo su porte y aspecto pertenecer á una condición muy distinta á la de su tosco y rudo interlocutor, el cual le trataba con inequívocas muestras de adhesión y respeto.

—¡Cuánto has tardado! exclamó el caballero al presentarse Carrascoso.

—¡Qué quiere usted! No me ha sido posible venir antes, y aún me he visto negro para poder escabullirme; pero me tengo que volver enseguida.

—Pues aprovechemos el tiempo. ¿Cómo anda ese negocio?

—Lo mismo que siempre: ni los treinta mil reales siquiera, respondió Carrascoso con aire displicente.

—¿No te decía yo que esos ocho mil duros eran imaginarios?

—Tenía usted muchísima razón.

—Pues ahora te repito, que con ese negocio no haremos más que perder días y semanas.

—Parece que lo más que podrán dar son mil duros.

—Pues á tomarlos, y dejarse de enredos y de negocijos que ni van ni vienen, y que solo sirven para distraerte de lo que más te importa. Parece que tenéis el don de dejar siempre lo cierto por lo dudoso.

—Como ya estábamos embarcados en este negocio, ¿qué quería usted que hiciera?

—No meterse más que en lo que se gane. Me has hecho venir aquí por haberte engolfado en ese negocio, cuando estás ya haciendo falta en el Arahál para dar golpes buenos y seguros que te pueden sacar de pobre.

—Bien le consta á usted que allí no pierdo yo nunca el tiempo, porque tengo gente útil, que ya está preparando los *espartos* para recoger á los pájaros que usted sabe.

—Sin embargo, lo mejor en estos asuntos es no fiarse de nadie. Tú haces falta allí para ganar á la gente del terreno, y ese trabajo no se le puede confiar á ninguno de tus amigos.

—Pierda usted cuidado, que todos aquellos campesinos son míos, y allí se está haciendo todo lo que se puede hacer: pero, en fin, yo iré enseguida y se alijerará todo lo que convenga.

—¿Vas á llevar alguno de esos?

—Gente útil me sobra; pero como el paradero ha de ser en la huerta, es menester contar por lo ménos con los hijos del Tío Martín, pues á éste ya le tengo hablado.

—Eso me parece bien; pero ¿y de los demás?

—Puede ser que lleve alguno, porque como ellos me han dado participación en este otro negocio... En fin, allá veremos.

—Lo que yo quiero decirte, es que no te duermas en las pajas, que la cosa urge y que cuanto más pronto acabes con esto, mejor será para todos.

—Dice usted bien, y ahora mismo voy á reunirme con mis compañeros que me están aguardando, y yo veré el mejor camino de que se conformen y acabar pronto.

—Pues anda con Dios y hazlo así, que es lo que te conviene. ¡Aquí te espero!

—Descuide usted, que así se hará. ¡Hasta luego!

Y sin hablar más palabra, Carrascoso despidióse del misterioso caballero y regresó á la casa, donde había dejado á sus camaradas.

Todavía se hallaban éstos disputando sobre si concederian algun plazo más á la familia de don Agapito, con tal que pagase los treinta mil reales exigidos, ó si le harían alguna rebaja, en vista de las súplicas, lamentos y razones que aducían en la carta que acababan de leer, teniendo además en cuenta lo que les había dicho su portador Melero.

Entonces terció Carrascoso, diciendo que sin duda la familia tenía buenos deseos, pero no dinero; que sería inútil aguardar que reuniesen una cantidad que no estaba en sus facultades; que Melero había asegurado que lo más que podría juntar la familia, empeñándose y vendiendo, sería unos mil duros; que era preferible tomar cuanto antes esta suma, que no los treinta mil reales después de muchos días; que ya este negocio se había malogrado y que con todas aquellas dilaciones, no conseguirían otra cosa, que perder un tiempo precioso que necesitaban para otras empresas más útiles y lucrativas, añadiendo que, por lo tanto, su opinión era acabar de una vez, pedirle á la familia redondamente una talega, sin más bajas ni rebajas, ó que de lo contrario, el secuestrado pagaría con su vida.

Todos aprobaron unánimemente aquellas razones, y en seguida resolvieron contestar en el acto á la carta de Frascuquito Delgado.

Encargóse Carrascoso de escribir la carta, que leyó á sus compañeros, mereciendo la aprobación de todos, si bien el advertido y receloso José Fernandez y Torres, esto es, el hijo del Tío Martín, hizo la observación siguiente:

—Por mi parte, me parece bien la carta; pero no estaría de más que se pusiera ahí, á la postre, la cantidad que ha entregado ese hombre, para que la familia lo sepa y tengamos las cuentas claras.

—Tienes mucha razón, dijeron los demás compañeros.

—Pues ahora mismo se pondrá eso aquí al pie, respondió Carrascoso, tomando la pluma y acusando recibo de la cantidad mencionada.

En seguida, el mismo Carrascoso y el otro que antes le había acompañado, dirigióse á la posada y le entregaron la carta, vendiéndole la fineza de que gracias á su intercesión le habían rebajado hasta mil duros; pero con la condición de que ya no se harían más rebajas.

Melero les dió las gracias, despidiéndose muy amistosamente de los fingidos pastores, retiróse á descansar, y al día siguiente partió para su pueblo.

En cuanto á los bandidos, se ausentaron de Martín de la Jara en distintas direcciones; pero Carrascoso, después de hablar un rato á solas con el hijo del Tío Martín, marchó inmediatamente en busca del misterioso caballero, y pocos momentos después salieron juntos por las desiertas calles y á favor de las tinieblas de la noche, en dirección al pueblo de Campillos.

CAPITULO XVI.

QUE TRATA DE LAS ODIOSAS LECCIONES QUE DABA UN PADRE Á SUS HIJOS.

En las primeras horas de la noche siguiente, hallábase el Tío Martín en la alameda inmediata á la huerta, en compañía de tres hombres de muy mala catadura, uno de ellos viejo y canoso, y los otros dos de bastante ménos edad.

Aquellos eran tres de los enmascarados, que se apoderaron del niño Antonio.

A la sazón sostenían el diálogo siguiente:

—Pues veo que tenéis el negocio muy atrasado; decía el Tío Martín en voz muy baja, pero con el aire sentencioso que le caracterizaba.

—No se ha perdido nada en no hablarle, porque si el padre del chico asistió á la cita de Montilla, nosotros sabíamos muy bien que no llevaba el dinero; respondió el del pelo cano.

—Sí, pero hablando se entiende la gente.

—¿Y para qué nos habíamos de acercar? ¿Para oír lamentos? Además, que la Guardia civil se hallaba en la estación, y era muy fácil que nos comprometiéramos sin provecho ninguno.

—Está bien; pero siempre conviene aligerar, y lo que se puede hacer en un día no se debe hacer en dos.

—Crea usted que no se ha perdido nada, porque lo cierto es que esa familia necesita algun tiempo para juntar el *loben*, y por de pronto los hemos metido en un puño con la carta que se les escribió, y ya no se atreven á resollar en el pueblo.

—Sin embargo, terció uno de los otros dos, que hasta entonces había guardado silencio; dice bien el Tío Martín, no conviene que se pierdan días, por más que yo crea también que esa familia necesita tiempo para buscar los intereses, pues yo sé lo medrosos que son, y habiéndoles dicho que callen el pico, les costará más trabajo reunir recursos, toda vez que no pueden decir «para esto los queremos.»

—Por fortuna, añadió el tercero de los secuestradores, nosotros sabemos todos los pasos que dá la familia, y no asistiremos á ninguna cita, sino cuando lleve el dinero, porque lo demás, no trae cuenta ninguna.

—Pues nada, si tan enterados estais de lo que hace y puede hacer, no perdais la pista; pero tampoco debeis echaros á dormir, porque cuanto más pronto le demos largas al chico, será mejor para todos, y gracias que ya se ha amansado; pero estubo dos días sin querer comer.

—Ya no berraqueará como la noche que lo trajimos, dijo el canoso.

—Con la invención del loco, se acabó el lloriqué como con mano de santo.

—¡Más vale así!

—A eso le debe el no haber *merado*.

—Pues bien, ya sabemos que el chico vive, y usted sabe también lo que ha pasado.

—Lo que yo deseo saber pronto, es que habeis tomado el dinero y que me quiteis de aquí ese embelecio.

—A eso estamos, Tío Martín; pero no se puede siempre todo lo que se quiere.

—Pues andad con Dios, y en vuestras manos queda el padero.

Despidióse los bandidos, y el viejo Martín encaminóse á la choza que había en la huerta, y que habitaba su hijo Juan, que por estar casi ciego, llevaba siempre gafas.

—¿Y tu hermano José, ha venido? preguntó el Tío Martín.

—Sí, señor; pero se fué á ver á Francisco, que está con Antonio, en la choza del olivar.

—¿Estarán solos?

—Yo creo que sí.

—Pues hasta luego.

—Vaya usted con Dios.

Y el Tío Martín dirigióse á la referida choza del olivar, que habitaba su hijo Antonio, y en brevísimo espacio recorrió la distancia de algo más de cien metros, que la separaba de la choza enclavada en la huerta.

En efecto, hallábase departiendo juntos los tres hermanos, Antonio, Francisco y José, el cual acababa de llegar del pueblo de Martín de la Jara, cuando presentóse el padre en la choza.

Antonio era cojo de la pierna derecha; vivía allí con su mujer y sus hijos, le ayudaba á su padre en los trabajos de la huerta y en todo cuanto su cojera le permitía.

Después que hubo permanecido allí un rato, el Tío Martín salió de la choza y encaminóse á la casa acompañado de sus hijos Francisco y José, el cual le dió cuenta detallada de todo cuanto había ocurrido en el pueblo de Martín de la Jara, sin omitir las importantes y reservadas indicaciones que le había hecho á última hora Carrascoso, relativamente á los secuestros que intentaban hacer en el pueblo del Arahál.

—Ya me ha hablado de eso Carrascoso, respondió el Tío Martín.

—Sí, señor; me dijo que usted ya lo sabía.

—Bueno es que ambos tomeis parte activa en ese negocio, porque se trata de gente que tiene mucho dinero, dijo el Tío Martín á sus dos hijos.

—Vamos á ver si quiere Dios que alguna vez salgamos de pobres, dijo Francisco.

—Carrascoso me ha dicho que los dos pájaros, á quienes les está poniendo *los espartos*, pueden dar mucho jugo, por que lo mismo D. Manuel Zayas que su primo D. Manuel de Reina, son muy ricos, respondió el Tío Martín.

—Eso es lo que dice Carrascoso, que por cierto me habló muy desazonado del asunto de don Agapito, manifestándome que Alberto y los otros son unos andarios, que se contentan con cualquier cosa, y que en este negocio del Arahál es necesario darles esquinazo, replicó José.

—Pues tiene mucha razón, añadió Francisco, porque con estos secuestros de tres al cuarto, no se hace más que perder tiempo y no ganar un duro.

—Y además comprometerse para cuatro cuartos, lo mismo que si se tratase de salir de capa de rajás; añadió sentenciosamente el viejo Martín.

—Vea usted qué ganancia nos ofrece ese don Agapito, que después de tantas idas y venidas, sólo ha soltado su familia setenta duros, y eso para que lo cuidemos, replicó José con aire desdeñoso.

—Pues todavía, dijo Francisco, no creas tú que los mil duros estarán tan molares, y entre tantos, ya veis qué viaje habremos echado.

—Y eso que el listo de Alberto pensaba que en ocho días íbamos á coger ocho mil duros, insistió José.

—Pero lo peor no es eso, dijo el Tío Martín, sino que además de esas cuentas galanas que nunca salen, sucede que cuando se recoge algun dinero, hay que hacer muchas partes y no hay proporcion entre lo que ellos se llevan y lo que nosotros tomamos, siendo los que más nos comprometemos.

—¡Esa es la verdad! exclamaron á una voz los dos hijos.

—Pues en esto hay que poner remedio desde hoy en adelante, porque ya tengo cerca de cuatro duros de años, y todavía no he podido dar un golpe de órdago, que me saque de hortelano, después de andar medio siglo metido en estas faenas, conociendo gentes nuevas todos los días, y escapando por milagro. ¡Si yo ahora tuviera junto lo que por mi caltre han afanado unos y otros, ya tendría yo bastante para vivir descansado y á mis anchas, y para que vosotros también gastarais coche!

—Buen tanto ha sido usted en no ordeñar bien la vaca, siempre que ha tenido ocasión para ello; dijo Francisco.

—Pues si yo cantara, más de cuatro habian de soltar la pringue ó les apretarian el pasa-pan; pero todavía no me he muerto; respondió el Tío Martín.

—El mal está, repuso José, en que usted ampara aquí á muchos pelgares, que piensan que cinco duros es un caudal, y anda usted siempre al volante, nada más que para jamar y haber comprado estos terrones, sin conocer que es mejor matar un jabalí que cien gilgueros.

—Dices bien, hijo; pero tampoco se debe olvidar que en ciertos fregados no hay enemigo chico, y que el último de los pelgares puede algunas veces darnos una desazon de primera; de modo que es menester saber hilar la estopa y conllevar las cosas con mucho pesquis, porque lo que es bueno para el bazo, es malo para la higadilla.

—Usted lo ha dicho, respondió José; conviene saber nadar y guardar la ropa, y por eso ahora debemos pensar en salir á la orilla, dejándose de pequeñeces y emprendiendo negocios gordos.

—Esa es la fija exclamó Francisco.

—Todo se andará, si la caña no se rompe, respondió el Tío Martín; y por lo mismo, conviene que os apeguéis á Carrascoso, que tiene pecho ancho y vuelo alto y no se satisface con el ochaveo de los otros, sino que busca jaras y talegas, y que además tiene á sus espaldas gente de alto cope y de cascabel gordo, que busca loben en grande, y que si cae en un barranco, lo saben sacar adelante, aunque sea por los cabellos. Conque así, mucha reserva, hijos míos; ojo al Cristo; y á Carrascoso muy buena cara; con los otros babiecas mutis; á encontrar pronto nuestro avío, y Dios y la Santísima Virgen os conserve sano y bueno á vuestro padre para que os guíe, mejor que la Magdalena, por los laberintos de esta tierra de tunantes.

—Ahora sí que es usted una boca de verdades; dijo entusiasmado Francisco; y como siga usted por esa vereda, pronto llegaremos á puerto de salvación.

—Ese es el camino, añadió José, y así nos quitaremos de tratar con perdularios y familias hambrias, que parecen y no son, como le sucede á la gente de don Agapito, que todo se vuelve lamentos y súplicas, sin que nunca se resuelvan á largar el precio del rescate.

—No me hables de esa familia, respondió muy enojado el Tío Martín; porque cada vez que pienso en el petardo que nos ha dado esos gansos de Alberto, Cagarrache y sus compañeros, les daría garrote por mi mano.

Acaso el lector recuerde que en otra ocasión, el perverso Tío Martín, hablando con su mujer, se deshacía en elogios de Alberto y sus compañeros, cuando éstos le llevaron á don Agapito, y aquél se imaginaba que el negocio era muy llano, y que en muy breve plazo habia de producir algunos miles de duros; pero ahora, en vista de su cruel desengaño, el malvado viejo los estimaba tan en poco, que no estaba muy distante de convertirse en su más implacable enemigo.

Tal es la condicion humana, así entre la gente de aquel jaez, como entre personas de otra estofa, es decir, que tanto se alaban y encomian los hombres, cuanto se espera de ellos y, por el contrario, tanto se deprimen y vituperan, cuanto menos se aguarda que puedan favorecer las esperanzas y aspiraciones de los que ántes se proclamaban sus más fervorosos y entusiastas amigos y parciales.

—Verdaderamente, respondió José, que esa familia nos ha largado un camelo de mistó.

—Pues gracias á mis pulgares, ese tío Camándulas no ha tomado soleta, replicó el Tío Martín con los ojos chispeantes de furor al recuerdo de la tentativa de don Agapito, que él calificaba en su mente de proyecto de evasión frustrada.

—Pero con la traba de hierro le hubiera sido imposible najarse, dijo Francisco.

—De todas maneras, la intencion ya está conocida. ¡Tunante! exclamó el viejo crispando los puños de ira, con las disposiciones más hostiles hacia el infeliz secuestrado.

En esto el padre y los hijos llegaron á la casa de la huerta.

Los hijos se despidieron, encaminándose á Casariche, mientras que el desalmado viejo, con aire ceñudo y como abortido en sus reflexiones, fué á buscar uno de esos cestos de mimbre, altos y de forma cilíndrica, que sirven para trasportar las uvas en tiempo de la vendimia.

El Tío Martín volvió con el cesto, colocándolo en medio de la cocina y fijando en él miradas de indescriptible y feroz complacencia.

—¿A qué has traído aquí ese armatoste? preguntó la tía María con aire displicente.

—Yo me entiendo, mujer, y bailo solo.

Y el viejo prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—Quita de ahí ese embeleco, gritó la vieja, enojada y rostrituerta.

—Ahora mismo lo quitaré, respondió el Tío Martín con grandísima pachorra.

Y sacando su navaja, practicó en el hondon del cesto una abertura circular, como de una cuarta de diámetro.

—¡Vaya una ocurrencia! exclamó cólera María. ¿Por qué echas á perder el cesto de esa manera, para que no pueda servir?

—Al contrario, Mariquita; como yo lo he dejado, es como puede prestar muy buen servicio.

—¿Y qué mil demonios intentas hacer con eso?

—Después de los guantes, se necesita un vestido á propósito.

Y sin hablar más palabra, el Tío Martín encendió su farolillo, colocó en un cenacho pan y otras provisiones, y, cargando con el cesto encaminóse á la cueva en que yacía el infeliz D. Agapito.

CAPÍTULO XVII.

TALES GUANTES, TAL VESTIDO.

Aun cuando el Tío Martín desde luego habia reconocido la absoluta imposibilidad de que la familia de D. Agapito pudiese aprontar los doce mil duros, con que al principio soñaban los secuestradores, todavía no creyó que estos fuesen tan inexpertos, ó estuviesen tan mal informados, que al

rebajar su exigencia hasta ocho mil duros, no se encontrase la mencionada familia en condiciones de reunir y entregar, poco más ó menos, esta última suma.

Pero al saber las súplicas de doña María Gallardo y de su hijo Frasquito, así como también las gestiones de Melero, y que, en resumidas cuentas, todas las esperanzas de aquel desgraciado negocio, que al principio juzgó tan lucrativo, habien quedado reducidas á mil duros, habiendo tantos cómplices, después de tantos días, y suponiendo que aun esta última cantidad se reuniese y entregase pronto, es lo cierto, que tan exiguo resultado ponía fuera de sí al infame viejo, que, entre otras causas, atribuía la falta de cumplimiento de la familia, á que el camandulero é hipócrita de don Agapito le ocultaba á su esposa y á sus hijos el escondite del gato, como él decía, esto es, el sitio en que el secuestrado tenia su dinero.

Bajo esta impresion, toda la inmensa cólera del Tío Martín venia á refluir y caer sobre el desdichado cautivo, que, lejos de tener dinero alguno guardado, sufría en su corazón las angustias, penas y aflicciones, que sin duda experimentarían su desolada familia, al ser víctima y blanco de exigencias de todo punto inasequibles á los medios de su modesta fortuna.

En este orden de dolorosas ideas se hallaba constantemente engolfado el pensamiento del triste cautivo, que entre causar la ruina irreparable de su adorada familia, ó conseguir la libertad de morirse de hambre con su mujer y sus hijos, prefería desde luego ser sacrificado de una vez á la bárbara crueldad de sus secuestradores.

Por otra parte, el desconsolado prisionero sabia muy bien la imposibilidad de que su familia allegase la suma, exorbitante para ella, de ocho mil duros; y después de haber escrito su carta, ignoraba completamente las demás comunicaciones, manejos y rebajas que habian mediado en un asunto para él tan interesante, como que se trataba de su vida ó de su muerte.

El tiempo, en ciertas situaciones del espíritu, cambia, por decirlo así, de medida y duración, en tales términos, que su trascurso no puede apreciarse con la regularidad ordinaria en las condiciones normales de la existencia.

Los días que el cautivo llevaba de permanencia en aquel subterráneo, aparecían en su conciencia como una noche interminable y sin equivalencia fija en la nocion de del tiempo suelen tener los que habitan en la superficie de la tierra.

El triste secuestrado se imaginaba llevar largos meses apartado del mundo de los vivos, y todas sus ideas y sentimientos, diríase que participaban de la oscuridad y lobreguez de su inmunda cueva, como si la luz brillante del astro esplendoroso del día fuese también necesaria para infundir lucidez y firmeza en los pensamientos del espíritu del hombre.

Así, pues, merced á las condiciones, tan directamente contrarias á la naturaleza en que el infeliz don Agapito vivía, experimentaba una confusión caótica en su mente, de la cual participaban su actividad pensante, sus recuerdos y cuantos objetos se ofrecían á su consideración, perturbada por el horroroso artificio de su encierro, á causa de su alimentación y á consecuencia del trato brutal de que era víctima; en una palabra, el pobre prisionero, en el descoyuntamiento de su sér, en la tenebrosa transformación de su conciencia, y en la mudanza indescribible de las facultades de su espíritu, pensaba en su esposa querida y en sus hijos idolatrados, de una manera semejante ó análoga á la actividad confusa con que deben pensar los difuntos, en los primeros instantes de su trasfiguración en este planeta que abandonan dejando en su seno á los seres que durante largo tiempo les han inspirado las afecciones más íntimas, tiernas, profundas y sublimes.

Don Agapito Delgado tenia momentos en que todos los puntos luminosos de su conciencia aparecían como extinguidos en la oscuridad inerte del no ser; otras veces su personalidad confusa se le presentaba á sí propio, como en la horrible fantasmagoría de un vano ensueño, como en el limbo indeciso de la sombra de la vida, como en un crepúsculo nebuloso, como en una especie de pesada penumbra de la existencia.

Ya he dicho en otra ocasión, que las personas de edad madura que son víctimas de estos espantosos y prolongados secuestros, nunca vuelven á recobrar su primera alegría, su antigua comunicatividad y aquella expansion jubilosa, en muchos de ellos antes característica, franca, sociable, y que, por decirlo así, los incorporaba á la comunión de los vivos; pero que después de tales y tan espantosos sufrimientos, permanecen reservados, taciturnos, sombríos, recelosos y como si fuesen desertores del sepulcro.

Tal vez se crea que hay exageración en mis precedentes asertos; pero en prueba de su exactitud incontestable, yo apelaría con toda confianza y seguridad, al examen y observación de todos aquellos que han tenido la desventura de hallarse en tales situaciones, y aun podría citar con sus nombres propios á ciertas personas, que presentan un ejemplo tan decisivo como incontestable, de esta horrorosa transformación ó de este cambio tan enojoso para ellos, como afectivo y desconsolador para sus familias, parientes y amigos.

No se han estudiado bastante los efectos depresivos, angustiantes y profundamente morbosos, bajo el doble aspecto físico y moral que pueden producir ciertos secuestros, en que la crueldad se extrema y las leyes de la naturaleza se violan hasta un punto indecible, sobre todo, en las personas ya entradas en años, si por su desdicha están además dotadas de un carácter tímido y de un temperamento hipocóndrico; pues en tales sugetos especialmente, aquellos crueles tratamientos producen un efecto más visible, más desastroso y más duradero.

Cuanto sobre este punto se diga, será siempre hartamente inferior á la realidad. El hombre, en fin, privado por largo tiempo de la salutar luz del día, de la comunicación social, de una alimentación sana, y que además está sintiendo siempre, en no interrumpida oscuridad, el puñal oculto de sus enemigos, que sin cesar le abruma con las más aterradoras amenazas; que no goza de las delicias y beneficios de un sueño reparador, y cuyo trabajado y débil organismo se encuentra siempre en una tensión nerviosa y excepcional, fuera de las leyes y condiciones biológicas que la naturaleza

prescribe, no puede menos de convertirse en una especie de fantasma viviente, considerando todos los objetos del mundo exterior como una sombra vana, y todos los pensamientos de su conciencia como una ilusión fugaz y engañadora.

En una palabra, por los medios feroces, violentos y martirizadores que usaba el Tío Martín, se puede llegar en un subterráneo á la falsificación de un alma, ó al desquiciamiento de una conciencia.

En tal situación se hallaba don Agapito, cuando el malvado viejo se presentó en la cueva.

—Toma y come, le dijo, presentándole su acostumbrada ración de pan y habas verdes.

El triste prisionero comprendió, por el tono grave y áspero de su guardián, que éste se hallaba de muy mal humor; pero guardando silencio, alargó la mano para cojer á tientas la esportilla en que el Tío Martín le presentaba las provisiones, de las cuales comenzó á comer con más apetito que de ordinario.

—Parece que ya tienes las manos bien curadas, dijo el Tío Martín, observando que el prisionero se valía de ellas con más agilidad y soltura.

—Sí, señor; ya las tengo algo mejores.

—Pero cuando te se curen del todo, no pensarás en volver á gatear, ¿no es verdad?

—No me hable usted de eso, respondió el cautivo, dejando de comer.

—No te asustes y no pierdas por eso el apetito.

El secuestrado siguió comiendo, porque, en efecto, experimentaba imperiosa necesidad de reparar sus fuerzas, pues que en los días anteriores sólo habia tomado, á causa de su desfallecimiento, algunos tragos de leche, mediante el auxilio del Tío Martín, supuesto que aquél no podía valerse de las manos.

—Si tú fueras otro, añadió el viejo después de algunos instantes, no pasarías aquí tantos trabajos como pasas, y los que te esperan, si no te vienes á razones.

—No comprendo lo que usted quiere decirme.

—Yo te lo explicaré así que acabes, repuso el Tío Martín, esforzándose para dulcificar su acento.

Don Agapito, ya por la razón indicada, ó acaso también espoleado por la curiosidad, no tardó en consumir las provisiones, y terminada su frugal comida, exclamó:

—¡Agua!

El Tío Martín le aproximó la cantarilla, y conociendo que el cautivo le ayudaba á sostenerla, dijo:

—Veo que ya las manitas te sirven de algo. No hay mejor remedio que la salmuera; pero estoy escamado contigo.

—¿Por qué?

—Porque me temo que cuando estés bueno del todo, volverás á hacer de las tuyas.

—Yo le prometo á usted que no he de moverme de aquí; pero ¿hasta cuándo estaré yo viviendo de esta manera?

—Cabalmente lo que tenia que decirte, se refiere á eso mismo.

—Pues dígame usted lo que quiera.

—Que de tí depende el salir de aquí muy pronto.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Es una cosa muy sencilla.

—Diga usted.

—Tú eres un perro viejo, muy socarrón y muy avariento, y es menester darte golpes en el codo para que abras la mano. Yo he conocido tus marrullerías, y á mí no me engañas con tus camándulas.

—Yo no trato de engañar á nadie, respondió el pobre cautivo muy confuso y aturdido con aquel preámbulo.

—Pues bien, dijo el Tío Martín con voz insinuante; es menester que me digas en dónde tienes oculto el dinero para que tu familia pague en seguida tu rescate.

—¿Qué ha contestado mi familia? se apresuró á preguntar el cautivo.

—Que te aguantes aquí, porque no sabe dónde tienes guardados los cuartos; respondió el viejo, diciendo mentira por sacar verdad.

—¡Hijos de mi corazón! ¡Pobre esposa mía! ¿Qué dinero habéis de dar, si no lo tenéis?

—Eso dicen; pero no te desentiendas de mi pregunta con tus lamentos. ¿En dónde tienes el escondite?

—En ninguna parte, respondió sencillamente el secuestrado.

El iracundo Tío Martín, al oír estas palabras, lanzó un rugido de cólera y sacudió al infeliz prisionero una terrible bofetada.

El desdichado cautivo exhaló un profundo gemido y comenzó á llorar como un niño, porque en su postración y debilidad, sólo ya era capaz de sentir las angustias del dolor, pero no los arrebatos de la cólera.

—¿Por qué me trata usted así? preguntó después de algunos momentos con voz doliente el prisionero.

—Porque lo mereces, infame, replicó el desalmado viejo.

—¡Yo! exclamó asombrado el cautivo. ¿Por qué merezco que se propase usted de esa manera conmigo?

—Porque te has empeñado en ocultarme en dónde tienes las peluconas, y yo me he empeñado en que me lo descubras, y vamos á ver quién gana.

—Pero si yo no tengo ..

—No me vengas á mí con andrónimas ni marrullerías; mira que lo mejor que puedes hacer es cantarme claro, y así nos quitaremos todos de ruidos, porque si te empeñas en callar, te juro que te desollaré vivo, como desollaron á San Bartolomé.

El infeliz don Agapito, ante aquellas furibundas amenazas, comenzó á temblar como un azogado.

—No tiembles así, que todos esos meneos no son más que aspavientos y pinturas para no entregar la carta.

—Pero... ¿Quiere usted que mienta?... ¿Quiere usted que le diga que tengo dinero escondido, no siendo verdad?

—No quiero que mientas, sino que cantes.

—¿Y cree usted que yo soy capaz de tener dinero escondido y dejar que mi familia padezca lo que estará padeciendo, y consentir además lo que yo aquí sufro?

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

ANUNCIOS.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de las obligaciones del Banco y del Tesoro serie exterior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Table with 4 columns: Numeracion de las bolas que representan los lotes, Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas, Numeracion de las bolas que representan los lotes, Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas. Lists numbers from 79 to 2216.

Madrid 1.º de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, J. Morales.—V.º B.º—Por el gobernador, Breto.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de las obligaciones del Tesoro, sobre la renta de Aduanas que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Table with 4 columns: Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas, Numeracion de las bolas que representan los lotes, Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas, Numeracion de las bolas que representan los lotes. Lists numbers from 29 to 1.767.

Madrid 3 de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, J. Morales.—V.º B.º—Por el gobernador, Breto.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de las obligaciones del Banco y Tesoro, serie interior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Table with 4 columns: Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas, Numeracion de las bolas que representan los lotes, Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas, Numeracion de las bolas que representan los lotes. Lists numbers from 2201 to 27567.

Madrid 5 de Diciembre de 1881.—V.º B.º—Por el gobernador, Breto.—El vice-secretario, J. Morales.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

ANUNCIO.

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el sorteo de amortizacion de 5.250 billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, segun lo dispuesto en el artículo 7.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, han resultado favorecidas las bolas números, 73, 396, 383, 287, 535, 552 y 421.

En su consecuencia, quedan amortizados en el primer millar los números 73, 287, 383, 396, 421, 535 y 552; en el segundo millar los números, 1.073, 1.287, 1.383, 1.396, 1.421, 1.535 y 1.552, y así correlativamente en los restantes millares de los 750 de la emision.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.º próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el coupon que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas que se facilitarán en las oficinas del Banco, Ancha, 3, Barcelona; en Madrid, en el Banco Hipotecario de España; en las provincias, en casa de los correspondientes ya designados en cada plaza; en París, en el Banco de París y de los Países-Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Uthoff y compañía.

Barcelona 1.º de Diciembre de 1881.—El vice-gerente, P. Aleu Arandes.

LA AMERICA

Año XXII

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOLYA Y C.º



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.

(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGUEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañia, Barcelona.—A. Lopez y Compañia, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañia, Santander.—E. da Guarda, Coruña.